

Perdedores Natos



Andrea Muñoz Majarrez

PERDEDORES NATOS
ANDREA MUÑOZ MAJARREZ

Copyright © 2019 Andrea Muñoz Majarrez
Ilustración: © 2019 Álvaro García Bilbao

Todos los derechos reservados.

ISBN: 1-69-659762-5
ISBN-13: 978-1-69-659762-3
Sello: Independently published.

A mis corazones rebeldes.
A los que aman y no son correspondidos.
A los que aman de manera incondicional.
A aquellos que saben esperar.
A los que arriesgan, y que, a pesar de perder, siguen intentándolo.

Prólogo

Nathan

Playa de Venice, Los Ángeles, 1994

Era un caluroso día del mes de julio de 1994. Eran alrededor de las seis de la tarde, y la playa estaba llena de gente, a pesar de que era un día entre semana. Preciosas mujeres con cuerpos esculturales y hombres musculosos con diminutos bañadores se paseaban por allí atrayendo miradas y provocando sofocos.

Había muchas familias, casi todas provenientes de otras partes del país. Padres de familia de mediana edad, con algo de barriga, observaban fascinados a las jóvenes californianas que lucían escuetos bikinis mientras se bronceaban, jugaban al voleibol, o disfrutaban de un refrescante baño. Las esposas hacían exactamente lo mismo con aquellos hombres que poseían cuerpos dignos de dioses griegos.

Todos esos elementos no eran fáciles de encontrar en las frías Montañas Rocosas, o en alguna ciudad pequeña del estado de Vermont; allí la gente no solía lucir tanta carne.

Mientras, los socorristas, enfundados en sus trajes de baño de color rojo, nos vigilaban a todos con sus prismáticos desde sus torres, situadas cerca de la orilla. Yo me sentía como si estuviera en un episodio de Los Vigilantes de la playa; esperaba que en algún momento apareciera David Hasselhoff para evitar que alguien se ahogara, y todo empezara a moverse a cámara lenta.

Cuando veíamos la serie en casa, mi padre siempre se quedaba totalmente absorto observando a Pamela Anderson. Yo no entendía su fascinación por esa actriz, porque a mí lo que me gustaba de la serie eran las escenas de acción.

Los niños, hijos de aquellas grandes familias típicas americanas, jugábamos en la arena a construir fuertes y castillos, y nos dábamos refrescantes baños en el mar.

Aquel día, yo, Nathan Kendall, de diez años, me dedicaba con esmero a construir una preciosa casa en la orilla de la playa; o eso pensaba yo de aquel montón de arena húmeda que estaba moldeando. Desde hacía un tiempo, había algo que me tenía un poco obsesionado.

Mi abuela Ona me había enseñado una fotografía en la que aparecía una casa construida sobre una cascada, cuya estructura consistía en distintas piezas rectangulares de colores claros, colocadas unas sobre otras, y que se fusionaba perfectamente con el entorno natural que le rodeaba.

Se trataba de la famosa casa Fallingwater, diseñada por el arquitecto Frank Lloyd Wright, que aparecía en un libro sobre arquitectura americana, tema que a mi abuela le encantaba. Fue entonces cuando decidí que de mayor sería arquitecto.

Mientras construía mi Fallingwater particular, mi madre, mi abuela Ona y mi hermana Ellen, de cuatro años, estaban sentadas debajo de la sombrilla, muy cerca de donde yo me encontraba; y mi padre estaba con mi tío Johnny comprando bebidas en un puesto que había en el paseo marítimo.

Los Kendall habíamos ido a California a pasar unos días de vacaciones, y estábamos alojados en la casa del tío Johnny, hermano mayor de mi padre.

Dos veces divorciado de exuberantes modelos, mi tío trabajaba en la industria del cine como

cámara. Gracias a eso, conocía a muchos actores, y, sobre todo, actrices, que caían rendidas a los encantos de ese atractivo hombre de enigmáticos ojos azules y pelo oscuro, con acento de algún rincón de la América profunda. El tío Johnny llevaba muchos años viviendo cómodamente bajo el sol californiano, y tenía una casa cerca de Venice.

Mientras seguía inmerso en la construcción de mi Fallingwater, alcé la vista y me fijé en una niña que llevaba días provocando fuertes latidos en mi corazón infantil. Se trataba de Lorelei, cuya familia era vecina del tío Johnny.

El primer día que llegamos, tío Johnny nos presentó, y ambos nos convertimos en compañeros de juegos. Lorelei tenía mi edad, pelo lacio rubio, con mechas de color platino, y unos bonitos ojos grises. Era la estrella del vecindario, donde todos querían ser amigos suyos. Yo, que era muy tímido, me sentía un poco abrumado ante la popularidad de la niña que me gustaba.

Llevábamos una semana en Los Ángeles, y yo no quería volver a Silver Falls, la pequeña ciudad situada en el estado de Vermont que era mi hogar.

A pesar de que me gustaba mucho Silver Falls, el amor que sentía por Lorelei me había hecho desear quedarme en California. Me dije a mí mismo que hablaría con el tío Johnny para llegar a un acuerdo y quedarme a vivir con él; aunque eso supusiera no ver a mis padres, a mi abuela y a Ellen durante muchos meses al año. Pero por Lorelei, iría al fin del mundo.

Viendo que Lorelei siempre se mostraba amable y cariñosa conmigo, llegué a la conclusión de que ella correspondía mi amor. Por eso, tomé la decisión de pedirle que fuese mi novia.

Sí, como mi primo Vince, de diecisiete años, que tenía un montón de novias, y a todas las llamaba “princesa”. Según mi abuela, lo hacía para no confundir los nombres de cada una de ellas y así no tener problemas. Sin embargo, yo solo quería a Lorelei. Ella era mi única y verdadera princesa.

En ese momento, mi princesa estaba saliendo del agua, seguida de un grupo de niños. Reía y se divertía con sus amigos, mientras yo me ponía en pie, dispuesto a declararle mis sentimientos.

Cerré los ojos, y respiré hondo, armándome de valor. Una vez estuve preparado, los abrí, y empecé a caminar, dejando atrás mi Fallingwater de arena a medio terminar.

Con paso decidido, llegué hasta Lorelei, que estaba hablando con otra niña, y entonces, carraspeé para captar su atención. Lorelei me miró, y sonrió. Ahora mi corazón latía a toda velocidad.

—Hola, Nathan.

—Hola, Lorelei. Oye, tengo que decirte algo importante.

Me froté las manos, inquieto, mientras esperaba un gesto de ella. Lorelei no dejó de sonreírme.

—Vale, dímelo.

Miré de reojo a la otra niña, que enseguida se alejó un poco, percatándose de que no era bienvenida su presencia. Resoplé, nervioso, y finalmente dije:

—Lorelei, me gustas mucho. ¿Quieres ser mi novia?

Solté todo aquello rápido, sin pensarlo demasiado. Como decía mi abuela, era mejor ser directo e ir al grano. En ese instante, observé como Lorelei torcía el gesto, borrando así su sonrisa.

—No puedo, Nathan. Es que... yo ya tengo novio.

Abrí mucho los ojos, sorprendido, y de repente, me sentí terriblemente triste. Me quedé callado, sin saber qué hacer ni qué decir.

—¿Ves a ese niño de ahí? —me preguntó Lorelei, señalando a un niño alto y moreno que

estaba en el agua. Lo miré, y su cara me resultó familiar. Le había visto en el vecindario—. Se llama Bruce, y va conmigo al mismo colegio. Me pidió que fuera su novia antes del verano. Así que, no puedo ser tu novia. Además, tú no me gustas. Bueno, me gustas como amigo, pero no como novio.

La sinceridad de Lorelei, a pesar de que era admirable, me atravesó el corazón como un cuchillo, produciéndome un dolor enorme en el pecho.

A continuación, asentí, di media vuelta, y sin decir palabra, volví al rincón de la orilla donde estaba el montón de arena, que quería convertir en una obra arquitectónica de renombre.

Sin embargo, me encontré con una horrible sorpresa. La marea había subido un poco, y se había llevado consigo el montón de arena. Ahora no quedaba nada.

Me senté allí, sintiéndome totalmente abatido. No solo acababan de romperme el corazón, sino que no podría encontrar consuelo en lo que más me gustaba.

Flexioné las piernas, me abracé a ellas, y escondí la cabeza. Entonces, unas tímidas lágrimas de rabia y frustración se deslizaron por mis mejillas.

Mis familiares estaban distraídos charlando, mientras mi madre acunaba a Ellen, que estaba echándose una pequeña siesta a destiempo, así que no se dieron cuenta de nada.

Estaba totalmente sumido en mi tristeza, cuando alguien se acercó a mí.

—¿Estás bien?

Alcé la vista, y observé que, a mi lado, había una niña pelirroja, con el cuerpo salpicado de pecas, que me miraba con sus curiosos ojos color miel. Llevaba un bañador rosa con estampado de flores blancas y azules, y parecía que acababa de salir del agua, porque tenía el pelo mojado.

Negué con la cabeza a modo de respuesta. Entonces, la niña se sentó a mi lado.

—¿Por qué estás triste?

Me sequé las lágrimas con la mano, y respondí:

—Mi casa Fallingwater se ha ido con el agua, y la niña que me gusta no quiere ser mi novia.

La niña arrugó la nariz y frunció el ceño.

—¿Fallin... qué?

—Fallingwater, es una casa que está en Pennsylvania. Está construida sobre una cascada y es muy bonita.

—No la conozco. ¿Eres de Pennsylvania?

—No, soy de Vermont. ¿Y tú?

La niña se encogió de hombros.

—Soy de muchas partes.

Yo me reí ante esa respuesta tan extraña.

—No puedes ser de muchas partes. Solo se puede nacer en un sitio.

La niña sonrió.

—Nací en Richmond, pero al poco de nacer yo, nos mudamos a Nevada. Y hace tres años, vinimos a vivir aquí.

—Vaya, pues debes estar cansada de hacer maletas. ¡Yo lo odio!

—¡Yo también! Sobre todo, porque tengo miedo de que mi madre se olvide de Miss Tilly.

—¿Miss Tilly?

—Sí, es mi muñeca. Me la regaló mi abuelo Tom. Es mi muñeca favorita. ¿Tú tienes un juguete favorito?

Yo asentí.

—Me encantan mis LEGO. De hecho, tengo el Halcón Milenario en mi habitación.

La niña abrió la boca y los ojos, asombrada.

—Entonces debes tener una casa enorme, porque con lo grande que se ve en la peli...

Los dos nos reímos ante el comentario. De repente, me sentí mucho mejor.

—Oye, no estés triste. Ni por lo de la arena, ni por lo de esa niña. Mira, la playa está llena de arena, así que, puedes volver a construir tu Fallin no sé qué. Y lo otro... Bueno, tampoco es para tanto. Seguro que cuando vuelvas a Vermont conoces a una niña que te guste—aseveró ella con una sonrisa.

Yo asentí, pensativo.

—Tienes razón. Oye, ¿quieres construir Fallingwater conmigo? —pregunté, más animado.

La niña sonrió de nuevo y asintió.

—¡Por supuesto!

El resto del tiempo, estuvimos completamente dedicados a la construcción de mi Fallingwater de arena. Ciertamente, no conseguimos el resultado esperado, pero nos divertimos mucho. El rato que pasé con aquella niña, cuyo nombre desconocía, sirvió para que me olvidara de mi pequeño drama.

Regresé a casa sonriente. Había sido un día lleno de emociones, y había hecho una nueva amiga.

Aunque no sabía su nombre, estaba seguro de que al día siguiente volveríamos a encontrarnos, y podría preguntárselo.

Me habían llamado la atención sus bonitos ojos de color miel, y su pelo pelirrojo, que lo llevaba corto, a la altura de los hombros. También me encantaba su dulce y encantadora sonrisa, y su simpatía. No iba con aires de estrella de cine como Lorelei.

De repente, Lorelei dejó de gustarme. Ya no me parecía tan bonita después de conocer a la niña pelirroja.

Al día siguiente, volvimos a Venice, pero no me encontré con ella, algo que me decepcionó mucho. Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para sentirme triste, porque pocos días después regresamos a Vermont.

El mismo día de nuestro regreso, llegaron vecinos nuevos. Se trataba de la familia Sommerset, que venía de Massachussets, y se habían mudado a la casa de al lado.

Uno de aquellos días, acompañé a mi madre a casa de los Sommerset. Sostenía entre mis manos un pastel de cerezas, especialidad de mi madre, un obsequio para dar la bienvenida a los nuevos vecinos. La señora Sommerset abrió la puerta, y se asomó su hija, Elizabeth, que me observó con sus preciosos ojos grises.

Entonces, sucedió. Sentí de repente cómo una flecha se me clavaba en el corazón. Cupido había hecho de las suyas. Sin embargo, esta vez no sería algo pasajero. En ese instante, Elizabeth se convirtió en el amor de mi vida.

Capítulo 1

Amy

Chicago, 22 años después...

Unos tímidos rayos de sol entraron a través de las cortinas de mi apartamento. Era el mes de septiembre, pero en Chicago ya hacía bastante frío.

En ese instante, sonó el despertador, indicando que eran las siete menos cuarto de la mañana. Cogí mi teléfono y apagué la alarma. A continuación, me estiré dentro del edredón, que me cubría por completo, intentando desperezarme.

Aparté las sábanas, me levanté rápidamente, cogí mi bata de la silla que había en la habitación, y me la puse sobre el pijama blanco con rayas azules que llevaba, evitando así congelarme de frío. Me puse mis cálidas zapatillas de felpa y fui a la cocina, donde me dispuse a preparar el desayuno: café bien cargado con leche, y unas tostadas con mantequilla y mermelada de fresa.

Mi apartamento era pequeño, pero encantador y acogedor. Estaba situado en una casa de tres plantas de ladrillo rojo en Cleveland Avenue, dentro de la Old Town de Chicago, en una zona residencial bastante tranquila. Vivía en el segundo piso, donde había una habitación grande, salón-comedor, una pequeña cocina, y un baño.

En un rincón del salón tenía una mesa pequeña plegable, sobre la que había un puzle a medio terminar. Los puzles son mi gran pasión, y me relaja ponerme a unir piezas hasta completarlos. Ahora mismo estoy con uno de 500 piezas, donde aparece una fotografía de la Torre Eiffel.

Las paredes estaban pintadas en color crema, y proliferaban los muebles hechos en madera de tonos claros. Dos estanterías dominaban las paredes del salón, donde tenía libros de todo tipo, desde manuales sobre economía, hasta novelas de ficción.

Aunque, yo, Amelia Morton, no tenía demasiado tiempo entre semana para disfrutar de mis aficiones, que eran leer, hacer puzles, ver películas y salir a correr por el parque. El ejercicio siempre había sido importante para los Morton, al igual que la disciplina. No obstante, soy hija de un militar.

A lo largo de mi vida, hasta que me fui a estudiar a Harvard, donde me licencié con honores en Derecho y Economía, he vivido con mis padres en distintas ciudades de Estados Unidos. Cada dos o tres años solíamos cambiar de ciudad debido al trabajo de mi padre. Por eso, me ha costado siempre hacer amigos, porque sabía que, al poco tiempo, tendría que decirles adiós.

Chicago ha sido el lugar donde más tiempo he vivido. Me mudé aquí cuando terminé la carrera, y entré a trabajar en Copeland Enterprises como asistente en el departamento de finanzas.

Gracias a mi labor en mi primer año de trabajo, conseguí ahorrarle millones de dólares a su propietaria, y esto provocó que me ascendieran rápidamente.

Desde hace siete años, soy la asistente personal y principal persona de confianza de Jaqueline Copeland Dawson Salinger, dueña de Copeland Enterprises, entre otras muchas cosas.

Como ayudante de la dueña de la corporación, era la primera en llegar y de las últimas en salir. A veces había trabajado algún fin de semana, cuando mi jefa había requerido mi asistencia.

Los succulentos extras que me pagaba por esas horas de trabajo los estaba guardando cuidadosamente en una cuenta de ahorros, que me generaba muy buenos intereses. Sí, me gusta

cuidar mis finanzas.

De hecho, soy una experta en el ahorro y el manejo económico sostenible, siempre aprovechando los recursos al máximo. También soy algo metódica a la hora de trabajar, aunque sé enfrentarme a los imprevistos.

Mi padre dice que uno en la vida debe contar con estas cosas, porque no siempre sale todo como planeamos, y saber improvisar es vital.

En menos de quince minutos, desayuné y fui directa a la ducha, donde no empleé más de cinco. Me arreglé rápidamente, vistiéndome con una perfectamente planchada camisa gris, una falda negra de tubo que me llegaba a la altura de la rodilla, chaqueta a juego, y zapatos de tacón. Apliqué en mi rostro un maquillaje discreto, y recogí mi melena pelirroja en un moño, sujetando los mechones rebeldes con unas horquillas.

Quedaban cinco minutos para las ocho menos cuarto, así que me di prisa en preparar mi bolso y los documentos que tenía que llevar a la oficina. Hoy había una reunión importante, y era necesaria toda esa información.

Como siempre, salí puntual de casa, y me dirigí a la parada de metro. El tren de las ocho llegó a tiempo, y veinte minutos después, estaba entrando en el vestíbulo de la Torre Copeland, un edificio de quince plantas en pleno centro de Chicago.

Subí en el ascensor hasta la planta diez, donde estaba mi escritorio, situado justo en frente del despacho de mi jefa. Después de saludar a mis compañeros, me acomodé en mi silla acolchada de cuero y encendí el ordenador.

En aquella planta, donde estaba la oficina principal, predominaban en paredes y muebles los colores sobrios como el gris, el negro, el blanco y el marrón. Los despachos de los jefes de cada sección eran todos acristalados.

Siempre había sido así, porque el abuelo de la señora Copeland era alguien desconfiado, que prefería tener a todo el mundo vigilado. Por eso, la transparencia es uno de los lemas de la corporación.

Copeland Enterprises era un conglomerado de empresas relacionadas con la moda, el mundo editorial, y la tecnología. En sus inicios, solo se dedicaba a la moda, porque el fundador era hijo de un zapatero, que se convirtió con mucho esfuerzo y dedicación en empresario textil. Gracias a los sucesivos matrimonios de la única heredera, la corporación fue creciendo y ampliando mercado.

Yo estaba completamente absorta, ultimando los detalles de la reunión, cuando mi jefa hizo aparición. Jaqueline Copeland era una mujer que acababa de cumplir sesenta años, pero que siempre decía que tenía quince menos. No obstante, las numerosas operaciones de cirugía estética a las que se había sometido mantenían las arrugas y los kilos de más a raya, y por eso, aparentaba tener menos edad.

Mi jefa era una mujer apasionada, decidida y valiente, a la que le gustaba tomar riesgos tanto en los negocios como en el amor.

Aunque al principio pensé que era una mujer superficial, que seguramente no tenía ni idea de negocios, en poco tiempo me di cuenta de que estaba completamente equivocada. Bajo esa apariencia frívola, hay una mujer inteligente y muy avispada. Sabe lo que quiere, y lucha por conseguirlo, manejándose en cualquier ámbito sin problema. No obstante, su familia se encargó de que recibiera una excelente educación, y consiguió licenciarse con honores en Yale.

Cuando entré en la empresa, yo era una empleada más, pero pronto Jaqueline vio mi potencial, y no dudó en ponerme bajo sus órdenes directas.

Según me dijo, veía en mí a su yo más joven. Alguien con muchas ganas de aprender, y que sabía bien lo que se hacía. Yo confío plenamente en ella, y la aprecio de corazón.

En Navidad, siempre nos hacía regalos caros, como joyas, incluso una vez me ofreció un coche, pero le dije que era excesivo. Jacqueline no podía evitar ser generosa con sus empleados. Quería tenernos contentos, y por eso, todos la apreciábamos, a pesar de sus excentricidades.

—Buenos días, Amy—dijo, saludándome con su mano enguantada.

—Buenos días, señora Copeland—respondí desde mi escritorio—. Ya está todo listo para la reunión de hoy.

—Eso no lo dudaba. Pasa a mi despacho.

Las dos entramos, y cerré la puerta tras de mí, llevando la documentación en la mano. Me senté en una silla, frente al escritorio de mi jefa, que estaba sirviéndose un café de la cafetera que tenía en el despacho.

Este estaba decorado con paneles de madera, y un amplio ventanal dejaba ver Chicago en todo su esplendor. En el centro de la sala, había un enorme escritorio de madera de caoba, una silla acolchada de color negro, y un par de cuadros, obra de Tamara de Lempicka, decoraban una de las paredes.

—Bueno, ¿ya has decidido lo que vas a ponerte para la cita de esta noche?

Alcé la vista, y miré a mi jefa, un tanto sorprendida. Vaya, la cita de esta noche, casi se me olvidaba.

—Aún no lo he decidido.

Era cierto. La verdad es que no tenía nada pensado. Hace unos días, creé un perfil en una red social de citas, y obtuve una única respuesta de un tal Tigre87. Parecía un tipo simpático, con gustos parecidos a los míos, así que, decidí concertar una cita con él. Aunque ahora mismo estaba considerando seriamente cancelarla.

—Sé lo que estás pensando y ni se te ocurra hacerlo. Vamos, Amy, tienes que conocer gente, volver a salir con hombres. No puedes pasarte la vida lamentándote por ese idiota de Clive.

Clive Carter, treinta y tres años, de Chicago, alto, moreno, ojos oscuros. Hasta hacía seis meses, había sido el hombre de mis sueños.

Nos conocimos en un bar, una noche que salí con unas compañeras de la oficina. Él estaba bebiendo en la barra, y estaba algo decaído porque su novia lo había dejado.

A mí siempre me habían atraído los hombres desvalidos, todos mis novios lo habían sido. Hombres con el corazón roto, que necesitaban que les consolaran. Y yo siempre estaba dispuesta a hacerlo.

Creía que éramos una pareja feliz, sin fisuras. Habíamos hablado de irnos a vivir juntos, y, de hecho, me había dado una copia de las llaves de su apartamento.

Como se acercaba el cumpleaños de Clive, decidí hacer algo especial. Organicé una fiesta sorpresa en su casa, con sus amigos y los míos, y todos esperamos escondidos detrás de los muebles del salón. Ese día, Clive estaba trabajando, y no sospechaba nada.

De repente, se abrió la puerta, y la sorprendida fui yo. Clive le estaba comiendo los morros a una chica rubia muy sexy, mientras entraba en la casa. Encendió la luz, y todos salimos de nuestros escondites sin decir palabra.

Yo, con el corazón roto, salí corriendo, y mi cuento de hadas terminó. Esa chica era la ex de Clive, que había decidido volver con él, y este estaba dispuesto a intentarlo, olvidándose por completo de mí.

—Entiendo que tengas miedo después de lo que te hizo ese cerdo, pero no merece la pena

sufrir por él. Estoy segura de que conocerás a un chico estupendo, que te querrá solamente a ti. A mi adorable Amy—afirmó Jaqueline.

Yo sonreí tímidamente. Ojalá fuera verdad. El problema era que Clive formaba parte de una larga lista de casos parecidos. Mis novios siempre me utilizaban como paño de lágrimas, y nunca me querían. Era una novia de transición, ese clavo que se usa para sacar otro. Al hacer balance de mi vida sentimental, sabía que ninguno me había querido de verdad.

—Llevaré un vestido corto negro. Y ahora, hablemos de la reunión—dije, zanjando el asunto.

—Y carmín rojo. No lo olvides. Que vea bien esos jugosos labios—añadió mi jefa.

Puse los ojos en blanco, suspiré con resignación, y me centré en el trabajo. Intentaría aplacar mis nervios concentrándome en las mil tareas que tenía que hacer ese día.

Horas después, llegó el momento de la cita. Antes de salir por la puerta para dirigirme al restaurante Toscani, me examiné en el espejo. Mi vestido negro de manga larga, con falda entallada hasta la rodilla, y escote en forma de uve, se ajustaba a mi cuerpo bien proporcionado de forma impecable. Lucía unos tacones altos, con mis piernas envueltas en medias de seda negra.

En mi rostro, destacaba el lápiz de ojos negro, sombra de color tierra, y los labios de carmín rojo, como me había ordenado Jaqueline. Me había quitado mi estirado moño, y había dejado mi melena suelta, cayendo por encima de mis hombros.

Respiré hondo, me puse mi abrigo negro largo, agarré mi bolso de mano, y salí de mi apartamento. Cuando estaba cerrando la puerta, pude oír unas pisadas que venían del piso superior.

En un instante, Maddy y Joanna, mis vecinas de arriba y amigas, aparecieron para examinar mi aspecto. Las dos se conocían desde la infancia, y decidieron irse a vivir juntas ante la imposibilidad de independizarse por separado. Las conocí el día que se mudaron, y desde entonces, son mis confidentes.

—¡Estás imponente, nena! —exclamó Joanna.

Yo sonreí.

—Desde luego, estás guapísima. Bueno, esta noche tienes que darlo todo, ¿entendido? —dijo Maddy.

—Sí, y recuerda, no menciones exnovias, exnovios o lo que tenga que ver con la vida sentimental anterior. Esta noche, la protagonista eres tú—apuntó Joanna.

—No se habla de exnovias. Entendido.

—Cruzaremos los dedos para que esta noche no vuelvas...—añadió Joanna, guiñándome un ojo.

—Bueno, no te entretenemos más. ¡Mucha suerte! —me dijo Maddy, dándome un abrazo.

—Gracias, chicas—respondí con una sonrisa.

Ellas se fueron escaleras arriba, y yo bajé. Me crucé en el vestíbulo con la señora Watts, mi casera, que vivía en el piso de abajo. La mujer, que iba con la bata y los rulos puestos, me saludó con una sonrisa y me dijo que estaba muy guapa. La verdad es que es una mujer encantadora.

Como el restaurante estaba solo a una manzana, fui caminando hasta allí. Los nervios me dominaban, aunque sabía bien disimularlo. Andaba con paso firme, mirando al frente, repitiendo mentalmente lo que le diría a Tigre87.

<<Buenas noches, encantada. Hola, mucho gusto.>>

Finalmente, entré en el restaurante, y vi a un hombre vestido con un elegante traje oscuro, sentado delante de una mesa sobre la que había colocada una rosa roja. Acordamos que ese sería el elemento que me ayudaría a identificarle. Me sorprendí gratamente al comprobar que

fisicamente no estaba nada mal. Era un tipo delgado, alto, con los ojos claros y el pelo castaño peinado hacia atrás.

—¿Tigre87? —pregunté, sonriente.

Él me miró de arriba abajo.

—¿Gatita?

Asentí, y me acomodé en la silla que había enfrente. En el restaurante se respiraba una atmósfera íntima y acogedora, con música de violines sonando de fondo, y velas en las mesas. Ojeamos la carta, y después de que el camarero nos tomara nota, empezamos a conversar.

—Así que naciste en Richmond—comentó él.

—Sí. Tú eres de Chicago, si no recuerdo mal.

—Sí, siempre he vivido aquí. ¿Sabes? Una vez estuve en Richmond. Cuando estudiaba en la universidad, hice un viaje con un grupo de amigos, y paramos allí. Conocimos a un tipo en la puerta de un veinticuatro horas que nos vendió una hierba fantástica.

Yo me tensé, y forcé una sonrisa. <<A mi padre le encantaría saber eso, con lo que le gustan estas cosas>>, pensé.

—Interesante.

—Como ya te dije, me gustan las plantas...—afirmó con una sonrisa ladeada.

<<Bueno, sé tolerante, Amy. Todos tenemos un pasado>>, me dije a mí misma.

A lo largo de la velada, hablamos de diversos temas, como nuestras aficiones comunes. A los dos nos gustaba el cine, así que pudimos intercambiar impresiones sobre las películas que habíamos visto.

A pesar de que la cena estaba resultando ser entretenida, el corazón no me latía a mil por hora. Sin embargo, todavía era pronto para rendirse. Lo mejor sería conocerse bien y ver qué podía suceder entre nosotros. Debía ser optimista.

De repente, cuando ya estábamos terminando los postres, sonó el teléfono de Jason. Este miró la pantalla y abrió mucho los ojos. Parecía sorprendido, y a la vez, inquieto.

—Puedes contestar, no me importa—comenté al ver que el hombre dudaba.

Él asintió, y contestó la llamada.

—Hola... Sí, bueno, ahora no estoy en casa. ¿Cómo dices?... ¿Hablas en serio?... Eso sería... Em...—En ese instante, me miró, un poco nervioso—. Oye, ahora nos vemos, tengo que dejarte. Hasta ahora.

Colgó, respiró hondo y dijo:

—Oye, Amy, tengo que marcharme. Verás, hay algo que no te he contado...

Al oír eso, suspiré con resignación. <<Esta película ya la he visto, y me sé el diálogo de memoria>>, pensé.

—Acabo de salir de una relación larga. Lo cierto es que terminamos, y la cosa no fue muy bien. Ella acaba de llamarme y quiere que hablemos. No sé si saldrá bien, pero quiero intentarlo porque a pesar de todo, aún siento algo por ella. Lo siento—dije con desánimo.

Él asintió y no dijo nada, porque yo ya había hablado por él. Colocó su parte de la cuenta sobre la mesa, y se marchó, dejándome allí plantada.

Regresé a casa sintiéndome abatida. Estaba claro que era un imán para los hombres con corazones rotos, que nunca terminan del todo esa relación que los ha destrozado.

Entré en casa, me cambié y me metí en la cama. Estaba cansada de todo aquello. Parecía destinada al fracaso sentimental, una y otra vez.

La historia se repetía con cada uno de mis novios, pretendientes o posibles parejas. Y ya no

sabía qué hacer. Quizás el problema era yo. Era una auténtica perdedora nata. Así me sentía. Finalmente, cerré los ojos y me dormí, preguntándome si algún día aparecería el hombre que cambiaría mi suerte.

Capítulo 2

Nathan

Sonó el despertador a las siete en punto, y me levanté de la cama. Llevaba puesto mi pantalón de pijama de algodón gris, y una camiseta de manga larga para protegerme del frío. Entré en el baño, y después, fui a la cocina y me preparé el desayuno. Unos cereales bañados en leche y un café me ayudaron a coger algo de energía.

Llegué a esta ciudad hace muchos años, cuando conseguí ser admitido en la Universidad de Chicago, donde estudié Arquitectura. Poco tiempo después de graduarme, conseguí un empleo en el estudio de arquitectos Truman & Dillinguer.

Para mí, vivir en la ciudad del Viento, donde tantos arquitectos famosos habían dejado su huella, era un sueño hecho realidad.

Residía en la Old Town, en un alto edificio de apartamentos. El mío estaba en la novena planta, y desde allí disfrutaba de unas vistas excelentes. Era una vivienda amplia, con dos habitaciones, salón-comedor con cocina americana, y un baño.

Una de las habitaciones era mi estudio, donde tenía todo lo necesario para trabajar en mis proyectos cómodamente, aunque también había un sofá-cama, por si tenía que alojar a alguna visita.

Las paredes de la casa estaban decoradas con varios cuadros donde se representaban diferentes edificios y construcciones, como la casa Fallingwater, las torres Kio de Madrid, o el edificio Chrysler de Nueva York. Había estanterías repartidas por el estudio y el salón que albergaban tanto novelas de ficción como libros sobre arquitectura.

En un pequeño rincón del salón, mi Halcón Milenio de LEGO tenía un lugar privilegiado, junto a mi televisor de plasma, donde me gustaba ver películas de ciencia ficción y los documentales sobre grandes construcciones del canal Discovery.

A pesar de disfrutar de una vida privilegiada, mi situación sentimental era catastrófica. No tengo pareja actualmente, aunque hasta hace ocho meses, estaba inmerso en una relación en la que era realmente feliz.

Elizabeth Sommerset ha sido la mujer de mis sueños desde que la conocí a los diez años. Nos hicimos amigos enseguida, e íbamos juntos al colegio. Yo siempre estuve enamorado de ella, pero Liz, como yo la llamaba cariñosamente, no parecía enterarse de lo que yo sentía.

En el instituto, se convirtió en la capitana del equipo de animadoras, y nos distanciamos porque yo era del grupo del montón, y ella de los populares.

Empezó a salir con guapos deportistas, y yo me convertí en un personaje secundario en su vida.

En aquella época, me conformaba con espiarla desde la ventana de mi cuarto, que justo daba al suyo, mientras ella se daba el lote con su novio de turno.

Liz poseía un carisma que causaba de todo menos indiferencia. Yo era ese amigo fiel al que a veces hacía caso, cuando las cosas le iban mal con sus novios, y buscaba un hombro sobre el que llorar. Yo me armaba de paciencia, esperando que ella se fijara en mí, y se diera cuenta de que era el hombre de su vida.

Esperé, esperé y esperé, pero nada. Me marché a la universidad, y allí salí con algunas chicas. Todas buscaban emociones fuertes, pero no relaciones serias. Intenté olvidarme de mi amor por Liz. Sin embargo, no fue posible.

Tardé mucho tiempo en volver a verla, porque nunca coincidíamos en las vacaciones. Ella andaba siempre de un lado para otro, mientras estudiaba Arte Dramático en Nueva York.

No obstante, hace dos años, sucedió. Regresé a Silver Falls en verano para pasar unos días de vacaciones. Liz estaba allí, y acababa de romper con uno de sus novios. Estaba desolada y necesitaba consuelo.

Al final, sin saber cómo, acabamos acostándonos. Ese día sentí que había tocado el cielo.

Ella me dijo que mantuviéramos una relación a distancia, que probáramos, y que, pasado un tiempo, nos fuéramos a vivir juntos, ya fuera en Chicago o Nueva York.

Yo lo tenía más fácil, porque mi empresa tiene sede en la ciudad de los rascacielos, y podía pedir un traslado. A pesar de que me encantaba Chicago, por Liz hubiera hecho cualquier cosa.

Por primera vez, me sentí plenamente feliz, lleno de energía. La mujer de mis sueños era mi novia, y tenía un trabajo que me encantaba. No podía pedirle más a la vida.

Liz vino a Chicago varios fines de semana a lo largo de ese año y medio que estuvimos juntos. La llevaba a los sitios que me gustaban, le presentaba a mis amigos, y hacíamos el amor en cualquier rincón de mi anterior apartamento.

Y lo mismo ocurría cuando yo iba a verla a Nueva York, aunque no podíamos quedarnos en su apartamento, porque compartía. Sin embargo, ella venía al hotel donde yo solía alojarme, y nos quedábamos allí juntos hasta que yo regresaba a Chicago.

Éramos felices y estábamos enamorados. Todo era perfecto. Demasiado, me temo.

Viajé a Nueva York hace ocho meses. Llegué allí con el corazón en un puño, porque Liz llevaba unos días comportándose de manera extraña.

Apenas hablaba conmigo por teléfono, y siempre parecía estar ocupada. Su tono de voz sonaba ausente, y sus respuestas eran un tanto escuetas. Algo no iba bien.

Cuando llegué, fui directo a su apartamento, y allí me recibió con gesto serio. Ese día sus compañeras de piso no estaban, así que podríamos hablar a solas. Nos sentamos en el sofá, y dijo:

—Nathan, tenemos que hablar.

Me estremecí cuando escuché esa frase que no presagiaba nada bueno. Yo me quedé callado, mirándola, aterrado y expectante.

—No puedo seguir saliendo contigo. Hay otra persona en mi vida. ¿Te acuerdas de Chuck?

Yo, a pesar de que sentía que el dolor y la tristeza se estaban apoderando de mí, intenté hacer memoria, y me vino a la mente una cara conocida.

—Sí, Chuck, el guitarrista—respondí con un hilo de voz.

—Ha vuelto a Nueva York y nos hemos estado viendo. Quiere volver conmigo. Me ha pedido perdón, y me ha asegurado que ha cambiado. La distancia le ha ayudado a darse cuenta de que me quiere, y he decidido darle una oportunidad—me explicó con toda la calma del mundo.

Yo me sentí totalmente indignado. Así, sin más, me apartaba de su lado.

—¡Pero si me contaste que era un cabrón porque se acostaba con todas sus *grupies*! ¡Que era un adicto al sexo!

Observé como ella ponía los ojos en blanco.

—Lo sé, pero ha cambiado, Nathan. Y sinceramente, yo le sigo queriendo.

No podía creer lo que estaba diciendo.

—Y entonces, ¿yo qué? ¿A mí no me quieres? —pregunté, dolido.

Ella me miró, se mordió el labio inferior, y de repente, lo supe.

—No hace falta que contestes. Será mejor que me vaya—dije mientras me levantaba.

Salí de allí a toda prisa, con mi corazón roto en mil pedazos. No sé cómo llegué al aeropuerto, ni tampoco cómo fui capaz de subirme al avión. Solo sé que unas horas más tarde, estaba entrando en mi apartamento. Me desplomé sobre el sofá y empecé a llorar desconsoladamente. Liz, la mujer de mi vida, ya no era mi novia, y eso me convirtió en el hombre más triste del universo.

Después de dos días de dolor y angustia, decidí cambiar de apartamento, porque todo me recordaba a ella. Allí habíamos sido una pareja feliz, y quería apartarme de aquellos maravillosos recuerdos.

Me mudé a este apartamento hace seis meses, y aunque estaba contento con el cambio, seguía pensando en ella.

Durante el día, conseguía evadirme gracias al trabajo, pero por las noches, la imagen de Liz aparecía una y otra vez en mi mente. Había soñado con ella durante años, y ahora su recuerdo era mi peor pesadilla.

Después de darme una ducha, me puse un traje de color gris, una camisa blanca, mi abrigo largo de color marrón, y me dirigí al trabajo.

Cogí el tren de las ocho y diez, y llegué a las puertas del edificio de oficinas donde está la sede del estudio a las nueve menos veinte, como siempre.

Antes de entrar, me detuve en la cafetería Mars, que está en la esquina de enfrente, donde los dependientes ya me conocen, y saben el café que me gusta: Un *latte* con sirope de caramelo. Mi preferido desde que era estudiante.

Con mi café en la mano, crucé la calle por el paso de peatones, y entré en el edificio. Subí a la octava planta, saludé a Melanie, la recepcionista, como cada día, y me dirigí a mi despacho.

Hoy tenía muchas cosas que hacer fuera de la oficina, como acudir a un edificio de viviendas que había diseñado para supervisar los últimos retoques; y reunirme con mi jefe de obra, Gary, un tipo de cuarenta y ocho años, casado y padre de familia, que ya peinaba canas, y que se había dedicado toda su vida a la construcción. Llevábamos trabajando juntos desde hacía muchos años, y se había convertido en uno de mis mejores amigos.

Salí de la oficina, y media hora después ya estaba reunido con Gary en el edificio. Todo había quedado según lo habíamos planeado, así que, otro proyecto había llegado a su fin. Para celebrarlo, nos fuimos a tomar unas cervezas después del trabajo.

—Cada vez que termino una obra, me siento como si estuviera enviando a uno de mis hijos a la universidad—comentó Gary.

—No sabía que te pusieras triste por estas cosas.

—No, si no me siento triste, me siento liberado. Ojalá mis hijos se fueran pronto de casa.

Yo me reí.

—Vamos, el más mayor tiene dieciséis y el más pequeño diez.

—Por eso. Nos están volviendo locos. Sobre todo, el mayor. Creo que por su culpa he perdido más pelo.

—¿Cómo eras tú a esa edad?

—Un gilipollas y un engreído. Pensaba que lo sabía todo. Por eso me da miedo que Jim haya heredado mis genes.

Yo volví a reírme.

—¿Y tú cómo eras a esa edad? —me preguntó, dando a continuación otro trago a su cerveza.

—Era un buen chico. Estudiaba, salía de vez en cuando con amigos, pero nunca me metía en

problemas.

—Así de gusto.

Yo suspiré, un poco hastiado.

—Sí, pero no me sirvió de mucho. A lo mejor si hubiera sido un chico malo, engreído y gilipollas, Liz se habría fijado antes en mí y aún seguiríamos juntos.

Observé como Gary ponía los ojos en blanco, y suspiraba. Le comprendía perfectamente. Llevaba meses así, mencionando a Liz cada vez que tenía ocasión.

—¿Quieres hacer el favor de olvidarte de ella? Vamos, tienes que pasar página. A ver, ¿cuánto hace que no tienes una cita?

No me costó mucho responder.

—Ocho meses.

—¿Y sin sexo?

—Lo mismo, ocho meses.

Gary puso gesto de dolor.

—¡Por Dios! Esto no puede seguir así. Necesitas desconectar. Un poco de marcha. Creo que puedo presentarte a una vecina muy maja, así, de tu edad. Va con Molly a pilates.

—Gary, no.

—¿¡Por qué no!? ¿No me digas que vas a estar de luto siete años o algo así?

Yo me revolví, incómodo.

—Es que no tengo ganas de enamorarme.

—¿Quién ha hablado de enamorarse? Estamos hablando de contacto humano, Nat. Un rollo de una noche, sexo desenfrenado, y si te he visto no me acuerdo. Ya tendrás tiempo de atarte. Eres joven y atractivo, debes aprovechar la oportunidad de desmadrarte un poco.

Yo dibujé una sonrisa ladeada.

—No sería capaz, Gary.

Él me miró fijamente y asintió.

—Claro, eres de los románticos. —Suspiró, y dijo—: Bueno, pues no sé qué decirte. Solo queda rezar para que ocurra un milagro.

Regresé a mi apartamento, y me encontré con mi vecino Leo, que justo salía de su casa. Llevaba puesto su abrigo de piel sintética de leopardo y su gigantesco bolso decorado con lentejuelas colgado del brazo.

—¡Hola, Nat! —me saludó con entusiasmo.

Yo le sonreí mientras pasaba por delante de él, en dirección a mi apartamento.

—¿Qué tal, Leo? ¿Ya vas al trabajo?

—Sí. ¡Estoy de los nervios! Esta noche estreno *show* nuevo, y estoy deseando ver la reacción del público. Espero que todo salga bien.

—Estoy seguro de que sí. Tú solo tienes que dar lo mejor de ti. Te deseo mucha suerte.

—Gracias, cielo. Por cierto, tengo dos entradas para el club, para que vengas cuando quieras y con quien quieras. Así que, ya sabes—me comentó, guiñándome un ojo.

Yo sonreí.

—Gracias. Si surge la oportunidad, te aseguro que iré a ver el espectáculo.

—Eso espero. Bueno, me marchó ya. Y duerme más, esas ojeras que llevas no me gustan nada. ¡Ciao! —dijo antes de meterse en el ascensor.

A continuación, entré en casa, y me puse cómodo con mi pijama de algodón y mi camiseta. La calefacción estaba puesta, y no hacía nada de frío, así que no me cubrí más. A pesar de que aún

era septiembre, se podría decir que el otoño ya estaba haciendo de las suyas. Cené algo ligero y me puse a ver la televisión.

Cambiando canales, me encontré con una reposición de Los vigilantes de la playa, esa serie que me gustaba tanto cuando era pequeño. David Hasselhoff, convertido en Mitch Buchannon, estaba hablando con uno de sus subordinados para coordinar un rescate en alta mar. Decidí ver el episodio, para empapar me de un poco de nostalgia.

Cuando me enamoré de Liz, y me convertí en un jovencito que empezaba a descubrir los misterios del sexo, entendí por qué mi padre se quedaba alelado mirando a Pamela Anderson correr a cámara lenta.

Aunque para mí, Liz era la más guapa de todas. No tenía ojos para nadie más. Ella era mi mujer ideal. Sin embargo, ahora ya no estaba a mi lado. Suspiré, triste. Era un auténtico perdedor. Debía llevarlo escrito en la cara.

Mi abuela me lo advirtió. Nunca le gustó Liz, porque le parecía una chica superficial y muy rebelde. Ella quería que me enamorara de una chica buena, dulce y responsable.

Sé que no le entusiasmó la idea de que Liz y yo saliéramos, aunque nunca me lo mencionó.

Mi hermana Ellen era de la misma opinión. Sin embargo, cuando se enteró de la ruptura, se abstuvo de meter el dedo en la llaga.

De repente, viendo las playas californianas en la televisión, me acordé de la niña pelirroja de ojos color miel que conocí en el verano de 1994. Seguramente, a estas alturas, sería una mujer muy guapa, casada y con varios hijos. Fue muy dulce y paciente conmigo, ayudándome a construir aquel Fallingwater de arena, mientras yo le contaba las pocas cosas sobre arquitectura que sabía entonces.

No recuerdo que ninguna chica fuera así conmigo, ni siquiera Liz, a la que le aburría tremendamente que me parara cada dos por tres a mirar los edificios de la ciudad que tanto me gustaban, aunque ya los hubiera visto más de cien veces.

Como bien había dicho Gary, necesitaba un milagro para recomponer mi corazón roto. Ahora mismo, no tenía confianza. Si no había conseguido que Liz, la chica a la que mejor conocía, se enamorara de mí y se quedara a mi lado. ¿Cómo sería posible encontrar a otra que se le pareciera? Simplemente, era imposible. Debía aceptar que estaba destinado a convertirme en un viejo ermitaño.

Podría construir una casa en medio de un bosque o junto a un lago, y comprarme varios perros, que serían mi única compañía. Creo que mañana mismo, después del trabajo, empezaré a diseñar los planos de mi futura guarida.

Capítulo 3

Amy

Después de mi cita de anoche, me desperté con menos energía de lo habitual. Otra vez, el peso de la decepción me aplastaba y hacía que todo el cuerpo me pesara. Tenía el ánimo por los suelos. Aunque me había sucedido muchas veces, nunca me acostumbraba a este fracaso sentimental perpetuo.

Llegué a la oficina a la hora de siempre, vestida con mis zapatos de tacón, mi camisa blanca, mi abrigo largo y mi falda entallada, hoy de color gris oscuro. Mi pelo iba recogido en una coleta, con mis mechones rebeldes sujetos con unas horquillas. Mi jefa entró en la oficina, y después de darme los buenos días fue directa al grano.

—¿Y bien?

Yo suspiré, abatida, y eso bastó para que Jaqueline entendiera todo.

—Vaya, una pena. Bueno, no te preocupes, hay muchos peces en el mar. Y ahora, pasa a mi despacho—dijo, despreocupada.

Bueno, al menos en el trabajo no tendría que recordarlo. Aunque me tocaría contárselo a mis compañeras de la oficina y amigas Carole y Terry.

Entré en el despacho de Jaqueline y me senté en una silla. Ella se sirvió su café, y se apoyó encima del escritorio.

—Anoche, como ya sabrás, estuve en casa de Henrietta Larsson, en la fiesta de su cumpleaños, y me quedé totalmente impresionada.

—¿Qué pasó?

—Ha hecho una ampliación de su casa, y ha reformado prácticamente todo. El resultado ha sido simplemente fabuloso. Madera en las paredes, ventanas más grandes, todo luminoso y diáfano. ¡Sublime! —aseveró, entusiasmada—. Entonces, me vino a la cabeza mi casa de Winnetka.

—¿Qué pasa con ella? —inquirí con interés.

—Necesita reformas, Amy. Es una casa antigua, y quiero cambios. Necesita algo nuevo, moderno, innovador. Quiero cambiar la decoración de la casa, y reformar una de las habitaciones.

—Si se me permite decirlo, creo que la casa está bastante bien, no creo que sea necesario...

—Me dijo el nombre del arquitecto que le hizo el trabajo: Nathan Kendall. Trabaja en Chicago. Quiero que consigas ponerte en contacto con él, y le pidas que nos reunamos mañana mismo aquí en la oficina. Y para lo del cambio de decoración, quiero que te pongas en contacto con Betty Velvet. Es la mejor en su campo. Por favor, ponte a ello enseguida—me ordenó.

Yo asentí, y me dirigí a mi escritorio. Mientras iba haciendo mis tareas del día, llamadas, concertar citas, y cancelar otras, busqué en Internet la información de contacto de Nathan Kendall. Descubrí enseguida que trabajaba para el estudio Truman & Dillinger, cuya sede estaba muy cerca de nuestras oficinas. De hecho, pasaba por delante del edificio todos los días de camino al trabajo.

Llamé y concerté una reunión para el día siguiente. Su ayudante, un tal Luke Brumell, fue el encargado de arreglarlo todo. Estaría aquí a las once de la mañana.

Con Betty Velvet tampoco hubo problema. Era una vieja conocida, que se había encargado de decorar el ático de Jacqueline, y conocía bien su forma de trabajar. Era un poco alocada y excéntrica, pero hacía siempre un trabajo excelente. Me puse en contacto con su secretaria, y me dijo que podría verse con mi jefa dentro de una semana para ir a la mansión.

Como Jacqueline no estaría por esas fechas, ella misma habló personalmente por teléfono con Betty, y le envió toda la información que necesitaba para que ya tuviera una idea de lo que quería antes de ir. Yo me encargaría de lo demás.

Durante el almuerzo, me senté con Carole, Terry y algunas de mis compañeras en el comedor de la empresa. Durante ese rato, les conté todo lo sucedido en mi cita fracasada con Tigre87.

—Bueno, como ha dicho la jefa, hay más peces en el mar—comentó Carole.

—Ya lo sé. Pero me estoy cansando de tirar la caña, y pescar solo botas viejas o peces distraídos, cuyas novias los esperan al otro lado de la bahía—respondí, abatida.

—Tú lo que necesitas es salir a tomar algo esta noche. Conozco un pub cerca de Chinatown, donde hay unos camareros guapísimos, y donde sirven unos daiquiris buenísimos—aseveró Terry.

—¡Sí! ¡Me gusta la idea! —exclamó Carole.

Yo torcí el gesto.

—No sé, chicas, no tengo muchas ganas...

—¡Vamos! ¡Tienes que divertirme! Venga, será solo un ratito. Una hora. Bebes un daiquiri, bailas un poco con algún chico guapo, y luego a casa, ¿vale? —me animó Carole.

Suspiré, rendida.

—De acuerdo, pero solo una hora.



La luz que atravesó la ventana de mi habitación me despertó. Me levanté de la cama, extrañada. No había sonado el despertador, o al menos, yo no lo había oído. Enseguida, noté un fuerte dolor en la cabeza. << ¡Malditos daiquiris! No volveré a probar uno en mi vida>>, pensé mientras me frotaba las sienes.

Al final, no me quedé una hora, sino más tiempo. Empezamos a beber esos deliciosos daiquiris de fresa, que eran tan dulces que apenas se notaba el alcohol. Yo, inocente, bebí y bebí hasta que empecé a sentirme mareada. No recuerdo prácticamente nada, aunque sé con seguridad que no ligué con ninguno de aquellos guapos camareros. Lo dicho, no más daiquiris.

Cogí mi teléfono y miré la hora. ¡Mierda! ¡Eran las ocho menos cuarto! ¡Ya tendría que estar preparada! Salí de la cama a toda prisa, y me di cuenta de que llevaba la misma ropa de ayer puesta.

Deduje que Carole y Terry me llevaron a casa, y me metieron en la cama directamente sin ponerme el pijama.

Me metí en la ducha, y en menos de cinco minutos salí, me vestí, y me hice un moño bien apretado. No llegaría a tiempo para coger mi tren habitual. A pesar de eso, corrí a toda prisa hasta llegar al metro.

Cogí otro tren, sintiendo que me faltaba energía. No había desayunado y encima había hecho ejercicio. Esperaba no desmayarme.

Eran las nueve menos cuarto, y salí disparada del vagón en cuanto llegué a mi parada. Corrí como Tom Hanks en Forrest Gump, esquivando a la gente.

De repente, cuando estaba a punto de llegar al paso de peatones que había frente a la cafetería

Mars, me choqué con un hombre. Este llevaba una taza de café en la mano, cuyo contenido se derramó sobre su abrigo. Yo le miré con cara de pánico, mientras él observaba el desastre.

—Lo siento mucho, señor. Ha sido sin querer, de verdad...—acerté a decir.

Él alzó la vista, y me lanzó una mirada asesina que me hizo temblar. De repente, dibujó una sonrisa que yo describiría como aterradora.

—Esto es lo que me faltaba. ¡Joder! —dijo, furioso.

—Le pagaré la tintorería. Puedo darle el dinero ahora—respondí al mismo tiempo que buscaba en el bolso mi cartera.

—¿Cree que esto se arregla así? ¿Con dinero? —me preguntó con sorna.

Yo estaba empezando a sentirme algo molesta con su actitud. ¡Era café, maldita sea!

—Ya le he dicho que lo siento.

—Si con eso se arreglaran las cosas, no necesitaríamos llamar a la policía.

¿Pero de qué iba ese tipo?

—Entonces, ¿qué quiere que haga? ¿Qué me arrodille o algo así? ¡Es solo café! ¡Por el amor de Dios! —respondí, enfadada.

—Solo café. ¡Y una mierda! ¡Es todo! Usted ha conseguido empeorarme el día. ¿¡Es que no es capaz de mirar por dónde va!?

Abrí la boca, indignada.

—¡Estaba mirando por donde iba! ¡Es usted el que iba despistado!

—¡Mentira! Hago esta ruta todos los días, con mi café *latte* con sirope de caramelo en la mano. Podría hacer este recorrido con los ojos cerrados y no me chocaría con nadie. ¡Usted ha tenido la culpa! —replicó, más enfadado todavía.

Yo apreté la mandíbula y los puños, totalmente furiosa.

—¡Que le den! Retiro la disculpa. Es usted un hombre muy desagradable, y no se merece que le trate con respeto. Así que, ¡me largo!

En cuanto me di la vuelta, pude escuchar su risa burlona a mis espaldas.

—Un hombre muy desagradable—dijo, imitando mi voz— ¿Qué estamos, en una película de época? ¿Va a invitarme a tomar el té con la Reina? ¡Lárguese! ¡Huya! ¡Ya estoy acostumbrado a los desplantes!

Yo seguí mi camino con el corazón latiendo a mil por hora. Aquel hombre me había enfadado muchísimo. ¡Era tan injusto! Le había pedido disculpas, me había ofrecido a pagarle la tintorería, y él se había comportado como un engreído. ¡Espero no volver a verlo nunca!

Entré en la oficina, y en cuanto me senté, mi jefa me llamó por el interfono de mi escritorio. Acudí a su despacho con mi cara de enfado, y mi cabeza palpitando por la resaca.

Nada más entrar, Jaqueline me ofreció un vaso de agua y una aspirina. Esperó a que me lo bebiera, y fue entonces cuando repasamos los planes del día.

—A las once vendrá el señor Kendall para que le explique lo que quiere hacer en la casa de Winnetka.

—Estupendo, tengo un montón de ideas.

—Ahora terminaré de revisar el informe de logística, y Monty, de finanzas, me entregará los balances para la reunión de mañana.

—Por curiosidad, ¿cuánto bebiste anoche?

Típico de Jaqueline, cambiar de tema de repente.

—Tres daiquiris de fresa.

Empezó a reírse a carcajadas.

—¡Por Dios! Parece que hayas bebido diez brandis. Con tres daiquiris yo no tendría suficiente.

—No estoy acostumbrada a beber—respondí con timidez.

—Lo sé. Aunque no apruebo que hayas llegado tarde, me alegra que por lo menos salgas a divertirme. Esto es una buena señal. Quizás suceda algo bueno hoy.

En ese instante, la imagen del tipo histérico del café apareció en mi mente.

—Eso espero—respondí, torciendo el gesto.

Volví a mi escritorio, y mientras esperaba la llegada del arquitecto, me centré en mis tareas. Tenía mucho que hacer, así que el tiempo pasó volando.

Cuando estaban a punto de dar las once, el ascensor del fondo del pasillo se abrió, y apareció un hombre alto y moreno, con barba, que vestía un traje claro, y sujetaba en uno de sus brazos un abrigo negro. A medida que se iba acercando, tuve la sensación de haberlo visto en alguna parte. Y entonces, descubrí con horror de quien se trataba. Esto tenía que ser una pesadilla.

Capítulo 4

Nathan

Cuatro horas antes...

La cuchara que contenía mis cereales bañados en leche, y que estaba a punto de meterme en la boca, había caído bruscamente dentro del bol, porque se había escurrido entre mis dedos.

Mi boca y mis ojos estaban abiertos, mostrando una mezcla de asombro, angustia y rabia. En la otra mano sujetaba mi teléfono, en cuya pantalla aparecía un artículo de una revista de cotilleos, acompañado de una fotografía de una pareja sonriente.

Conocía a la perfección la cara de la mujer de la foto. Era Liz. MI LIZ. A su lado, con una sonrisa triunfal, estaba Chuck, el maldito guitarrista, con su piercing en la ceja derecha. ¡Como lo odiaba!

El titular decía: <<Chuck Miles y su novia se casan en primavera. Acaban de anunciar su compromiso en Instagram.>>

¿Cómo era eso posible? ¿¡Solo hacía ocho meses que habían vuelto y ya iban a casarse!?! Y conmigo, que llevábamos más tiempo, nada. Esto era humillante. Me sentí el tipo más estúpido del mundo. Del asombro pasé a la rabia, y apreté la mandíbula con furia.

Ella iba vestida de roquera, y aunque le sentaba bien, recuerdo que no era su estilo. Cuando estaba conmigo, vestía faldas plisadas, camisas y cosas de estilo más formal, para mimetizarse con mi ambiente. Le gustaba ir a eventos del estudio, donde había gente de mucho dinero. Allí se movía como pez en el agua. Y ahora iba con bebe-cervezas tatuados, con chupas y botas de cuero. ¡Increíble!

En el instituto, era la chica tipo Barbie, con el pelo liso, y ropa pija, que siempre iba con el guaperas del *muscle* car. Conmigo no, claro, era del montón, aunque fuera su vecino y mejor amigo de la infancia.

Solo pude disfrutar de su cariño durante un año y medio, cuando ya me había convertido en lo que soy ahora.

A pesar de saber con certeza que para ella fui un amor de transición, la seguía queriendo y me dolía el corazón cuando la veía sonreír al lado de ese idiota.

Dicen que cuando quieres a alguien deseas que sea feliz, y yo quería eso, pero ¿por qué no podía serlo conmigo?

Ahora ya era tarde. Había perdido a Liz para siempre, no había vuelta atrás. Para ella era un insecto que le había picado una vez. Chuck era el hombre de su vida.

Ellos vivirán felices y locamente enamorados; y yo me arrastraría el resto de mi vida por las esquinas, llorando porque el maldito Cupido hizo de las suyas en su día, y me dejó una flecha bien clavada en el corazón, que ahora me era imposible arrancarme.

Por cierto, me enteré de esto gracias a mi hermana Ellen, que me había mandado el artículo por privado en Facebook.

Ellen vivía en Silver Falls, y trabajaba en el periódico local como redactora. Buscando noticias, se topó con esta, y me la envió. Seguramente, creyó que eso me ayudaría a hacerme a la idea de que Liz era cosa del pasado. Pues no. Lo único que ha hecho es hacerme sufrir más. Gracias, querida hermanita.

Salí de casa con un humor de perros. Estaba furioso conmigo mismo, por haberle entregado mi corazón a Liz. Sabía que no merecía mi sufrimiento, pero no podía evitarlo.

Respiré hondo, intentando tranquilizarme, mientras entraba en el vagón. Fijé mi vista en los edificios y las calles de la ciudad por las que el tren pasaba de largo.

Necesitaba estar tranquilo para la reunión de ese día con la señora Copeland. Ayer, mi ayudante me sorprendió al informarme de que una de las mujeres más ricas de Chicago y del país, quería reunirse conmigo para ofrecerme un trabajo importante.

No era la primera vez que me movía entre aquellos privilegiados que vivían en las zonas más lujosas de la ciudad. De hecho, había realizado trabajos para algunos amigos y conocidos de la señora Copeland.

Respiré hondo de nuevo. Debía centrarme y olvidarme de todo lo demás. Salí del metro y me dirigí a la cafetería. Un *latte* con sirope de caramelo endulzaría mi amarga mañana. Sí, debía sonreír y llenar mi estómago de caramelo. Hoy pediría un extragrande. ¡Hagamos locuras!

Me sirvieron el café, y acerque el vaso tamaño extragrande a mi nariz. Pude oler la mezcla de café y caramelo, y de repente, me sentí un poco mejor. Nada podía estropear ese momento. A continuación, salí de la cafetería y me dirigí al trabajo.

Iba andando tan tranquilo con mi edulcorado café, cuando choqué con algo. O más bien, con alguien. Noté enseguida el café ardiente sobre mi abrigo. Agaché la mirada y observé con horror el desastre. El momento dulce acababa de fastidiarse.

—Lo siento mucho, señor. Ha sido sin querer, de verdad...

Alcé la vista y ahí estaba la causante. Ella y Liz parecían haberse aliado para estropearme el día. Aunque ambas eran muy diferentes. Esa mujer era pelirroja, y llevaba un moño muy apretado, que le daba un aspecto de maestra de escuela para señoritas, de esas que son tan estiradas. Iba con su perfecto abrigo y sus perfectos zapatos intactos e impecables. No le había salpicado ni una gota, ni se le había saltado ninguna horquilla. Y por eso, la odié con todo mi ser.

Se disculpó y me habló con amabilidad, mientras insistía en pagarme la tintorería. Sin embargo, yo no estaba por la labor de mostrarme pacífico y comprensivo. Me enfadé, le respondí de forma grosera y grité un poco.

Al final, muy digna, con su moño estirado, alzó el mentón y retiró su disculpa, dándose la vuelta, ofendida. ¿Pero quién se había creído que era? ¿La primera dama? Me irritaba, me fastidiaba, y mi rabia aumentó aún más. Se alejó de mí, con sus perfectos andares, y me quedé con medio vaso de café y un abrigo manchado.

Llegué al trabajo con cara de pocos amigos, y todo el mundo se dio cuenta de mi enfado enseguida. La primera en advertirlo fue la pobre recepcionista, que me dio los buenos días como siempre, y yo le contesté con un rugido:

—¡Serán buenos para ti!

Mi ayudante Luke me miró con cara de espanto, mientras yo me metía en el despacho. Arrojé el abrigo contra una silla y comprobé que, afortunadamente, lo demás estaba intacto. A continuación, me desplomé en mi silla acolchada y resoplé.

—¿Se puede? —preguntó Luke desde el umbral de la puerta.

Yo le miré y asentí.

—Una mala mañana...—comentó, mirando mi abrigo manchado.

Suspiré, abatido.

—Puede decirse que sí.

—Le recuerdo que tiene la cita con la señora Copeland a las once. Si quiere, puedo intentar

conseguirle un abrigo. Y descuide, le llevaré eso a la tintorería.

—Gracias, Luke. Me haces un gran favor. Mejor encárgate solo de la tintorería, yo buscaré un abrigo. Seguro que alguien me presta el suyo.

Salió de mi despacho, y yo me dirigí a ver a mi jefe, Barry Truman, nieto del fundador del estudio. Golpee la puerta de su despacho con los nudillos, y me dio permiso para entrar.

Barry era mi jefe directo. La otra parte de la dirección del estudio, es decir, el nieto de Dillinguer, Barron, se encargaba de llevar la sede de Nueva York. Barry era un jefe atento y bueno, alguien de quien nunca dejaba de aprender.

Era unos años más mayor que yo, tenía el pelo oscuro, bigote, ojos claros, y llevaba gafas de montura fina metálica. Además de jefe y subordinado, éramos amigos. Lo cierto era que en ese estudio éramos como una pequeña familia.

—Buenos días. Ya me han dicho que te has levantado con el pie izquierdo.

—Sí, bueno. Digamos que hoy no es mi día.

—¿No tendrá nada que ver Liz en todo esto? —preguntó con suspicacia.

Yo no contesté, y aparté la mirada.

—Pues más te vale cambiar esa cara que tienes para las once. La señora Copeland sería una clienta muy valiosa para el estudio.

—Lo sé. Oye, solo quería pedirte un favor. Verás, he tenido un pequeño accidente con mi abrigo, y necesito que me prestes el tuyo.

Observé como enarcaba las cejas.

—¿Qué tipo de accidente?

Yo suspiré.

—Una especie de señorita Rottenmeier se ha chocado conmigo y ha tirado mi café encima de mi abrigo. Está hecho un desastre.

Barry se empezó a reír, aunque yo no le veía la gracia.

—¿Señorita Rottenmeier?

—Sí, iba con un moño estirado, parecía una maestra de escuela femenina de élite. De esas que te dan con la vara.

—Mmm, esto empieza a gustarme...

Yo fruncí el ceño.

—¿En qué estás pensando?

—¿Era guapa?

—¡Y yo qué sé! ¡Te estoy diciendo que ha echado mi abrigo a perder! Además, no deberías preguntar esas cosas. Estás casado y eres padre de familia.

—Lo sé. ¿Y qué pasa con eso? Que sea marido y padre no quiere decir que no deba cotillear y curiosear. Y deduzco que te ha gustado, porque ya le has puesto un mote y todo.

—Por favor, ¿me prestas tu abrigo? —le pedí, zanjando el asunto. No quería hablar más de esa mujer.

Se levantó, y me entregó un abrigo negro largo. Afortunadamente, teníamos la misma talla, así que me quedaba como un guante.

—Gracias, te lo devolveré cuando regrese de la reunión.

—En cuanto regreses, ven a mi despacho y me lo cuentas todo.

Yo asentí y me marché.

A las once menos cinco ya estaba en el vestíbulo de la Torre Copeland, un imponente edificio acristalado, habitado por un conglomerado de empresas.

Aparté de mi mente cualquier mal pensamiento. Debía darlo todo para que la señora Copeland viera en mí a un auténtico profesional.

Busqué información sobre ella anoche, mientras cenaba. Era una mujer que poseía una inmensa fortuna, que acumulaba dos matrimonios fracasados, y que tenía un excelente olfato empresarial y una ética de trabajo intachable. No tuvo una infancia fácil. En los medios siempre la tachaban de pobre niña rica.

La señora Copeland quedó huérfana a muy corta edad, y su abuelo Reginald Copeland se encargó de darle la mejor educación, como única heredera de su imperio. Había sido objeto de muchos chismes y rumores, pero sinceramente, me gustaba pensar que casi todo eran invenciones de la prensa.

La recepcionista me indicó donde estaba el despacho de la señora Copeland, y enseguida me dirigí a uno de los tres ascensores del edificio.

Me bajé en la planta diez, y me adentré en un largo pasillo. A mi izquierda, había una amplia oficina con cubiletes, y a mi derecha, despachos acristalados.

A medida que me iba acercando, vi que había un escritorio justo delante del despacho de la señora Copeland. Allí había una mujer, que seguramente sería su secretaria.

De repente, me di cuenta de que su cara me resultaba familiar. Y a pocos metros de ella, ya no tuve duda. Era la señorita Rottenmeier, derramadora de cafés *latte* con sirope de caramelo.

Nos miramos con una mezcla de sorpresa y fastidio. Obviamente, yo era un profesional, y no iba a permitir que viera que su presencia me incomodaba. Así que puse gesto serio, y me dirigí a ella con determinación.

—Buenos días, soy Nathan Kendall, tengo una cita con la señora Copeland—dije con un tono formal.

Ella asintió con esa cara de señorita estirada que tenía.

—Buenos días, señor Kendall. Ahora mismo le diré a la señora Copeland que ha llegado. Si quiere, puede sentarse—respondió, señalándome dos asientos de cuero que había al lado de la puerta del despacho.

—No, gracias. Esperaré aquí de pie, si no le importa.

A pesar de no realizar ningún gesto que delatara su malestar, sabía con certeza que mi respuesta no le había agradado.

—Por supuesto que no.

Dicho esto, apartó su mirada, y apretó el botón del interfono que tenía en su escritorio.

—Señora Copeland, el señor Kendall ya está aquí.

Al otro lado, alguien contestó con entusiasmo:

—¡Estupendo! ¡Dile que pase!

Vaya, parecía ser que su jefa era más simpática que ella. Entonces, me miró, y dijo:

—Puede pasar, señor Kendall.

A continuación, desvió la vista hacia la pantalla del ordenador, ignorándome por completo. Eficaz, sí, señor. Me alejé de allí, y entré en el despacho de la señora Copeland.

La mujer estaba de pie delante de la ventana que había detrás de su escritorio, observando la panorámica de Chicago, que era espectacular desde ese sofisticado despacho.

La señora Copeland era una mujer alta y delgada, con cierto porte aristocrático. Se giró, me miró y sonrió. Me recordaba a aquellas actrices del Hollywood clásico, esas que desprendían tanto glamour. Iba elegantemente vestida con unos pantalones entallados grises, un jersey negro de cuello alto, y unos zapatos negros de tacón. Se acercó a mí y me estrechó la mano.

—Es un verdadero placer conocerle, señor Kendall. Por favor, tome asiento—me indicó mientras ella se acomodaba en su silla acolchada.

Coloqué el abrigo en el respaldo de la silla, me senté, y crucé las manos sobre mi regazo. Noté que estaban algo sudadas debido a los nervios. En ese momento, me olvidé de mi mala mañana, de la señorita estirada, y de mi exnovia malvada.

Me preguntaba qué quería esta mujer de mí; esta dama que podría contratar al mismísimo Norman Foster.

—Se preguntará por qué le he llamado, ¿cierto?

Vaya, encima leía la mente. Yo me limité a asentir.

—Hace poco estuve en casa de Henrietta Larsson, y vi el trabajo tan magnífico que usted y su equipo habían hecho. Por ese motivo, le he llamado. Verá, tengo una propiedad en Winnetka. Se trata de la vieja mansión familiar. Es una casa muy antigua, y necesita algunos arreglos. Un lavado de cara. Y estoy segura de que usted podrá hacerlo.

—Bueno, necesitaría ver la casa antes para valorar lo que necesita que haga.

Desvió su mirada al interfono, y apretó el botón.

—Amy, ¿podrías traer las fotografías de la casa?

Amy. Un nombre muy dulce para una mujer tan amargada.

En menos de cinco minutos, entró en el despacho, dando elegantes pasos con sus zapatos de tacón negro.

Colocó una carpeta sobre la mesa y la abrió. Al instante, me la ofreció. La agarré, y entonces ella se marchó sin mirarme. <<Muy bien, yo también sé ignorarte>>, pensé.

Me concentré en las fotografías. Había unas veinte, con imágenes del interior y del exterior de la casa. Se trataba de una majestuosa mansión de principios del siglo veinte de ladrillo rojo, con altos ventanales, varias hectáreas de jardín, tres plantas, dos salones enormes, catorce habitaciones para los huéspedes, diez para el servicio, cocina gigantesca, lámparas de araña, tapices, y chimeneas. Era un lugar encantador, aunque necesitaba arreglos.

—La casa la hizo construir mi bisabuelo a principios del siglo veinte. Entraron a vivir allí en 1907. Mi abuelo nació ahí, y yo crecí en esa casa. No suelo ir mucho, porque tengo mi ático aquí en Chicago. Sin embargo, quiero convertirlo en lo que era; un refugio para alejarme del estrés de la gran ciudad. Aunque, como le he dicho, quiero modernizarlo un poco—me explicó.

—¿Sería posible ir a verla en persona?

—¡Por supuesto! Si quiere, podemos ir mañana mismo. ¿Tiene planes?

Durante unos segundos traté de hacer memoria, y no recordaba que tuviera ninguna cita importante, así que, contesté:

—No, no tengo planes.

—¡Excelente! Entonces, mañana a las nueve venga a la oficina. Iremos en mi coche.

—No es necesario, puedo ir yo por mi cuenta...

Tenía mi propio coche, aunque apenas lo usaba, ya que el metro me llevaba a casi cualquier sitio. Estaba aparcado en la plaza de garaje de mi edificio de apartamentos. Era un pequeño Toyota Corolla de color gris plateado que usaba cuando tenía que desplazarme lejos de la ciudad o para viajar a Silver Falls.

—¡No diga tonterías! Además, así podremos conversar un poco y conocernos mejor—respondió la señora Copeland.

Nos levantamos y me acompañó a la puerta. Al salir, su secretaria se acercó a nosotros con gesto serio.

—Mañana iremos a Winnetka, llama a Tom y que preparen todo. Salimos a las nueve, el señor Kendall nos acompañará—le indicó.

Ella asintió, y se alejó de nosotros. La señora Copeland me acompañó al ascensor, mientras todos nos miraban con curiosidad. Finalmente, se despidió de mí, y regresé al trabajo.

Nada más llegar, me reuní con Barry y le conté todo, incluido mi encuentro con la secretaria tira-cafés.

—¡Increíble! Esto es cosa del destino—afirmó, divertido.

—Me encanta tu entusiasmo, pero sinceramente, espero no tener que lidiar con ella.

—Pues tengo entendido que es su persona de máxima confianza.

No me gustó oír eso.

—Entonces, estoy perdido, porque no le caigo bien.

—Pues tendrás que poner de tu parte para cambiar la situación y hacer que todo vaya como la seda. Sé profesional. ¿De acuerdo?

Yo asentí. Estaba claro que tendría que lidiar con ella. Podía hacerlo. No íbamos a ser amigos, se trataba solo de negocios.

Sin embargo, admito que cuando estuve delante de ella, me entraron ganas de deshacerle el moño y revolverle el pelo. De repente, me sentí un poco travieso. Eso no le gustaría nada.

Capítulo 5

Amy

Me miré delante del espejo y suspiré. Cuando Jaqueline me dijo que hoy tendría que ir a Winnetka con ella y el señor Kendall—alias tipo amargado—no me hizo ninguna gracia. Además, ayer fue un día agotador.

No solo llegué tarde, tuve una discusión en plena calle, y luego me volví a encontrar con la persona con la que había tenido el altercado, sino que, además, tuve que organizarlo todo para que durante mi ausencia no hubiera problemas.

Cambié citas, terminé informes, adelanté otros, y le expliqué a Jeremy, el ayudante del vicepresidente Perkins, lo que tenía que hacer con las llamadas que se pasaban a mi escritorio. Él sería el encargado de tomar nota de todo.

También tuve que organizar el viaje de hoy. Nos llevaría hasta Winnetka el chófer de Jaqueline, Raoul, en el Maybach S650 Pullman negro, que permite que cuatro personas vayan sentadas detrás cómodamente.

Yo iría en el asiento del copiloto, para no tener que verle la cara al señor Kendall, que me miraba con bastante desprecio. No merecía eso, porque tampoco había hecho algo tan grave.

No obstante, era una profesional. Por eso, mantendría las distancias y solo me limitaría a intercambiar palabras cordiales con él.

También llamé a la casa, donde trabajaban cinco personas que la mantenían limpia y cuidada. Quería asegurarme de que todo estaba en orden, aunque estaba convencida de que Jaqueline no notaría la diferencia. Hacía dos años que no iba por allí. Vive en su ático del centro de Chicago, y suele ir a Martha's Vineyard o a los Hamptons en verano. Y en Navidad, hace grandes fiestas en su ático o vuela a Nueva York en fin de año para estar con unas viejas amigas.

Supongo que la casa de Winnetka le trae amargos recuerdos. Allí vivió con sus abuelos, y cuando estos fallecieron, aquello se convirtió en una especie de fantasma del pasado.

Yo había estado en dos ocasiones, y me había enamorado del lugar. Era una casa de ensueño, antigua pero muy acogedora. Estaba rodeada por un amplio terreno ajardinado, en un vecindario tranquilo. En mi opinión, no necesitaba cambios, pero Jaqueline estaba decidida.

Solo esperaba que ese arquitecto no intentara aprovecharse de ella.

Los observé hablando en el despacho. Ella estaba entusiasmada con el asunto, mientras que él se mostraba serio. Miraba las fotografías con detenimiento, seguramente considerando cuánto beneficio podría obtener.

Sí, era consciente de que estaba pensando mal de él sin apenas conocerle, pero es que me sacaba de quicio su actitud conmigo. Cuando llegó a mi escritorio, su cara de fastidio me enfadó. ¡Ni que yo fuera un bicho repugnante o algo así!

Lo malo era que había algo en él que me fascinaba: sus ojos verdes. Me recordaban a alguien que había conocido tiempo atrás, un niño tímido y encantador.

Obviamente, el señor Kendall no tenía nada que ver con él, porque ese niño ahora será un adulto muy simpático, que no sería capaz de ponerse como una fiera por un café.

Debía dejar de pensar en el señor Kendall y centrarme. Hoy me pondría unas bailarinas

negras, unos pantalones oscuros entallados, y una camisa azul. Recogí mi melena en una coleta, y una vez estuve arreglada, salí por la puerta de casa.

Llegué a las ocho y media a la oficina, y hablé por última vez con Jeremy para aclarar cualquier duda. Raoul llegó a las nueve menos diez, y nos esperó abajo.

Jaqueline hablaba por teléfono en el despacho, mientras yo estaba sentada frente a mi escritorio, esperando la llegada del señor Kendall, con mi vista fijada en los ascensores.

No es que tuviera ganas de verle. Es que prefería saber que ya estaba aquí lo antes posible, para marcharnos enseguida, y no tener que esperar con él fuera.

Se abrió el ascensor y apareció. Caminaba mirando al frente, con gesto serio. Llevaba puesto el abrigo que ayer le estropeé. Parecía ser que había conseguido que no dejara mancha.

De repente, nuestras miradas se cruzaron, pero yo aparté la mía de inmediato. Llamé a Jaqueline por el interfono, y salió enseguida a recibirle, justo cuando él estaba a punto de llegar a mi escritorio.

Se saludaron, y siguiendo las órdenes de Jaqueline, nos dirigimos al ascensor. Ella le tomó del brazo, y me dieron la espalda; aunque observé que él giró la cabeza para mirarme.

Entramos en el ascensor, y me coloqué justo al lado de Jaqueline. Él estaba en el otro extremo. No cruzamos nuestras miradas. Fijé mi vista al frente, mientras Jaqueline hablaba sin parar. No escuché lo que estaba diciendo. La presencia de aquel hombre me ponía nerviosa, y hacía que mi cuerpo se tensara.

Salimos del ascensor y esta vez yo fui delante. Una vez fuera del edificio, saludé a Raoul, y él me abrió la puerta para que me sentara en el asiento del copiloto.

—Amy, ven con nosotros detrás—ordenó Jaqueline.

<< ¡Vaya por Dios!>>, pensé. Contuve mi gesto de fastidio, y obedecí. Entré en la parte de atrás y me acomodé en el asiento. El señor Kendall se puso justo a mi lado, y Jaqueline se sentó enfrente de él. Afortunadamente, no podíamos ni rozarnos, porque el coche era enorme y un reposabrazos hacía de barrera entre nosotros.

Lo miré de reojo. Una de sus manos estaba apoyada sobre el reposabrazos, y me fijé en que era grande y parecía fuerte, con uñas perfectamente recortadas e impecables. Unas manos que me agradarían, si no fuera porque eran las suyas.

Desvié mi vista hacia la ventana, y enseguida nos pusimos en marcha. El trayecto duraría una media hora.

Observaba las calles, intentando evadirme, aunque fue imposible no escuchar la conversación que estaba teniendo lugar entre ellos.

—¿De dónde es usted, señor Kendall?

—Soy de un pueblo de Vermont, Silver Falls.

—Suena encantador.

—Es un sitio pequeño donde todos nos conocemos.

—Un cambio enorme, imagino. Chicago no tiene nada que ver. Aquí es extraño encontrarte con la misma persona dos veces.

En ese instante, noté su mirada clavada en mí.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

Ignoré la alusión, y seguí con la vista fijada en la ventanilla.

—¿Familia? Padres, hermanos, pareja.

—Mis padres y mi hermana Ellen viven en Silver Falls. De hecho, mi hermana trabaja en el periódico local como redactora. Y no tengo pareja actualmente.

Este último comentario lo dijo con cierta tristeza, o eso me pareció percibir. Bueno, no era asunto mío.

—¿Y cómo le dio por dedicarse a la arquitectura?

—Todo fue culpa de Frank Lloyd Wright.

—No me sorprende. Ese hombre creó escuela. Mi abuelo tuvo la suerte de conocerle en persona.

—¿De verdad?

—Sí. Me contó que era un hombre muy agradable, nada más. Mi abuelo era un hombre parco en palabras. Aunque cuando te decía algo, era directo y terriblemente sincero. Si algo no le gustaba, lo decía sin más.

—¿Y va mucho a Winnetka?

—Hace dos años que no voy. No sé en qué estado estará la casa. Hoy lo descubriremos.

Llegamos finalmente a Winnetka. Un empleado nos abrió la enorme puerta de metal que conducía a un pequeño camino de asfalto, que llegaba hasta la entrada de la mansión. Ante nosotros, se presentaba una casa enorme, elegante y muy bonita, con sus viejos ladrillos de color rojizo.

Raoul detuvo el coche delante de la entrada principal, salimos del vehículo, y un empleado nos abrió la puerta de la casa. Una vez dentro, nos quedamos unos segundos en silencio observando el vestíbulo.

Una enorme escalera central se dividía en dos al llegar al piso superior. El suelo era de madera, y estaba cubierto por unas alfombras de color rojo oscuro, que amortiguaban el sonido de nuestros pasos. Una lámpara de araña pendía sobre nuestras cabezas, y a ambos lados del vestíbulo había puertas que conducían a otras estancias.

Jaqueline tomó la iniciativa y nos guio por la casa. Primero nos llevó a un enorme salón, presidido por una gran chimenea de mármol, decorada con relieves en forma de enredadera, con un cuadro del difunto abuelo de Jaqueline colgado encima, y sofás acolchados de color rojo estilo victoriano. Pesadas cortinas de color burdeos caían a ambos lados de las ventanas, y las paredes estaban cubiertas de papel pintado de color beige con adornos florales rojizos.

—Mi abuela cambió la decoración cuando se trasladaron a vivir aquí, y le encantaba el color rojo. No lo cambié porque ese color también me gusta y creo que le favorece a la casa.

—No observo ningún desperfecto en el salón, señora Copeland—apuntó el señor Kendall.

Coincidía con él. La estancia estaba muy bien conservada.

—No es esto lo que quiero cambiar. Seguidme—indicó Jaqueline.

Nos condujo hasta una puerta de madera de caoba que había al fondo del salón. Allí nos enseñó una habitación poco iluminada, que daba al jardín. Estaba llena de estanterías con libros, aunque algunos estaban apilados en el suelo.

Los techos tenían algunas humedades, y el papel pintado estaba medio despegado en las partes más altas. El olor a humedad era notable.

—Esta fue la habitación de juegos de los niños de la casa. Mi padre fue el último que la usó, y tras su muerte, mi abuela ordenó cerrar este cuarto.

>>Ella solía jugar con él aquí cuando era niño. Siempre me dijo que había sido muy feliz en esta habitación, porque era donde podía estar con su mayor tesoro, su hijo.

>>Para ella era doloroso entrar aquí y recordar aquellos momentos felices, que se acabaron convirtiendo en recuerdos tristes.

Desconocía aquella historia, y sentí cómo se me encogía el corazón al escucharla. A pesar de

los disgustos que el padre de Jaqueline dio a los Copeland debido a sus adicciones, obviamente, su muerte fue un duro golpe para ellos. No debió ser fácil.

—Esta habitación representaba lo que había sido mi padre una vez: Un niño bueno y amable, que adoraba a su madre. Inocencia, ternura, luz.

>>Nunca vi esa parte de él, aunque comprendí el sufrimiento de mi abuela. Yo la adoraba. Ella fue mi verdadera madre. Y sé que aprobaré lo que quiero hacer con este cuarto. —De repente, miró al señor Kendall—. Quiero que recupere la luz en esta estancia, señor Kendall. Quiero que esta habitación vuelva a ser luminosa.

>>No será una sala de juegos. Quiero convertirla en una biblioteca y en una sala para compartir buenos momentos con amigos. Que pueda tomar un café mientras leo, o simplemente, observar mi jardín en invierno, sin obstáculos que me lo impidan. ¿Entiende lo que le digo?

El señor Kendall estaba delante de la ventana, observando el jardín. Entonces, asintió, y miró a Jaqueline.

—Perfectamente. Necesitaré un par de días para mostrarle un proyecto. Aunque seguramente sea antes. Si le gusta, entonces hablaremos de todo lo demás—respondió él.

Jaqueline asintió, satisfecha. Parecía totalmente convencida de lo que estaba haciendo.

Lo cierto es que, la idea que tenía me gustaba. Aunque no sabía cómo podría transformarse esa sala de una manera tan drástica. Era un lugar oscuro con una única ventana, y aportar luz sería una tarea algo complicada. Y me temía que muy cara.

El señor Kendall se paseó durante largo rato por la estancia, mientras Jaqueline y yo esperábamos en el salón, donde nos habían servido café y unas pastas.

—Señora Copeland, ¿está segura de lo que hace? —inquirí.

—Sí, claro. Sino no le habría traído. ¿Por qué desconfías?

—No desconfío, solo velo por sus intereses. Ya lo sabe.

Noté que mi jefa me miraba con suspicacia.

—Oye, ¿vosotros os conocéis de antes?

Yo negué enérgicamente con la cabeza.

—No, por supuesto que no. ¿Por qué lo dice?

—No sé, me ha dado esa impresión.

En ese momento, el señor Kendall salió de la sala, y a Jaqueline se le ocurrió salir a dar un paseo por el jardín, aprovechando que hacía un sol espléndido. Agarró al señor Kendall del brazo y empezaron a caminar delante de mí.

No sé de qué hablaban, porque no podía oírlos desde donde estaba. Jaqueline se acercaba mucho a él, como intentando evitar que yo escuchara algo. ¿Qué le estaría diciendo? ¿Estaría coqueteando con él? Bueno, eso no era asunto mío.

Regresamos una hora después a Chicago. Yo me mantuve en silencio, mirando por la ventanilla, mientras ellos seguían conversando.

—¿Conoce a Billy Idol? —preguntó él, asombrado.

—¿Conocerle? ¡Claro que sí! En todos los sentidos—afirmó Jaqueline con picardía. Le gustaba mucho hablar de las juergas que se había corrido en los ochenta—. También fui muy amiga de Andy Warhol. Me encantaba ir a Studio 54, nos divertíamos mucho en aquella época. Fueron grandes tiempos. Conozco a otros artistas famosos: Bruce Springsteen, Madonna, Cher, Celine Dion...

—¡Increíble! Yo vi a Bruce Springsteen en directo una vez, aquí en Chicago, y me encantó.

—Pues cuando quieras te lo presento. Bruce y yo somos íntimos—aseveró ella.

Ya se tuteaban. No me lo podía creer. Menudo nivel de confianza. <<Bueno, Amy, no es asunto tuyo, y no entiendo por qué te molesta tanto. Mejor concéntrate en el paisaje, e ignórales por completo>>, me dije.

Finalmente, llegamos a Chicago, y dejamos al señor Kendall delante de su estudio. Se despidió de Jacqueline con una sonrisa y amables palabras, mientras que a mí me miró serio, y me dijo adiós de forma áspera.

Yo me revolví incómoda en el asiento, y Jacqueline pareció notarlo, porque me miró con una ceja levantada.

—Oye, sé que no os caéis bien. Bueno, diría que no os soportáis, aunque no entiendo por qué. Sin embargo, no os va a quedar más remedio que aprender a entenderos. Estaré fuera de Chicago durante dos semanas, y quiero que todo salga bien con el asunto de Winnetka. Tú tendrás que encargarte de hablar con él, y comprobar que todo está en orden.

En ese momento, me maldije por mi mala memoria. No recordaba el viaje a Japón y China. Jacqueline iría allí para hablar con unos socios, y cerrar algunos asuntos pendientes. Era algo importante, y yo me encargaría de que todo fuera bien por aquí. Sí, tendría que lidiar con el señor Kendall durante ese tiempo. No me quedaba otra.

—Descuide, señora Copeland, no habrá ningún problema.

Regresé ese día a casa totalmente agotada, y me encontré con Joanna en el descansillo de mi puerta. Me ofreció cenar con ella y Maddy en su apartamento, y no pude decirle que no. Necesitaba desconectar.

Entré en casa, me puse unos cómodos vaqueros, una camiseta de manga larga gris y mis deportivas. Me solté el pelo y subí al piso de arriba. Maddy estaba preparando una ensalada, mientras Joanna colaba la pasta.

Nos sentamos minutos después a la mesa, y empecé a contarles todo lo que había ocurrido desde la noche de la cita, hasta mi encuentro con el señor Kendall, alias hombre amargado.

—¡Increíble! ¿Cuántas posibilidades hay de encontrarte en una ciudad de millones de habitantes con la misma persona dos veces? —dijo Joanna.

—Debe ser que tengo un imán para la gente amargada y problemática—comenté, abatida.

—Pues por el bien de tu empleo, más te vale aprender a llevarte bien con él. O por lo menos, firmar una tregua hasta que termine el trabajo—me advirtió Maddy.

—No sé cómo podría hacer eso. Ese tipo me odia. Puedo verlo en su cara.

—Quizás podrías tener un detalle. No sé, regalarle algo, hablar con él. Vamos, eres buena gente, Amy. Estoy segura de que, en cuanto te conozca mejor, ya no le caerás mal—aseveró Maddy.

Me quedé pensando durante unos segundos. Quizás podría invitarle a tomar un café, y hablar con él. Así podría crear una atmósfera distendida.

—Por cierto, voy a mirar en Internet, a ver cómo es. Dices que es un arquitecto famoso, ¿no? ¿Cuál es su nombre completo? —inquirió Joanna.

—Nathan Kendall, trabaja en Truman & Dillinguer.

Mi amiga se puso a buscar en su teléfono, y entonces abrió mucho los ojos.

—Vaya, vaya. No está nada mal. Tiene unos ojos muy bonitos—afirmó.

No podía discutirle eso, porque yo pensaba lo mismo. Maddy agarró el teléfono y estudió la foto del señor Kendall.

—Parece un chico majo. Aunque ya se sabe que en las fotos todos parecemos mejores de lo que somos en realidad.

—Mi tía Hermione no. Esa es una arpía incluso en las fotos. Ni el Photoshop lo arreglaría— comentó Joanna.

Yo también miré la foto.

—En persona es mucho más guapo—dije de repente, creyendo que lo estaba diciendo en mi cabeza.

Mis amigas me miraron, divertidas.

—Creo que a alguien le gusta un arquitecto un poco arisco...—apuntó Maddy con una risita traviesa.

—Sí, aunque no quiera admitirlo...—añadió Joanna con voz cantarina.

Yo puse los ojos en blanco.

—Solo opino que es guapo, y que sus ojos son bonitos. Eso no quiere decir que me guste.

Mis amigas me miraron con suspicacia. Sabía lo que estaban pensando.

—¡No me gusta en absoluto! —exclamé, enfurruñada.

Las dos no me respondieron, pero se miraron con una media sonrisa, clara señal de que no me creían.

Media hora más tarde, volví a casa, y después de ponerme el pijama, fui directa a la cama. Tenía que planear bien lo que le diría al señor Kendall.

Seguramente, mientras le hablaba y le pedía que dejáramos a un lado la crispación por el bien de todos, me miraría con sus preciosos ojos verdes.

Sacudí la cabeza. Debía olvidarme de su bonita mirada, y pensar en lo que iba a decirle. Solo esperaba que él estuviera dispuesto a escucharme.

Capítulo 6

Nathan

Hoy al mediodía me reuniría con la señora Copeland para mostrarle el proyecto. Desde que entré en esa estancia y ella me explicó lo que quería, en mi cabeza dibujé mentalmente los planos.

Era una sala grande, llena de estanterías, con una única ventana, flanqueada por pesadas cortinas. Un antiguo cuarto de juegos, donde aún quedaban restos de la infancia de algún niño. Un viejo caballito de madera, algunos juguetes, libros infantiles. Todo envuelto en polvo y suciedad.

Obviamente, necesitaba un cambio. No sería una sala de juegos, pero sí una biblioteca con buenas vistas al jardín, donde también se pudiera tomar una taza de café caliente mientras se observaba el inmenso paisaje que se abría desde aquel lugar. Tenía claro lo que haría.

Enormes paneles acristalados darían luz a la estancia, la chimenea se remodelaría, pero conservaría el estilo original. También cambiaríamos la puerta, que sería acristalada y corredera.

Del resto de los cambios se encargaría la decoradora Betty Velvet, una vieja conocida mía. Habíamos trabajado muchas veces juntos. Era la mejor decoradora de interiores de Chicago. Una mujer histriónica y excéntrica, que veía todo de color de rosa a través de sus gafas de pasta.

Según ella, era una artista, y no tenía en cuenta que, a la hora de la verdad, las medidas eran importantes. Mientras yo me encargaba del antiguo cuarto de juegos y de la cocina con mi equipo, ella daría instrucciones al suyo para cambiar la decoración de la casa al completo.

El otro día fue una jornada interesante. Volví a encontrarme con la secretaria del moño estirado, aunque me había sorprendido al ver su cambio de peinado. Iba con el pelo recogido en una coleta, mostrando su brillante melena pelirroja. No llevaba tacones ni falda de tubo, iba más cómoda. Sin embargo, ella no estaba relajada en absoluto.

Nada más encontrarnos, la tensión volvió a hacer acto de presencia. Ella no me miraba, y yo decidí ignorarla. Subimos al coche y me senté a su lado, aunque apenas noté su presencia, porque la señora Copeland estuvo hablando conmigo todo el camino.

Cuando llegamos a la casa, me quedé maravillado, y me preocupé al pensar en la clase de barbaridad que querría hacerle a esa mansión de principios del siglo XX tan bonita.

No obstante, cuando entramos en la sala de juegos, entendí por qué necesitaba un cambio. La señora Copeland sabía lo que se hacía.

Salimos al jardín, y paseamos durante un rato. Me bastaron unos minutos para enamorarme del lugar. Amplias extensiones de hierba, un coqueto jardín, y varios árboles de distintos tipos, cuyas hojas empezaban a cambiar de color. Ni ruido ni vecinos cerca. La paz absoluta.

Su secretaria nos siguió, mientras la señora Copeland me agarraba del brazo y hablaba conmigo:

—Tendrás que lidiar con Betty Velvet, mi decoradora de confianza. Es un poco excéntrica, pero hace un trabajo excelente.

—Lo sé, he trabajado con ella muchas veces. Digamos que tiene un carácter complicado.

La señora Copeland puso los ojos en blanco.

—¡Es tremenda! Es una artista, y ya sabes como es.

—Sí, lo sé, pero merece la pena aguantar su locura, porque hace un gran trabajo—respondí

con una sonrisa.

—Cierto. De todas formas, podrás contar con mi secretaria, Amelia Morton. Ella se encargará de todo en mi ausencia.

Yo tragué saliva. ¿Tendría que lidiar a solas con la señorita estirada?

—¿Usted no podrá estar por aquí?

—Estaré dos semanas fuera. En ese tiempo, tendréis que entenderos. Ella es mi persona de confianza. No te dejes llevar por las apariencias. Amy es una persona considerada y muy agradable. Lo que pasa es que, en este mundo de los negocios, uno nunca puede parecer débil. Ella es mi perro guardián.

Desde luego que sí, eso no lo dudaba.

Mientras terminaba mi café *latte* con sirope de caramelo, suspiré al pensar en señorita moño estirado. ¿Cómo podría trabajar con ella?

Normalmente, era capaz de trabajar con alguien que me cayera mal o que fuera un poco engreído, pero con ella era diferente. No la soportaba, y, además, me molestaba que me mirara con desconfianza.

—Toc, toc. ¿Se puede? —preguntó Barry desde la puerta.

—Claro—respondí, invitándole a entrar.

—¿Cómo lo llevas? ¿Ya está todo listo?

—Sí, todo en orden.

—¿Y qué tal con...? Bueno, ya sabes.

Suspiré con resignación.

—No me va a quedar más remedio que llevarme bien con ella. La señora Copeland va a estar ausente dos semanas, y ella va a ser mi jefa directa.

Observé como Barry torcía el gesto.

—Bueno, de eso trata ser profesional. Así que, ponte en marcha ya, no quiero que llegues tarde.

Finalmente, salí de la oficina, y minutos después, ya estaba en el pasillo de la planta diez de la Torre Copeland, caminando en dirección al despacho de la señora Copeland. Allí estaba la señorita moño estirado, de nuevo con el mismo peinado, tiesa como una vela, tecleando en su ordenador. Debía relajarme, y ser profesional. Quizás una sonrisa estaría bien.

Empecé a elevar el labio superior, dispuesto a sonreír, cuando ella me miró de repente. Entonces, me quedé paralizado. A continuación, se levantó, y se dirigió a mí.

—Señor Kendall, la señora Copeland está reunida, así que tardará un poco en recibirle.

No me dijo eso con tono serio, sino de forma amable. ¿Se habría dado un golpe en la cabeza?

—Me sentaré a esperar entonces—respondí.

Tomé asiento, y coloqué mi portaplanos sobre mis rodillas. Al instante, se acercó a mí con una taza de la cafetería Mars en la mano y me la ofreció.

—Pensé que le apetecería tomar un café *latte* con sirope de caramelo.

Yo la agarré entre mis manos, desconcertado.

—¿Cómo sabe que...?

—Cuando tuvimos aquel desagradable encuentro, me dijo a gritos que hacía ese camino todos los días con su café *latte* con sirope de caramelo. Imagino que debe gustarle mucho, y por eso, lo he comprado. Tenga cuidado, está muy caliente—me advirtió con una tímida sonrisa.

Yo miré la taza con suspicacia. ¿A qué se debía tanta amabilidad?

—Sé que se estará preguntando por qué soy tan amable de repente. Verá, he estado

considerando todo lo que pasó, y vamos a tener que trabajar juntos, nos guste o no. Por eso, preferiría que relajáramos la tensión. No tenemos por qué convertirnos en amigos. Sin embargo, creo que podríamos establecer una tregua por el bien de todos. Este es un gesto de paz—explicó, señalando la taza.

Aquello sí que era una sorpresa. Asentí y miré la taza de nuevo. Entonces, decidí tomar un sorbo. Sí, el café estaba caliente y delicioso.

Noté su mirada de expectación. Alcé la vista y me fijé en sus ojos: Eran de color miel. Esto me llamó mucho la atención.

—Estoy totalmente de acuerdo. Por mi parte, no hay ningún problema—aseveré.

De repente, ella sonrió, y noté cómo mi corazón daba un fuerte latido. Vaya, no esperaba eso. Y debía admitir que tenía una sonrisa muy bonita. Gracias a ella, sus ojos brillaron, intensificando así su color.

—Gracias, señor Kendall.

En ese momento, se abrió la puerta del despacho y apareció la señora Copeland, que me invitó a pasar. Tras aquella breve conversación, me sentí más ligero. Parecía que la tregua que acabábamos de firmar me había quitado un peso de encima.

Me concentré en la reunión y le mostré a la señora Copeland el proyecto. Quedó totalmente satisfecha, y dio a su secretaria instrucciones para la aprobación del presupuesto. Terminada la reunión, salí del despacho, y me despedí de Amy con una sonrisa, que ella me devolvió. Me gustaba esta atmósfera.

Mientras caminaba de regreso al estudio, me empecé a sentir culpable. Había pensado muy mal de ella sin razón.

Nada más llegar, me reuní con Gary para organizar el trabajo. El lunes iríamos todos a Winnetka para empezar la obra, así se lo hice saber a la señora Copeland, que me dio el número de su secretaria para que me pusiera en contacto con ella por si había algún problema.

Regresé a casa y empecé a prepararme para mi encuentro de esa noche. Había quedado con mis amigos de Chicago: Lewis, Amanda y Caitlin. Nos conocimos en la universidad, y desde entonces, nuestra amistad había sido inquebrantable.

Ellos eran mis mejores amigos, a los que les contaba mis penas y mis alegrías. Siempre estaban ahí cuando les necesitaba. Aunque últimamente apenas teníamos tiempo para vernos, porque cada uno teníamos nuestras vidas, y ya no era lo mismo.

Yo era el único del grupo que aún seguía soltero. A pesar de nuestras ocupadas existencias, quedábamos una vez al mes para vernos y cenar juntos en un restaurante griego que nos encanta, Zorba.

Me duché, me puse una camisa gris, unos pantalones vaqueros y unos zapatos marrones oscuros. Justo cuando estaba delante del espejo arreglándome, sonó mi teléfono, y comprobé que era mi madre. Hacía días que no hablábamos.

—Hola, mamá.

—Hola, tesoro. ¿Cómo estás? —preguntó mi madre con alegría al otro lado de la línea.

—Bien, preparándome para salir. He quedado con mis amigos para cenar. ¿Y tú?

—Bien, como siempre. Aunque esta semana hemos visto lo de Liz. No he querido llamarte antes porque imaginaba que estarías pasándolo mal. Quiero que sepas, cielo, que estamos para lo que necesites. Esa idiota no te merece. Si pudiera, la agarraría de los pelos, le pegaría una paliza, la asesinaría, y la enterraría bajo el rosal, por haber hecho daño a mi pequeño—dijo con dramatismo.

Podía visualizarla llevándose la mano al pecho.

—Mary, no te metas en esas cosas. Además, tu pequeño ya tiene treinta y dos años. —Oí a mi padre gritar a lo lejos.

—¡Siempre será mi pequeño, aunque tenga cincuenta años! ¡Y tengo derecho como madre a defender a mi cachorro de una arpía sin escrúpulos! —le respondió mi madre, obviando que la estaba oyendo perfectamente.

Y sí, aunque Liz no se había portado bien, me dolía que hablara así de ella.

—Mamá, por favor...—dije, llevándome una mano a la frente.

—La señoritinga actriz de pacotilla, que no da un palo al agua, ha roto el corazón de mi Nathan. ¡Y merece morir entre terribles sufrimientos! —continuó mi madre, dando rienda suelta a la psicópata que llevaba dentro.

—Mamá, oye, tengo que dejarte. Hablamos otro día ¿vale?

—Oh sí, tesoro, hablamos otro día. Y recuerda, mami te quiere, y todos te mandamos un abrazo de oso enorme—respondió, risueña.

Yo sonreí ante la ternura de mi madre. Era una mamá oso que defendía a sus oseznos de cualquiera que intentara hacerles daño, aunque a veces no llegara a tiempo para evitar el zarpazo.

—Un beso para todos.

Colgué y terminé de arreglarme. Volví a pensar en Liz. En mi amada Liz, que me había destrozado el corazón. Observé mi aspecto en el espejo, y pensé inmediatamente en ese Chuck.

Si fuera un tipo duro, con un grupo de rock, ella ahora querría casarse conmigo. De repente, vi una palabra escrita en mi frente: PERDEDOR. Sacudí la cabeza, y una vez estuve listo, salí por la puerta.

Llegué al restaurante veinte minutos después, y ya estaban todos sentados en nuestra mesa de siempre, en una esquina al fondo, junto a una ventana que daba a la calle.

Zorba era un restaurante griego decorado con cuadros y adornos que representaban los paisajes, los monumentos y las tradiciones de Grecia. Los colores predominantes en la decoración y en la mantelería eran el azul y el blanco, en honor a la bandera griega.

Conocimos este restaurante cuando aún éramos estudiantes, y enseguida nos hicimos amigos del dueño, Giorgios, que era un greco americano de segunda generación. Gracias a eso, siempre que llamábamos para reservar, nos ponía en nuestro rincón favorito.

—Así que vas a trabajar para la todopoderosa Jacqueline Copeland. Es increíble. Oye, ¿qué aspecto tiene? ¿Cómo es? ¿Es simpática o una arpía engreída? —inquirió Amanda con interés.

—La verdad es que aparenta ser más joven de lo que realmente es, y debo decir que conmigo ha sido muy amable—respondí.

—Es una suerte que te haya elegido. Será muy bueno para tu currículum—comentó Lewis.

—He oído hablar de su ayudante. Por lo visto, es su persona de máxima confianza. Una mujer con un currículum impecable. Me lo contó Andrew Maxwell, que la conoció en Harvard. Fue una de las mejores de su promoción. Aunque ahora no recuerdo el nombre...—explicó Caitlin.

—Amelia Morton—contesté.

—Supongo que la conoces, claro—apuntó Caitlin.

—Sí, la conozco. Aunque nuestro primer encuentro no fue demasiado... afortunado.

A continuación, les narré el episodio del café, y el resto de nuestros breves encuentros.

—Vamos, un mal momento lo tiene cualquiera. Creo que te pasaste con la pobre—dijo Amanda con gesto reprobatorio.

Yo asentí.

—Admito que me pasé un poco. Pero me había enterado de lo de Liz, y bueno...

—¿Y cómo lo llevas? —inquirió Lewis, preocupado.

Yo suspiré amargamente.

—Fatal. Intento borrar de mi mente su sonrisa bobalicona y la cara de idiota de Chuck, pero aparecen una y otra vez en mi cabeza. Aún no puedo creerme que ya quiera casarse con él después de romper conmigo solo ocho meses antes.

—Bueno, pero ellos ya habían salido antes—apuntó Caitlin.

Yo los miré, serio.

—Pero yo la he querido toda mi vida.

Los tres se quedaron en silencio, y no volvimos a hablar del tema. Ya no sabían cómo consolarme. ¿Qué le puedes decir a alguien que ha perdido para siempre al amor de su vida? Nada, simplemente es inconsolable. No habría otra como Liz. La flecha de Cupido se quedaría clavada en mi corazón para siempre.

Capítulo 7

Amy

Me siento orgullosa de mí misma. He sacado a relucir mi lado más amable y he conseguido una tregua con el señor amargado. Bueno, ya no debería referirme a él de esa manera, porque no sería justo.

Nada más llegar a la oficina, esperé el momento oportuno, sabiendo que él llegaría puntual a su cita de las diez con Jaqueline, y fui a Mars a por su café. Mi compañero Martin me cubrió durante mis diez minutos de ausencia.

Y como si se tratara de algo planeado por el universo, dos minutos después de llegar a mi escritorio, entró el señor Kendall en la oficina. Como Jaqueline aún seguía reunida, rauda y veloz me dirigí a él, mostrando lo mejor de mí, y le entregué su café.

Me dolió un poco que observara mi actitud con desconfianza, pero era lógico. Al fin y al cabo, nunca habíamos sido amables el uno con el otro. Sin embargo, la tensión entre nosotros desapareció en cuanto le propuse que firmáramos la paz. Me gustó ver su sonrisa ladeada y comprobar que relajaba el semblante. Era una buena señal.

Después de eso, se reunió con Jaqueline, y me informaron de que las obras empezarán el lunes.

Yo tendría que arreglarlo todo para ausentarme, porque tenía que ir Winnetka por la mañana para ver a Betty Velvet. Esta sí que me preocupaba, y debía armarme de paciencia para evitar que cometiera locuras con el dinero de mi jefa.

Les mandé un mensaje a Joanna y Maddy contándoles mi triunfo, y me respondieron con caritas sonrientes.

Llegué a casa después de un viernes agotador, y me preparé la cena. Unos canelones acompañados de un poco de ensalada.

Esa noche, emitían Marnie La Ladrona de Alfred Hitchcock, una de mis películas favoritas, así que me puse mi pijama gris de rayas verticales azules, mis gruesos calcetines con caritas de ositos dibujados, y me acomodé en el sofá para disfrutar de la película.

Veía a Tippi Hedren sentada al lado de Sean Connery, mientras este le proponía matrimonio de una forma un tanto curiosa. Suspiré, abatida. Ojalá encontrara a mi Sean Connery particular.

De repente, sonó mi teléfono, y vi que mis padres me estaban haciendo una videollamada. Vivían cerca de Miami, en un barrio residencial donde hay muchos exmilitares. Ahora que mi padre se había jubilado, disfrutaban de una vida tranquila y apacible bajo el sol de Florida. Descolgué y vi a mis padres saludándome, sonrientes.

—¿Cómo está mi pequeña teniente Morton? —preguntó mi padre con tono autoritario.

Yo me reí. Para él siempre sería su pequeña teniente Morton.

—¡Bien, señor! —respondí del mismo modo.

—¿Estás en pijama? Es viernes por la noche. ¡Sal de fiesta con tus amigas! —dijo mi madre, poniéndose delante de mi padre.

Yo puse los ojos en blanco.

—Jane, no seas pesada—le regañó mi padre.

—A tu edad yo ya estaba casada y te tenía a ti. Bueno, no te pido que nos des un nieto, que también, pero al menos sal y diviértete, cariño. Eres una chica joven y muy guapa.

—Gracias, mamá. Pero prefiero descansar un poco. He tenido una semana agotadora.

—Bueno, descansa hoy, pero sal mañana. Hay que lucirse para pescar un buen tiburón—respondió, guiñándome un ojo.

—¿Cómo ha ido el día, cariño? —inquirió mi padre.

Yo sonreí.

—Bien, papá. Con mucho trabajo en la oficina. La semana que viene estaré muy ocupada. Mi jefa se va, y yo estaré al mando.

—Lo harás sin problemas. Sabes bien lo que haces, hija. Tú ponte en modo teniente Morton y ninguno te toserá—afirmó mi padre.

—Sí, y, sobre todo, descansa, cariño. Te noto pálida y con ojeras. ¿Estás durmiendo bien? Recuerda que un vaso de leche caliente con miel ayuda a descansar—aseveró mi madre.

—Tranquila, mamá, estoy bien. Y dormiré mucho, te lo prometo. ¿Y vosotros cómo estáis?

—Muy bien, cielo. Ya sabes, la vida tranquila. ¡Oh! Ahora estamos yendo a clases de Tai-Chi. Las imparten en el centro cultural. Tendrías que ver a tu padre...—explicó mi madre, riéndose.

—A mí dame ejercicios de gimnasia tradicional. Con el Tai-Chi solo pego golpecitos al aire—se quejó él.

—No le hagas caso, en el fondo le gusta.

—Sí, sobre todo cuando pones el trasero delante de mí. Entonces, me olvido de todo lo demás...—le respondió mi padre, mirándola con picardía.

A pesar de llevar tantos años juntos, aún se seguían queriendo como el primer día.

—¡Cliff, que está la niña delante! —le riñó mi madre con una risilla traviesa.

—Por mí no os preocupéis, que ya me voy—respondí entre risas—. Un beso, os quiero.

—¡Un beso enorme, tesoro! —respondió mi madre, lanzándome un beso con la mano.

Colgué y suspiré con tristeza. Hace tan solo unos meses, Clive estaba sentado a mi lado, abrazándome. Era tan feliz. Pensaba que eso nunca se acabaría, y que seríamos como mis padres. Ellos habían superado muchos obstáculos para estar juntos.

Se conocieron cuando mi padre aún era piloto en la Fuerza Aérea, y se casaron teniendo pocos ingresos, y con la oposición de mi abuelo materno, que no quería que mi madre se casara con un militar. Temía que la engañara con cualquier mujer que pasara por allí cuando estuviera en una misión.

Además, él sabía que la vida de los militares era dura y sacrificada. A pesar de todo, demostraron que su amor era fuerte, y siguieron juntos. Yo vine al mundo cuando ellos llevaban casados cinco años y mi padre estaba destinado en Richmond. Por aquella época, mi padre ya era capitán.

Al año siguiente, nos trasladamos a Nevada, donde vivimos cerca de la base Nellis, y después, cada tres o cuatro años, distintos destinos: California, Nuevo México, Texas, Washington, Maryland, y finalmente, Massachussets. Entonces, ingresé en la universidad y ya no volví a vivir con ellos.

Chicago era el único lugar al que consideraba mi hogar, y esperaba que mi futuro se quedara aquí, en la Ciudad del Viento.



Durante el fin de semana, salía a correr por las mañanas, y el resto del día me quedaba encerrada en casa, viendo películas románticas y haciendo puzles, sin vestirme ni nada, solo con mi pijama.

No pensaba ir a ninguna parte. ¿Para qué? ¿Para encontrar en alguna barra de bar a otro Clive doliente, que intentara ahogar en alcohol sus penas, y para el que sería un parche? No, gracias.

En esto iba pensando mientras corría por un parque que había cerca de mi casa. Iba enfundada en unas mallas, camiseta y chaqueta deportivas, y llevaba puestos mis guantes y mi gorro, que me protegían del frío. Escuchaba la música de Michael Jackson, su disco *Thriller* al completo, mi favorito. Era fan del rey del Pop desde que vi el videoclip *Black or White* en MTV cuando era pequeña.

Correr me relajaba, y me permitía despejar la mente. Esa semana tendría mucho volumen de trabajo, y necesitaba estar al cien por cien. Sobre todo, porque el lunes tendría que enfrentarme a Betty Velvet. Alocada, histriónica, dramática. En definitiva, una artista con mucho talento y poco tacto.

Afortunadamente, me gustaba mi trabajo, era lo mejor que tenía para superar los malos tragos, porque nunca tenía tiempo para pensar en nada más.

Cuando rompí con Clive, me salvaron las horas extra que Jaqueline me pidió. No tuve tiempo de pensar en aquel desengaño, aunque cuando regresaba a casa y la soledad me hacía compañía, rompía a llorar. Estuve así mucho tiempo, hasta que poco a poco, fui recuperándome. Ahora estoy bien, soy una mujer fuerte.

Antes de subir a casa, pasé por el supermercado y compré provisiones para el resto del fin de semana. Añadí también unas palomitas de maíz y unas chocolatinas, porque vería alguna película, y me gustaba comer cosas que se salieran de mi estricta dieta saludable. Había que darse un capricho de vez en cuando.

El resto del día, coloqué la mesa plegable donde hago los puzles delante del televisor, y disfruté de la película *La mujer del año*, protagonizada por Katharine Hepburn y Spencer Tracy. Siempre me ha gustado esa pareja que se compenetraba tan bien en la pantalla.

En la película, Katharine Hepburn interpretaba a Tess Hardy, una triunfadora que lo tiene todo, hasta que conoce a Spencer Tracy, y se da cuenta de que le faltaba algo: el amor. Aunque tardaba un poco en darse cuenta de que el éxito no es lo más importante en la vida.

Mientras intentaba encajar una pieza de color azul, que se suponía que tenía que ir en la parte superior del puzle, alcé la vista, y observé como Spencer y Katharine se miraban. Era como si el resto del mundo hubiera desaparecido a su alrededor.

No pude evitar suspirar, anhelando que alguien me mirara así algún día. No recordaba que ninguno de mis novios lo hiciera. Siempre notaba sus miradas ausentes, pensando en otra cosa, mientras yo les observaba con devoción, como una mujer enamorada.

Torcí el gesto, y miré el puzle, enfurruñada.

—¡Maldita pieza azul! —exclamé, apartándola a un lado.

Esa pieza azul era un reflejo de mí misma. Tenía el mismo color, pero no encajaba en ninguna parte. No conseguía encontrar mi lugar en ese gran puzle que era el amor.

De repente, una visión del futuro apareció en mi mente. Yo, anciana decrepita, rodeada de gatos, devoraba bombones de licor de cereza, mientras contestaba preguntas que formulaban en un concurso de la tele.

Sí, ese era mi futuro. Yo hablando sola, rodeada de felinos, viendo concursos de preguntas y respuestas en la televisión.

En la pantalla, Spencer y Katharine se besaban apasionadamente, porque se daban cuenta de que se querían, y deseaban estar juntos para siempre. Lancé un sonoro suspiro.

—Creo que debería ir considerando la idea de adoptar un gato.



El lunes a las nueve en punto, llegué a Winnetka para reunirme con Betty Velvet. Ya estaba allí cuando entré en la casa, al igual que Nathan Kendall y su equipo, que estaban sacando muebles del cuarto que iban a reformar.

Me acerqué al señor Kendall, que me saludó cordialmente, y me presentó a su equipo, entre ellos, su jefe de obra, Gary Larroquette.

—Hoy retiraremos todos los muebles de la habitación, y tomaremos medidas. Después, encargará los paneles y todos los materiales, así que, empezaremos la obra en cuanto tengamos todo. También nos encargaremos de la cocina, no sé si le dijo la señora Copeland que quería hacer unas remodelaciones—me explicó el señor Kendall.

—Sí, está todo anotado. Jaqueline ha dejado todo escrito. ¿Ha hablado ya con Betty Velvet? —pregunté.

—Sí, aunque me temo que quiere hacer algunos cambios no programados. Debería hablar con ella cuanto antes—me advirtió.

Cuando escuché la frase <<Cambios no programados>>, mis alarmas saltaron. A continuación, fui a buscar a Betty, que estaba en el salón.

Llevaba un traje rojo, con exageradas hombreras, unos bordados en forma de flores muy grandes de color negro en la solapa de la chaqueta; su media melena oscura llena de laca y abultada, pintalabios rojo intenso, lápiz de ojos oscuro, y unas enormes gafas de pasta a juego con el traje.

—¡Querida, Amelia! ¿Cómo estás? ¡Te veo divina! —me saludó, avanzando hacia mí con los brazos abiertos.

—Hola, señorita Velvet. Estoy bien, gracias. Oiga, me ha dicho el señor Kendall algo de...

De repente, se puso a mi lado, y me agarró del brazo, haciendo que la acompañara mientras se paseaba por la estancia.

—Jaqueline me dijo que esta casa necesitaba cambios. Pero, querida, ¡esto es una catástrofe! ¡Una Pompeya! ¡Una Atlántida! ¡Un huracán Katrina! ¿¡Quién decoró esto!? ¿¡Quasimodo!? ¡Es horror vintage! —aseveró con dramatismo.

—Sí, bueno, pero respecto a los cambios, la señora Copeland...

Puso una mano frente a mi cara, dando a entender que guardara silencio. La observé, un poco preocupada. Cerró los ojos, respiró profunda y sonoramente, y los abrió de repente, como si hubiera tenido una revelación. Alzó un brazo y dibujó algo en el aire.

—Veo cortinas negras y grises, paredes blancas, puras. En esa pared, un mural sobre la destrucción del medio ambiente. Decadencia de la bohemia. Quizás, un cuadro de esos artistas nuevos. Esos que ponen en una urna una bola de papel. ¡Qué trágico! ¡La modernidad llega a los Copeland! —Mientras la escuchaba, no podía sentir más miedo. Mi cara de espanto lo decía todo—. ¡Quitemos las alfombras! Necesitamos ver el suelo. Baldosas blancas y negras, como en un tablero de ajedrez. Como la vida misma...

—No creo que sea una buena idea—dije, con cierto nerviosismo.

Betty se giró hacia a mí, y agarró mi mentón. Podía sentir sus uñas rojas postizas sobre mi

piel. Entonces, hizo que girara la cabeza hacia la chimenea.

—Dime, ¿qué ves? —preguntó con urgencia.

—Una chimenea y un cuadro.

Resopló, exasperada, y me soltó.

—Claro, no tienes visión artística, por eso no puedes entenderlo.

—Betty, entiendo su visión artística, pero Jaqueline me ha dado unas instrucciones, y debemos seguirlas.

—Instrucciones, papeles. ¡Yo soy una artista! ¡Y me salto las reglas! —aseveró, contundente.

Muy bien, Betty. ¿Quieres jugar? Pues juguemos.

—Vale, si se salta las instrucciones, no verá un centavo—respondí, cruzándome de brazos.

En ese instante, me miró, furiosa, y lanzó un grito que retumbó por toda la casa. Yo sentí que me había quedado un poco sorda.

—¿Cómo te atreves!? ¡Voy a llamar a Jaqueline ahora mismo! —respondió, enfadada, sacando el teléfono de su bolso.

Debía intentar convencerla de que no llamara a Jaqueline, porque si no me mataría. A mi jefa no le gustaban este tipo de espectáculos.

Estaba viendo con desesperación cómo Betty buscaba en su agenda el teléfono de mi jefa, cuando de repente, intervino el señor Kendall.

—¡Querida Betty! —dijo este con dulzura, mientras se ponía al lado de ella—. ¿A qué viene este escándalo?

Betty guardó el teléfono, y respiré, aliviada, aunque no sabía todavía lo que me esperaba.

—¡Amelia Morton! ¡Eso pasa! ¡No me deja crear y no me deja expresar mi arte! —protestó.

El señor Kendall me miró de reojo, y entonces, se centró en Betty.

—Betty, no creo que la señorita Morton quiera cuartar tu libertad artística. Entiende que debe cumplir con su deber—le explicó.

Yo los miraba con sumo interés, y observé que Betty pareció calmarse un poco. ¿Aquel hombre era experto en domar artistas psicodélicas?

—Yo tengo el deber de darle al mundo arte. ¿Es que nadie lo comprende? —se defendió Betty.

El señor Kendall la agarró por los hombros.

—Por favor, Betty, cierra los ojos. —Ella obedeció—. Recuerda que los artistas tenéis la gran capacidad de empatizar con la gente y con el entorno. Podéis meteros en la piel de otro. Bien, ahora necesito que te pongas en el lugar de Jaqueline Copeland, y que veas esta casa con sus ojos. ¿Puedes hacerlo?

—Claro que puedo hacerlo. Yo empatico con la naturaleza. Podría meterme en la piel de una ardilla si quisiera—respondió con rotundidad.

El señor Kendall me miró, y sonrió discretamente, al igual que yo, que estaba reprimiendo la risa.

—Lo de la ardilla lo dejaremos para otro momento. Bien. ¿Qué ves?

Betty se concentró, y contestó:

—Cortinas azules, rojas, verdes y amarillas. Alfombras clásicas para los suelos. Madera, grandes ventanas, chimeneas antiguas de mármol restauradas, y cuadros Art Decó y Art Nouveau. —Abrió los ojos despacio, y me miró—. Ahora lo veo. Y tú has tratado de mostrármelo. Oh, querida Amelia, perdona a esta artista que se ha visto invadida por la ignorancia durante cinco minutos.

Yo sonreí, y asentí.

—No se preocupe, señorita Velvet.

Sonreí al señor Kendall, agradecida, y él me guiñó un ojo antes de alejarse. Ese hombre me tenía un poco desconcertada. Hace dos días, me parecía un tipo desagradable, y ahora se había convertido en mi salvador. Me había hecho un gran favor, y estaba dispuesta a devolvérselo.

Acompañé a Betty durante el resto de la mañana, mientras hablábamos de lo que ella necesitaba para empezar a renovar la decoración. Nuestra conversación transcurrió sin incidentes artísticos de por medio.

Más tarde, aprovechando un descanso, me acerqué al señor Kendall, mientras Betty hablaba por teléfono. Estaba con su jefe de obra y el resto de su equipo en el porche del jardín, tomando un café.

—Señor Kendall, quería darle las gracias por ayudarme con la señorita Velvet.

—No se preocupe, no ha sido nada. Conozco a Betty desde hace años, y sé cómo trabaja. Aunque es un genio, tiene a veces estas salidas de tono un poco incontrolables. Solo hay que saber llevar la situación.

—Ya, pero me ha salvado. Si llega a llamar a Jaqueline, mi puesto estaría en serio peligro.

—No hay de qué, de verdad. No ha sido nada importante. Además, estoy seguro de que Jaqueline no la despediría por algo así. Confía mucho en usted.

—Aun así, había pensado en invitarle a tomar una cerveza como agradecimiento.

El señor Kendall me miró con suspicacia, casi sorprendido. En ese instante, empecé a arrepentirme. Quizás me había extralimitado.

—Mejor olvídelo...

—¡No! Claro, será genial. Acepto. ¿Ha pensado algún sitio concreto? —me preguntó, algo apurado.

—La verdad es que no...

—Hay un sitio que está muy bien en River North, el bar Walt. Sirven una cerveza muy buena—comentó Gary Larroquette, que estaba al lado del señor Kendall.

Él asintió y me dijo:

—Pues en el bar Walt entonces. ¿Qué día le viene bien?

—¿El viernes a las nueve?

—Perfecto, no tengo planes. Si quiere puedo ir a buscarla a su casa, o quedamos allí.

—Quedamos allí directamente.

—Estupendo. Pues nos vemos entonces.

Yo sonreí, satisfecha. Sería el entorno ideal para conocernos mejor.

Al mediodía me marché a la oficina, y no volví a ver al señor Kendall el resto de la semana, aunque me llamó varias veces para hacerme algunas consultas sobre la obra. Nada importante, todo estaba bajo control.

Lo cierto era que ya no albergaba ningún tipo de animadversión hacia él, y nuestras breves conversaciones eran de lo más cordiales. La tregua estaba siendo un éxito.

Capítulo 8

Nathan

—¿Qué ha sido eso? ¿No era esa la tía borde a la que no soportabas? —preguntó Gary con suspicacia.

Yo también estaba desconcertado. Amelia Morton no dejaba de sorprenderme. Primero, me ofrece firmar la pipa de la paz, y después, me quiere invitar a tomar unas cervezas.

Bueno, en realidad era un gesto de agradecimiento por haberla salvado de Betty Velvet y su carácter irascible.

Betty, como artista, es sensible, pero puede ser despiadada como alguien no le siga la corriente. Yo aprendí hace tiempo, que solo había una manera de reconducir una situación desastrosa con Betty Velvet: Haciéndole ver las cosas desde su punto de vista. Es decir, el de una alocada diva de la decoración.

Por eso, usé lo que más le gusta: la sensibilidad artística. Ella siempre presume de ser una persona considerada, aunque no lo sea en absoluto. Debía hacerle ver que necesitaba de toda su generosidad para que aquello no se fuera al traste. Y así ha sido.

Estábamos en el antiguo cuarto de juegos, cuando, de repente, oímos los gritos de Betty. Nosotros estábamos acostumbrados a sus accesos de furia, y sabíamos manejar la situación, pero la señorita Morton no.

Cuando llegué para ver lo que ocurría, Betty tenía el teléfono en la mano, y amenazaba con llamar a la señora Copeland, mientras Amelia la miraba con desesperación, sin saber qué hacer.

Me sentí identificado con ella, porque Betty me hizo la misma jugada una vez, y en aquella ocasión, Gary acudió en mi ayuda. No pude hacer otra cosa que sacarla de ese apuro.

—Ya te dije que hemos firmado la paz. Además, solo quiere ser amable—respondí.

—Bueno, a lo mejor este es el comienzo de una bonita amistad—comentó Gary.

Yo no dije nada en respuesta. No sabía si llegaríamos a ser amigos. Lo único que había notado es que la atmósfera entre nosotros era mucho mejor ahora, así que, estaba encantado.

Durante el resto de la semana no nos vimos, aunque hablamos por teléfono unas cuantas veces. Nada relevante, solo le consulté algunas dudas que ella me resolvió enseguida.

Finalmente, llegó el momento de vernos para tomar unas cervezas en el bar Walt. Me puse unos pantalones vaqueros oscuros, una camisa azul y unas botas negras. Encima, una chaqueta color marrón oscuro, que me protegería del frío que asolaba la ciudad. Elegante pero informal. No era una cita ni nada de eso, así que, no me arreglé en exceso.

Mientras iba en el metro, me preguntaba si la señorita Morton llevaría su falda de tubo, sus tacones y su estirado moño. Sonreí al pensar que, si ese era el caso, el contraste conmigo sería notable.

Habíamos quedado dentro del bar, y cuando estaba llegando, le envié un mensaje. Me contestó enseguida, diciéndome que estaba sentada en una mesa al fondo del local.

El Walt era un bar tradicional americano, con una enorme barra situada en un lateral, y varias mesas repartidas por el establecimiento. Las botellas de bebidas alcohólicas poblaban la pared que había justo detrás de la barra de madera maciza, con bordes acolchados, y la luz era tenue,

permitiendo que el ambiente fuera más íntimo. La música que sonaba de fondo era country, y enseguida reconocí la voz de Johnny Cash cantando *Ring of fire*. Lo supe porque era una de las canciones favoritas de mi abuela.

Amelia Morton me saludó agitando el brazo, y me quedé sorprendido al verla. Llevaba el pelo suelto, una abundante melena pelirroja dorada, vestía una camiseta gris y una chaqueta vaquera. Parecía mucho más joven de lo que yo pensaba, y no tenía aspecto de estirada en absoluto. De repente, noté cómo mi pulso se aceleraba. Me había dejado alucinado.

Llegué por fin a la mesa, me quité la chaqueta y me senté enfrente de ella. Había escogido una mesa con asientos acolchados, un poco apartada, donde la música no se oía tanto. Me recibió con una amplia sonrisa, y observé como su mirada de color miel se iluminaba.

—¿Cómo está? —preguntó.

—Bien, ¿lleva mucho tiempo esperando?

—Cinco minutos. He venido antes por si estaba abarrotado, así podía conseguir una buena mesa.

—Es usted previsor.

—Bienvenidos, ¿qué vais a tomar? —preguntó una camarera que se había puesto delante de nuestra mesa.

—Una cerveza, por favor—respondió Amelia.

—Otra para mí—añadí.

La camarera asintió y nos dejó solos de nuevo.

—¿Puedo decirle algo sin ofenderla? —pregunté, un poco temeroso.

Ella asintió, dándome vía libre para que continuara.

—Estoy muy sorprendido. Pensaba que vendría arreglada con su moño y su traje de chaqueta.

Ella se rio, y lo cierto es que me gustó mucho escuchar su risa.

—Solo me visto formal para el trabajo. El resto del tiempo no voy arreglada. Ni siquiera suelo maquillarme.

Me fijé en su rostro, y comprobé que apenas llevaba maquillaje. También me di cuenta de que sobre la nariz y los pómulos había diminutas pecas.

—Bueno, solo quería decir que está genial así.

—Gracias, usted también está muy bien—respondió ella con timidez, intentando devolverme el cumplido.

Yo sonreí.

—Por cierto, no hace falta que me hable de usted, podemos tutearnos. Llámame Nathan.

—Me parece bien. Puedes llamarme Amelia o Amy, así es como me llama todo el mundo.

Ambos nos miramos, y de repente, la distancia entre nosotros se acortó un poco. Una vez nos trajeron las cervezas, empezamos a hablar de distintos temas.

—¿Llevas muchos años trabajando con Jaqueline Copeland?

—Desde que acabé la carrera. Durante el último año, antes de graduarme, hice unas prácticas en una oficina cerca de la universidad, y conseguí buenas referencias. Al poco tiempo, me enteré por un compañero de que Copeland Enterprises buscaba gente en el departamento de finanzas. Entonces, envié el currículum, me llamaron y conseguí el empleo. Aunque no fue fácil. Había muchos candidatos para el puesto.

—¿Y cómo te convertiste en su ayudante personal?

—Fue un año después. Mientras trabajaba en el departamento financiero, me di cuenta de que mucho dinero se perdía. Por lo visto, había alguien que no estaba haciendo bien las cuentas.

Descubrí que uno de los contables estaba gestionando mal el dinero, y gracias a eso, conseguí que la empresa no siguiera perdiendo grandes sumas. Jaqueline se enteró de mi hazaña, y me ofreció el puesto.

—¿Es difícil trabajar con ella?

—La verdad es que no. Jaqueline es una jefa cercana y directa. Dice lo que piensa y sabe lo que hace. No es una pobre niña rica sin cerebro. Por eso me gusta trabajar con ella. No se anda con rodeos, y, además, se preocupa por sus empleados. Todos la apreciamos.

—Si te soy sincero, al principio pensé que sería la típica arrogante, que mira a todo el mundo por encima del hombro. Pero a los cinco minutos, me di cuenta de que estaba equivocado.

—¿Siempre juzgas a las personas antes de conocerlas? —me preguntó, mirándome con curiosidad.

Yo me revolví incómodo.

—Bueno, eso lo hacemos todos alguna vez. Aunque las primeras impresiones no suelen ser las acertadas.

—No puedo estar más de acuerdo con eso.

Yo suspiré con resignación.

—Quiero pedirte disculpas por haberme portado así la primera vez que nos vimos. Exageré demasiado las cosas.

—Disculpas aceptadas. Yo tampoco fui amable, precisamente.

—Verás, es que ese día fue horrible. Me enteré esa mañana de que mi exnovia se iba a casar, tan solo ocho meses después de romper conmigo, y estaba furioso.

Amy asintió.

—Vaya, entonces es comprensible. Yo también me habría puesto así.

—Encima se casa con una estrella de rock. ¿Conoces a Chuck Miles?

—¿Chuck Miles? No me suena—respondió, arrugando la nariz.

Yo saqué el teléfono, y busqué el reportaje. Lo encontré rápidamente, y se lo mostré.

—¿¡Chuck Miles, de los Rock Rangers!?!—preguntó, asombrada.

—Sí, ese. La de al lado es mi ex, Liz. La he querido desde que tenía diez años. He esperado toda mi vida a que saliera conmigo, y cuando lo hace, al poco tiempo vuelve Chuck, y decide romper conmigo—expliqué, abatido—. Míralos, sonrientes y felices, mientras yo me desangro por dentro. Es horrible. No puedo competir con ese tío y con su aura de roquero irresistible.

Amy estudió el rostro de Chuck como si estuviera analizando un espécimen.

—La verdad es que no me parece que sea nada del otro mundo. A mí personalmente no me gusta.

—Sí, pero Liz no opina lo mismo. Está loca por él. Salieron juntos durante un tiempo, y yo solo fui un parche.

—Eso me suena—comentó ella de forma enigmática, dándole un trago a su cerveza.

—Bueno, dejemos de hablar de Liz y Chuck, no quiero que monopolicen la conversación.

—Me parece una gran idea. Ahora me toca preguntar a mí. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Truman & Dillinguer?

—Como tú, desde que terminé la carrera.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me encanta. Siempre quise ser arquitecto. Es un sueño cumplido. Además, tengo la suerte de trabajar en Chicago, la ciudad del Viento, que fue la primera Ciudad de los Rascacielos, antes que Nueva York.

—A mí me encanta Chicago. De hecho, es el único sitio al que puedo considerar un hogar.

—¿Cómo es eso?

—Soy hija de un militar, y durante toda mi vida, cada cierto tiempo, cambiábamos de casa. No he vivido en un sitio más de cuatro años. Así que, cuando vine a vivir a Chicago, por fin me quedé en una ciudad, sin pensar en tener que mudarme a otro sitio. Aquí he podido hacer amigos, construir una vida.

—Entiendo. Yo solo he vivido en Silver Falls hasta que entré en la universidad. Mi vida ha sido menos ajetreada.

—¿En qué zona de Chicago vives?

—En la Old Town.

—¿Yo también! Es una zona fantástica. Vivo en Cleveland Avenue. ¿Y tú?

—Al lado del Ambassador. Sí, es una zona estupenda.

Los dos nos quedamos en silencio unos segundos, y entonces, me fijé de nuevo en sus ojos. Me llamaban poderosamente la atención.

—¿Sabes? El color de tus ojos es realmente precioso. Color miel ¿cierto?

Ella agachó la mirada, un poco apurada. En ese instante, me di cuenta de que, con ese comentario, podría llegar a malinterpretarme.

—¿No lo decía en ese sentido! Quiero decir... Esto... No pretendía ligar contigo. Es solo que me parece un color poco común, y me parece muy... bonito. Pero, repito, no pretendo ligar contigo ni nada de eso—aclaré, atropelladamente.

Ella sonrió tímidamente.

—Sí, son de color miel. Y tranquilo, no pensaba que estuvieras intentando ligar conmigo solo por decir que el color de mis ojos es bonito. Lo he heredado de mi madre. Aunque pienso que es un tono bastante común. Quizás los ojos de color violeta, como los de Elizabeth Taylor, son poco corrientes.

—Sí, desde luego.

—Además, yo también creo que tus ojos son bonitos. De color verde. Es un tono precioso... ¡Pero no quiero ligar contigo ni nada! —aseveró, mirándome con los ojos muy abiertos.

Yo empecé a reírme ante lo absurdo de la situación, y ella hizo lo mismo.

—Ha quedado claro. No queremos ligar esta noche—respondí, divertido.

De repente, me entraron ganas de ir al baño. Demasiada cerveza. Me levanté y dije:

—Ahora vuelvo, voy al lavabo.

Me alejé de allí con una sonrisa dibujada en la cara. Me lo estaba pasando bien con Amelia Morton. Bueno, Amy para los amigos. Era un diminutivo muy dulce y tierno, y me di cuenta de que le pegaba. Porque con su melena suelta cayéndole sobre los hombros, su aspecto era mucho más amable.

Afortunadamente, hemos hablado poco tiempo de Liz, y hemos conversado sobre cosas más agradables.

Salí del lavabo, y observé a lo lejos que Amy estaba hablando con una pareja. Se mostraba seria, diría incluso que incómoda. Y tuve una sensación rara, como si algo no fuera bien. Cuando llegué a la mesa ya se habían ido, pero el semblante de Amy seguía siendo el mismo.

—¿Va todo bien? —pregunté con cautela.

Ella alzó la vista, llamó a la camarera, y le pidió un bourbon con hielo.

—Todo va perfectamente—respondió con gesto serio.

Obviamente, no iba nada bien en absoluto. Algo había sucedido, y estaba dispuesto a

averiguarlo. La camarera trajo el vaso de bourbon, y Amy se lo bebió de un trago, algo que me dejó perplejo. Enseguida pidió otro, mientras yo me limitaba a beber mi cerveza con calma.

—¿Quién era esa pareja con la que hablabas?

Dio un nuevo trago a su vaso, y contestó sin mirarme:

—Mi ex y su novia actual.

Esto no pintaba bien.

—Ya veo.

El bourbon empezó a hacerle efecto en poco tiempo, y fue entonces cuando me contó todo al detalle.

—Ellos estuvieron saliendo durante dos años. Ella le dejó, porque decía que estaba agobiada o no sé qué—me explicó, arrastrando las palabras—. Empecé a salir con él y todo iba de maravilla. Fui súper comprensiva y paciente. Creí que había conseguido que se olvidara de ella. Creí que me quería. Y un día, bueno, decidieron volver. Le había preparado una fiesta sorpresa en su casa, por su cumpleaños. Y la sorprendida fui yo, porque entraron en el apartamento comiéndose los morros.

—Vaya—dije, asombrado con la historia.

—Sí, eso pensé yo. Conmigo nunca habló de matrimonio. Nunca mencionó el tema. Y ahora me entero de que van a ser padres y se van a casar. ¡Y solo han pasado seis meses! —explicó, indignada.

Yo asentí, pensativo. Habíamos pasado exactamente por lo mismo. Decidí sentarme a su lado, y coloqué mi mano sobre su hombro.

—Es un capullo que no te merece.

—Es un capullo más en mi larga lista de capullos. Siempre me pasa lo mismo. Conozco a un hombre que me gusta, y resulta que aún sigue enamorado de su ex. Yo, inocente, creo que la cosa puede funcionar, y al final, me dejan tirada. Es mi destino. Acabar sola, rodeada de gatos—afirmó, abatida.

Entonces, me abrazó y lloró desconsoladamente. Yo le acaricié la espalda, y suspiré con resignación. Éramos iguales. Unos perdedores.

—Voy a adoptar un gatito. Le llamaré Algodoncito, porque será suave y esponjoso como el algodón. Será mi amigo y mi compañero. Y veremos juntos los concursos de la tele, y acertaremos todas las preguntas. Y comeremos helados de vainilla y de tarta de queso. Y aunque engorde, sé que él me querrá igualmente.

Ay, Dios mío, lo que hay que oír.

—Vale, creo que ya has bebido suficiente. Vamos a casa, anda—dije, mientras la agarraba por la cintura y la ayudaba a levantarse.

Se tambaleó un poco, y la agarré con firmeza, para evitar que se cayera. A continuación, le puse su abrigo, y salimos a la calle.

Paré un taxi y nos subimos. Cuando iba a preguntarle en qué número de Cleveland Avenue vivía exactamente, comprobé que estaba adormilada. Entonces le di al taxista la dirección de mi casa.

—Ya hemos llegado—dije, despertando a Amy cuando el taxi se detuvo.

Entramos en el vestíbulo y nos subimos en el ascensor.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En mi casa. Te quedarás aquí esta noche.

Finalmente, abrí la puerta, y entramos. Encendí la luz, y caminé por el pasillo, medio

arrastrando a Amy. De repente, noté que empezaba a respirar con dificultad.

—¿Estás bien? —pregunté, un poco alarmado.

—No, voy a vomitar...

Rápidamente, la llevé al baño, y vomitó en el WC. Le sujeté el pelo y le froté la espalda, intentando calmarla.

Después de vomitar, la acompañé a mi cuarto y la ayudé a tumbarse. Estaba hecha un desastre, con el pelo revuelto y el rímel corrido.

—El problema soy yo. Siempre lo he sido. Por eso, Clive no quiso casarse conmigo—soltó de repente.

Yo me senté a su lado en la cama, y le aparté algunos mechones de la cara.

—No digas eso, tú no eres el problema. Él es un cabrón.

—¿Soy tan insoportable? Intento ser amable con todo el mundo. Sonreír, ser agradable. Quizás se agobió por eso. Porque siempre sonrío, y no soy una sexy y despampanante mujer fatal, que compra bolsos caros y quiere cenar en el mejor restaurante de Chicago.

—No eres insoportable—respondí con una tímida sonrisa.

Ella me miró con suspicacia.

—Tú hasta hace poco lo pensabas. Me mirabas como si me odiaras.

—Porque no te conocía. Además, tú hacías lo mismo conmigo.

—También es verdad—respondió, encogiéndose de hombros.

—Amy, tú no eres el problema, ni eres insoportable. Eres encantadora, a mí me caes muy bien. Me lo he pasado genial esta noche. Bueno, hasta que ha llegado ese Clive.

Ella dibujó una sonrisa.

—Gracias, Nathan, eres un buen chico.

Dicho esto, se quedó profundamente dormida, abrazada a la almohada. Yo sonreí, y a continuación, la tapé con el edredón. Después, me fui al estudio, abrí el sofá cama, y me acosté.

Nunca hubiera imaginado que tenía tantas cosas en común con esa mujer que me pareció tan odiosa cuando la conocí. Me he visto a mí mismo reflejado en todo lo que me ha contado. El dolor, la rabia, la frustración. Era tan injusto.

No mentía cuando le he dicho que me lo estaba pasando bien. Durante un buen rato, me había olvidado de todo. De mi corazón roto, de mi tristeza. Ahora maldecía a ese Clive, que, al igual que Liz, usaba a la gente y destrozaba corazones.

Al día siguiente, me levanté, y fui a la cocina a preparar el desayuno. Busqué una aspirina para cuando Amy despertara porque iba a tener un buen dolor de cabeza.

Pocos minutos después, noté su presencia en el umbral de la puerta de la cocina.

—Buenos días—me dijo con voz soñolienta.

—Bueno días. He preparado el desayuno. ¿Te gustan las tostadas?

—Sí—respondió.

—¿Cómo te gusta el café?

—Con un poco de leche y dos cucharadas de azúcar. ¿Necesitas ayuda?

—No, tranquila, lo llevo todo en la bandeja. Desayunaremos en el salón.

Cinco minutos después, estábamos sentados a la mesa, comiendo tostadas y bebiendo café. Amy hacía el esfuerzo de mostrarse sonriente, pero yo sabía que la cabeza debía dolerle mucho. Se tomó la aspirina y siguió conversando conmigo.

—Entonces, ¿has dormido bien?

—Sí, gracias. Has sido muy amable. ¿Hice algo vergonzoso anoche? —preguntó, temerosa.

—Bueno, tal vez...—respondí—. No te liaste con nadie, ni nada de eso. Estuviste muy divertida. Hablaste de adoptar un gato. Y luego, cuando llegamos a casa, vomitaste.

Observé como se tapaba la cara con las manos, horrorizada.

—¡Ay, Dios qué vergüenza! ¡Me viste vomitar! Debió ser asqueroso. Perdóname.

Yo la miré, divertido.

—Tranquila. Todos vomitamos alguna vez. No es nada raro. Asqueroso, sí. Pero qué se le va a hacer.

—Lo siento, de verdad. No me puedo creer que sea tan estúpida—se lamentó.

—Mira, la próxima vez hacemos una cosa. Yo me emborracho, me llevas a tu casa, y vomito en tu baño. Así estará la cosa compensada.

Ella me miró y empezó a reírse.

—No tienes remedio.

—Eso suele decir mi madre—aseveré con una sonrisa—. No te preocupes tanto. Anda, sé una buena niña y desayuna.

Nos quedamos en silencio unos segundos, entonces ella alzó la vista y dijo:

—Nathan.

—¿Sí?

—Gracias.

Me quedé sin saber qué responder. Solo me limité a asentir. Entonces, la observé. Con la cara lavada, aunque con algunos rastros de rímel, estaba realmente bonita.

A partir de ese día, Amelia Morton había dejado de ser la estirada secretaria, y se convirtió en la mujer divertida y agradable que había conseguido descubrir.

Capítulo 9

Amy

Subí las escaleras despacio, intentando olvidarme de que mi cabeza retumbaba cada vez que pisaba un escalón. A pesar de haberme tomado una aspirina, todavía notaba algo de dolor.

Cuando llegué a la puerta de mi apartamento, me encontré a Joanna en la escalera.

—¡Buenos días! ¡Vaya, alguien no ha dormido en casa! —exclamó con entusiasmo.

Noté como las sienes me palpitaban, y entrecerré los ojos.

—Por favor, más bajito...

—¡Y encima con resaca! Bueno, hablaré más bajito, pero tienes que subir a contárnoslo todo.

La acompañé a su apartamento, y me sirvió un zumo de naranja, mientras me sentaba en el sofá, al lado de Maddy.

Les conté el episodio de anoche con calma y voz pausada, hasta que poco a poco me fui encontrando mejor. Ambas me miraban con asombro, y ponían caras de asco cada vez que mencionaba a Clive.

—¡Menudo capullo! Si te digo la verdad, nunca me cayó bien. Notaba que no estaba al cien por cien contigo. Te entregaste demasiado a ese tío. Ahora me alegra que no esté en tu vida. ¡Que disfrute de su novia pechugona! —dijo Maddy.

—Y encima se reproduce. ¡Hay que joderse! —comentó Joanna.

—Pero no nos desviemos del tema. Con Nathan bien ¿no? —inquirió Maddy, mirándome con picardía.

Yo me encogí de hombros.

—Bien. Al final he descubierto que es un tipo estupendo. Y sé lo que estáis pensando. No va a haber nada entre nosotros.

—¿Y por qué no? —preguntó Joanna.

—Porque no, y punto. Además, seguro que le espantó verme vomitar.

—Vamos, todos vomitamos en algún momento. No hay nada que esconder ni de lo que avergonzarse—aseguró Maddy.

—No escondí nada, eso desde luego. Creo que eché hasta la primera papilla.

—Por favor, arcadas no, gracias—dijo Joanna torciendo el gesto.

—Nunca digas nunca. A lo mejor es una señal.

—Sí, una señal que indica que debo estar lejos. Todavía está colado por su ex—respondí, contundente.

—Vaya, así que has considerado la posibilidad de que haya algo más...—soltó Joanna, mirándome con curiosidad.

Yo me puse tensa de repente.

—No... Bueno... No sé... Quizás... Puede... ¡Es culpa vuestra por meterme eso en la cabeza!

—Si tú lo dices...—dijo Joanna, mostrando una sonrisa enigmática.

Aquella tarde, mientras hacía uno de mis puzles y veía en la televisión Cuando Harry encontró a Sally, no dejaba de darle vueltas a un asunto que me tenía intrigada.

El destino, caprichoso y manipulador, juega con nuestra existencia sin que podamos hacer

nada para evitarlo.

Un buen día, conoces a una persona en la situación más inesperada, piensas que no vas a volver a verla, y el destino hace de las suyas para que volváis a veros sin motivo aparente. O eso creemos.

Con Nathan ha ocurrido. Un choque, café derramado, una discusión, y ese mismo día, nos volvemos a encontrar. Así, sin más, y sin entender el motivo.

Me había equivocado con él. Pensé que era un engreído, y resulta que nos parecemos mucho. Dos corazones rotos vagando por la ciudad de Chicago. Él aún quiere a su ex, igual que yo a Clive.

Me fastidió que la noche se estropeará por culpa de mi borrachera, porque lo estaba pasando realmente bien. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda y relajada. Debía compensarle. ¿Y si le invitaba a cenar? El lunes le llamaría.

De repente, sonó mi teléfono, y me quedé un tanto sorprendida. ¿Quién me llamaría un sábado por la tarde? Bueno, podrían ser mis padres, pensé. Miré la pantalla y vi que era Nathan. ¿Pero qué? ¿Este hombre lee el pensamiento?

—Hola—respondí, un poco desconcertada.

—Hola, ¿te pillo ocupada?

—No, no estaba haciendo nada en particular.

—Estupendo. Oye, te llamaba porque quería saber si tienes planes para esta noche.

Vaya, eso no me lo esperaba.

—No, no tengo planes...

—Verás, tengo un vecino que trabaja en un café teatro. Interpreta un número musical, mientras el público cena en las mesas. Me han dicho que sirven unos platos de pasta estupendos. Había pensado que podríamos ir juntos. Como anoche al final salió todo un poco mal, pensé que podía ser un plan divertido. Pero si no te apetece, lo entenderé.

La verdad es que el plan me gustaba, y no tenía nada mejor que hacer.

—Sí, me apetece. ¿A qué hora nos vemos?

—¡Genial! ¿Te viene bien que pase a buscarte a las siete?

Miré el reloj. Tenía dos horas para arreglarme. Tiempo de sobra.

—Perfecto. Te mando mi dirección por *WhatsApp*.

—Estupendo. Nos vemos entonces.

Ambos colgamos, y me quedé absorta unos segundos. Vaya, esto era realmente inesperado. Y lo cierto era que el plan me apetecía muchísimo. Nunca había ido a un café teatro, y sentía curiosidad.

Bueno, ahora debía decidir qué iba a ponerme. ¿Algo elegante? ¿Algo insinuante? Un momento, ¿insinuante? Ni hablar, no era una cita. ¿O quizás sí? Buscar algo intermedio sería lo mejor.

Dos horas después, ya estaba preparada, esperando a que llegara Nathan. Había elegido un vestido de color azul oscuro, sin escote, de manga larga, y falda con vuelo hasta la rodilla, zapatos de tacón negro y bolso de mano a juego. Me había puesto lápiz de ojos negro, sombra de color azul, brillo de labios, un poco de colorete, y me había dejado el pelo suelto y liso.

Mientras me miraba en el espejo, llamaron al telefonillo. Nathan ya estaba aquí. Salí de casa, y me crucé con la señora Watts en el vestíbulo.

Nathan me esperaba de pie, apoyado en la puerta de su coche, con las manos metidas en su abrigo largo negro. Hacía mucho frío esa noche, aunque yo apenas lo notaba, porque mi abrigo

gris oscuro me protegía bien de las bajas temperaturas. Me saludó con una sonrisa, y me abrió la puerta del copiloto.

—Espero que te gusten los musicales—me dijo al arrancar el coche.

—Sí, me gustan mucho.

—Entonces, te encantará el espectáculo.

—¿Has asistido alguna vez?

—No, y eso que Leo me ha pedido muchas veces que fuera.

—¿Quién es Leo?

—Mi vecino de al lado. Es actor, músico, y cantante. Un verdadero artista. Es dueño de la sala, además de ser una de las estrellas del espectáculo.

—¿Le conoces desde hace mucho?

—Desde hace unos meses, cuando me mudé a mi apartamento actual. Me ha prometido que nos lo vamos a pasar en grande. Así que, espero que te guste.

—Estoy segura de ello—respondí, sonriente.

Quince minutos después, dejamos el coche en un aparcamiento cercano, y caminamos unos metros hasta la entrada del local, donde había un cartel luminoso en el que podía leerse <<Viva Broadway>>.

La sala era enorme, con paredes de color azul oscuro, luz tenue, y un gran escenario al fondo. Había una barra en el otro extremo, desde donde salían camareros que servían bebidas, y al lado, una puerta, que supuse que era la cocina, porque salían de allí con bandejas de comida.

El sitio estaba abarrotado, y las mesas redondas que había repartidas delante del escenario estaban ocupadas, con la excepción de una, la nuestra, que estaba en primera fila.

El camarero nos ayudó a acomodarnos en la mesa, decorada con un mantel de tela roja y blanca, una lámpara pequeña, y cubertería. Pedimos dos copas de vino, y nos trajo la carta.

Decidimos probar los platos de pasta que el camarero nos recomendó, especialidad de la casa. El espectáculo comenzaba en una hora, así que teníamos tiempo para cenar tranquilamente mientras charlábamos.

—Oye, ayer me dijiste que eras hija de un militar. ¿En qué unidad trabajaba?

—En la Fuerza Aérea. Fue piloto de combate y llegó al grado de teniente.

—Vaya, ¿y tuviste oportunidad de volar con él?

—En una ocasión, me dejó viajar con él en un helicóptero. Fue increíble—expliqué con orgullo.

—Siempre he querido ir en helicóptero, aunque fuera un viaje corto. Tu vida es mucho más emocionante que la mía.

—Sí, pero no te creas que todo era bonito. Mi padre pasaba mucho tiempo lejos de casa, y nos teníamos que mudar cada cierto tiempo. Era una vida difícil.

—¿Viviste en muchos sitios?

Yo asentí.

—Sí. Viví en Nevada, California, Nuevo México, Texas, Washington, Maryland, y Massachussets.

—¡Increíble! Por cierto, tengo un tío que vive en California. En Los Ángeles. He ido unas cuantas veces allí en verano. Vive cerca de Venice. ¿Tú en qué zona de California viviste?

—En Los Ángeles también. Vivíamos en Santa Mónica, pero he ido a Venice muchas veces cuando era niña.

—¿En qué época viviste allí?

—De los cinco a los nueve años. Nos marchamos de Los Ángeles en el verano del 94.

De repente, las luces del escenario se apagaron, indicando que el espectáculo iba a dar comienzo. Empezó a sonar la sintonía de la canción *Singing in the rain* del musical del mismo nombre, y salió al escenario un hombre vestido como Gene Kelly en la famosa escena del paraguas. Con una voz maravillosa, imitaba el baile a la perfección.

A partir de entonces, se sucedieron las canciones de algunos de los musicales más famosos de la historia: *Guys and Dolls*, *Funny Girl*, *Grease*, *Chicago*, *Jesucristo Superstar*, *West Side Story*, *Cabaret*, y el final apoteósico con *Evita*. Todos los actores se caracterizaban como los personajes que cantaban esas canciones en la versión original, realizando un trabajo fantástico.

El tiempo pasó volando, y cuando acabó la función, un actor vestido como *Evita*, vino a saludarnos.

—¡Nathan! ¡Como me alegro de verte! Y veo que estás muy bien acompañado...—comentó, mirándome.

—Leo, te presento a Amy, una amiga.

—Encantado. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Ha sido un espectáculo magnífico. Me ha encantado—aseveré con una sonrisa.

—Me gusta mucho esta mujer, Nathan. ¿Dónde la tenías escondida? —preguntó, dirigiéndose a Nathan, que se rio.

—Nos conocimos trabajando. Estoy reformando la casa de su jefa.

—¡Qué romántico! Amor entre andamios. Bueno, Amy, haz el favor de cuidar de mi Nathan, que ha sufrido mucho. Un placer, cariño, espero que le convenzas para que venga más—dijo, guiñándome un ojo.

Yo sonreí en respuesta. Si no venía él, yo sería una espectadora asidua.

Salimos del local, y nos metimos en el coche de Nathan, rumbo a mi casa.

—Tu vecino ha sido un encanto. Y el espectáculo ha sido fabuloso. Me lo he pasado muy bien.

—Sí, la verdad es que debí haber venido antes. No sé cuántas veces me lo ha pedido.

—¿Estáis muy unidos?

—Puede decirse que sí. Me ayudó mucho cuando me mudé, y todavía seguía llorando por Liz. La primera noche, después de la mudanza, me puse a llorar mientras veía *Terminator 2*, y me atiborraba de palomitas y chocolate. Sí, ya sé que *Terminator 2* no es una película para llorar.

—Bueno, a mí me dio pena el final, si te soy sincera—comenté, encogiéndome de hombros.

—El caso es que Leo me oyó, y vino a verme. No nos conocíamos de nada, pero me invitó a su casa, me sirvió un batido de vainilla, tarta de queso, y dejó que me desahogara. A partir de entonces, se convirtió en mi amigo.

—¿Él también está soltero?

—No, sale con Ricardo, un puertorriqueño cañón que le da alegría a su cuerpo.

Yo le miré con el ceño fruncido.

—¡Eso es lo que dice él! —aclaró—. Es un buen tipo y le quiere. Y Leo es feliz. Ricardo trabaja en el espectáculo, en el apartado técnico. Es el encargado de sonido.

—Entiendo. Tiene suerte entonces.

—Bueno, según me contó, lo pasó muy mal con sus otras parejas. Merecía encontrar a alguien que le quisiera de verdad.

—Eso es realmente complicado. Para mí por lo menos.

—Es difícil para todos, yo incluido.

En ese momento, llegamos a la puerta de mi casa. Lo cierto era que no me apetecía

despedirme de él, porque estaba realmente a gusto, pero no quedaba más remedio.

—Gracias por lo de esta noche. Me lo ha pasado muy bien.

—Yo también. La verdad es que me dio pena que anoche la cosa se estropeará. Así que pensé que sería buena idea hacer un plan divertido, para compensarlo.

—Ha sido una gran idea. Cuando quieras, repetimos —dije, sonriente.

Él también me sonrió, y noté cómo el pulso se me aceleraba.

—Eso está hecho.

Salí del coche y le di las buenas noches. Después, subí a mi apartamento, y diez minutos más tarde, ya estaba metida en la cama.

Durante un rato permanecí despierta mirando al techo. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

Nathan hizo que me olvidara de mi tristeza aquella noche. Nos divertimos, charlamos y me hizo sonreír. Era como respirar aire fresco. Su compañía era realmente agradable, y gracias a él, me sentía más animada.

Sonreí al pensar en él. Tenía ganas de volver a verle, y repetir la experiencia, si él quería, claro. Eso sería maravilloso.

Capítulo 10

Nathan

Me preparé para ir a Winnetka, cuya reforma estaba yendo a buen ritmo. Me Había levantado animado y sonriente como hacía mucho que no sucedía. Lo cierto era que me sentía mejor, y notaba cómo la tristeza empezaba a desvanecerse.

Al salir de casa, me crucé con Leo en el ascensor.

—¡Buenos días! ¿Qué? ¿Cómo acabó la cita de anoche?

—Bien, la llevé a su casa y hemos prometido repetir.

Observé como Leo torcía el gesto.

—Vaya, pensaba que habíais vuelto a tu casa juntos para seguir con la cita y eso. Debo decirte que Amy me ha parecido una chica muy maja. ¿Lo vuestro va en serio?

Yo fruncí el ceño, y me reí ante la pregunta.

—¡Claro que no! Solo somos amigos. Además, ya tuve bastante con Liz. Aún necesito tiempo antes de meterme en otra relación.

Leo puso los ojos en blanco y resopló.

—Cielo, tienes que pasar página. ¡Así no vamos a casarte nunca! Hazme caso y lánzate.

En ese momento, se abrió la puerta del ascensor y nos despedimos en el vestíbulo. Me subí al coche, y durante el viaje, pensé en lo que Leo me había dicho.

¿Qué me lance? Pero si no había nada entre Amy y yo. Solo fue una cita entre amigos, lo pasamos bien y ya. Además, éramos muy distintos, y no encajaríamos.

<< ¡Un momento! ¿Por qué me estoy planteando salir con ella? Nathan, céntrate y deja de pensar en tonterías>>, me dije a mí mismo.

Llegué a Winnetka, y enseguida me puse manos a la obra con Gary y los demás, mientras Betty Velvet daba órdenes a los suyos para ir cambiando la decoración.

—Bueno, ¿cómo fue la cita con Amelia Morton? ¿Va la cosa en serio? —preguntó Gary durante un descanso.

¡Otro con lo mismo!

—Solo salimos en plan amigos, no hay nada más.

—A mí me parece una mujer preciosa y muy simpática. ¿Por qué no lo intentas? Te vendría bien... Ya sabes. Un poco de alegría—dijo con picardía.

Yo negué con la cabeza, y sonreí.

—Gary, ¿siempre piensas en lo mismo?

Él se rio.

—Continuamente. Y cuando mi mujer se pone la lencería de encaje negro...

Yo le detuve con un gesto de la mano.

—Por favor, ahórrame los detalles.

—Te noto muy reprimido, Nathan. Tienes que lanzarte y disfrutar. A lo mejor a ella también le apetece divertirse. Podríais desinhibiros juntos.

—Gary...—respondí, lanzándole una mirada de advertencia.

—Está bien. ¡Aguafiestas!

Justo en ese momento, noté una vibración en mi bolsillo. Saqué mi teléfono y sonreí al comprobar que era Amy.

—Buenos días.

—Buenos días, Nathan. ¿Cómo va todo?

—Bien, ahora estábamos tomando un descanso, pero todo va viento en popa.

—Estupendo. Por cierto, acabo de hablar con Jaqueline, y me ha dicho que adelanta su vuelta. Llegará un día antes de lo previsto, e irá a ver cómo está quedando todo. ¿Podrías decírselo a Betty?

—Claro, no hay problema, aunque te advierto que puede darle un ataque de pánico por el cambio de planes. A ella le gusta elaborar su arte sin agobios.

Escuché a Amy suspirar con resignación.

—Bueno, mañana iré a Winnetka, y si es necesario, intentaré tranquilizarla.

Yo no pude evitar alegrarme al escuchar que vendría al día siguiente.

—Así que, vendrás mañana...

—Sí. Así le mando a Jaqueline fotos del progreso. Tiene ganas de ver cómo va la cosa.

—Genial. Pues entonces nos vemos mañana, y no te preocupes, hablaré con Betty.

—Gracias, Nathan. Bueno, ahora tengo que dejarte. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Colgué sin dejar de sonreír, y sentí la mirada de Gary.

—¿Quién era?

—Amelia Morton. Mañana viene a ver el progreso de las obras. Por cierto, la señora Copeland llega un día antes, y tengo que hablar con Betty.

—Pues mucha suerte. Por cierto, ¿te ha dicho algo más?

Yo miré a Gary sin perder la sonrisa.

—No, nada más, ¿por qué?

—Por esa sonrisa bobalicona que tienes ahora mismo. Es la misma que pongo yo cuando mi mujer me dice que cenamos solos en casa y que me espera un buen postre en la cama.

En ese instante, borré mi sonrisa, tratando de disimular. Lo cierto era que me había gustado escuchar la voz de Amy, y su llamada me había alegrado, aunque solo fuera por trabajo.

Me dirigí a la planta superior, donde Betty estaba dando órdenes a sus trabajadores, que colocaban muebles, cuadros y papel de pared donde ella indicaba. Entonces, me acerqué a ella, y dije:

—Betty, tengo que decirte algo.

Ella alzó la mano sin mirarme.

—Ahora no, estoy en pleno proceso creativo.

—Es importante y no puede esperar—insistí.

Observé como resoplaba y ponía los ojos en blanco.

—Vale, dime.

—Jaqueline regresa un día antes de lo previsto. Eso es todo, hasta luego.

Dicho esto, di media vuelta, y me encaminé hacia la puerta.

—¿¡¡¡Qué!!!?—exclamó a voz en grito.

Escuché sus fuertes pisadas sobre la moqueta, acercándose a mí. Me giré, y ahí estaba, mirándome furiosa con los brazos en jarras. Ahora tenía miedo.

—Vamos, solo es un día antes de lo previsto...

—¡Esto es un ultraje! Mi proceso creativo necesita tiempo, y no quiero que nadie vea nada sin

estar terminado—explicó, enfadada.

—Betty, Jaqueline es la que manda, y si quiere verlo antes, pues qué se le va a hacer. Para entonces, probablemente nosotros habremos acabado, y podrás terminar la decoración.

—¡Claro! Para ti es muy fácil porque no eres un artista como yo. Pero para mí esto es un contratiempo enorme—aseveró, agitando los brazos y poniéndose la mano en la frente, cual reina del drama.

—Betty, estás haciendo un mundo de algo que no lo es. Además, mañana viene Amelia Morton a hacer unas fotos. Jaqueline quiere ver el progreso.

En ese instante, Betty abrió mucho los ojos.

—¡Ni hablar! ¡Aquí no se hacen fotos hasta que no esté terminado! —gritó, furiosa.

—Eso lo discutes mañana con ella. A mí no me metas. Ahora voy a por un café, ¿quieres uno? —pregunté, intentando calmar sus nervios.

Entonces, cruzó los brazos sobre el pecho, y torció el gesto.

—No, no quiero café—respondió, gruñona.

Conocía bien sus exagerados arrebatos de indignación y sus ademanes de reina del drama, y sabía que en el fondo quería aceptar ese café que le estaba ofreciendo. Por eso, decidí tentarla.

—Aún quedan esas galletas tan ricas recubiertas de chocolate que tanto te gustan. Y no creo que nadie vaya a comérselas...

En ese momento, me miró de arriba abajo, y meneó la cabeza.

—Bueno, de acuerdo. Un café solo y unas galletas. Si puedes traer el paquete entero, mejor. ¡Necesito azúcar para sobrellevar semejante disgusto!

Yo sonreí, y a continuación, fui a buscar el café y las galletas que sabía que le encantaban. Al menos así, podríamos aplacar su ira durante un tiempo.

Al día siguiente, me pasé parte de la mañana mirando de reojo en dirección a la puerta, esperando ver a Amy aparecer. Me dijo en un mensaje, a eso de las once, que ya estaba de camino.

Diez minutos después de las once y media, se abrió la puerta y apareció. Iba con su falda de tubo hasta la rodilla, un moño alto, y un abrigo largo negro. Como siempre, la elegancia personificada. En cuanto me vio, sonrió, y noté cómo mi pulso se aceleraba.

—Hola, Nathan. ¿Cómo va todo? —me preguntó sin perder la sonrisa.

—Bien. ¿Por dónde quieres empezar la sesión? Te advierto que Betty no se tomó bien el regreso adelantado de la jefa.

Amy suspiró.

—Bueno, entonces empezaré por aquí abajo. Luego hablaré con ella.

Fuimos juntos hasta el salón, y entramos en la habitación donde estábamos haciendo la reforma. Ya se podían ver los cristales colocados y algunos cambios en la decoración.

Amy hizo las fotografías en silencio, aunque por su cara, deduje que le estaba gustando lo que habíamos hecho hasta ahora.

—Creo que a Jaqueline le va a encantar cuando lo vea terminado—afirmó.

—Eso espero, por el bien de mi reputación—respondí, divertido.

—Vamos, si Jaqueline tuviera dudas de tu talento no habría contado con tus servicios.

—¿Y tú? ¿Crees que tengo talento? —inquirí, intrigado.

—¡Por supuesto! He visto tus otros trabajos y son increíbles.

Yo no pude evitar sonreír.

—Gracias.

—Bueno, creo que esto será suficiente. Voy a hablar con Betty...—dijo, suspirando con resignación.

—¿Quieres que te acompañe?

—Tranquilo, creo que sabré manejarlo, no te preocupes—aseveró, guiñándome un ojo.

La observé subir las escaleras, y finalmente, volví al trabajo. Lo cierto era que estaba preocupado. Betty Velvet era una fiera y Amy parecía una delicada flor.

Pasaron los minutos y no oía gritos ni discusión alguna. Esto me inquietó, así que decidí subir a ver qué estaba sucediendo.

Cuando llegué al piso de arriba, y entré en la habitación donde Betty estaba trabajando, me llevé una grata sorpresa. Amy estaba haciendo las fotografías, sin que Betty hiciera nada por impedirlo, a pesar de su gesto de fastidio.

De repente, Amy miró hacia donde yo estaba y me sonrió. Entonces, comprendí que todo iba bien y que no necesitaba ayuda. ¿Qué habría pasado? Tenía que preguntárselo más tarde.

Diez minutos después, regresó a la planta de abajo, mientras yo estaba en el vestíbulo hablando con uno de nuestros trabajadores. Amy se acercó a nosotros, y dijo:

—Bueno, pues ya está, tengo que regresar a la oficina.

—Vaya, eso ha sido rápido. Pensaba que te quedarías más tiempo—comenté, un poco decepcionado.

—He conseguido todo antes de lo previsto. Ahora tengo que irme, ya hablamos—respondió, alejándose.

Entonces, yo la seguí hasta la puerta.

—Oye, ¿qué ha pasado ahí arriba?

Amy me miró, extrañada.

—¿A qué te refieres?

—¿Has usado alguna especie de conjuro para que Betty no se enfade o algo así?

Amy se rio y contestó:

—Si quieres cenamos mañana por la noche en Lou Maltani's y te lo cuento.

Yo abrí mucho los ojos.

—¿En Lou Maltani's? ¿Cómo sabes que me gusta la pizza?

Amy sonrió con picardía, y ese gesto me encantó. Incluso sentí un cosquilleo en mi estómago.

—¿Te paso a buscar a las siete?

—Perfecto. Nos vemos mañana—contestó ella.

Yo me quedé mirándola mientras se alejaba, y en ese momento, noté una palmadita en el hombro.

—Como sigas sonriendo así, todos se van a dar cuenta de que te gusta—dijo Gary, riéndose.

Abrí mucho los ojos, dejé de sonreír y me revolví incómodo.

—¡Deja de decir tonterías! Y ahora, ¡a trabajar!

Capítulo 11

Amy

No estaba previsto, y simplemente se me ocurrió en el momento. La idea de salir a cenar una deliciosa pizza con Nathan me entusiasmaba. Llevaba varios días pensando en él, y cuando nos vimos ayer, me sentí un poco feliz.

Y todo eso a pesar de que estaba nerviosa por mi encuentro con Betty Velvet. Temía que me montara una escena, pero gracias al as que tenía en la manga, no hubo problemas.

Envié las fotos a Jaqueline, y me hizo saber que estaba entusiasmada con lo que había visto. Estaba segura de que el resultado sería increíble, y yo desde luego no tenía dudas después de verlo en persona.

Para mi encuentro con Nathan, decidí ponerme unos vaqueros ajustados oscuros, un jersey de cuello alto de color blanco, y para protegerme del frío, botas para la nieve, ya que había estado nevando todo el día. En el rostro, apliqué maquillaje suave, colorete rosa, un poco de rímel negro y sombra de ojos azul. Para completarlo, añadí a mis labios un suave carmín rosa. Dejé mi pelo suelto, y en cuanto estuve lista, llamaron a la puerta.

Salí de casa, y vi a Nathan, acurrucado en su abrigo largo, de pie, delante de su coche. Me miró a través del hueco que había entre su gorro de lana oscuro y su bufanda, que le tapaba la nariz.

Yo froté mis brazos con mis manos enguantadas, y me apresuré a llegar hasta él, teniendo sumo cuidado de no caerme sobre la acera llena de nieve. Llegué hasta Nathan, que inmediatamente abrió la puerta del copiloto, y me cedió el paso. Una vez dentro del coche, apartamos nuestras bufandas y nos sonreímos.

—¡Qué frío hace! Y eso que aún estamos en otoño—dije, frotándome las manos.

—Recuerda, estás en Chicago—respondió, mirándome con una sonrisa.

Arrancó el coche, y partimos hacia nuestro destino, que estaba a varias manzanas de mi casa. Conseguimos aparcar cerca del restaurante, que estaba lleno. Por suerte, llamé antes para hacer una reserva, así podríamos cenar sin problemas.

Entramos en el local y nos condujeron a nuestra mesa, situada al lado de una de las ventanas del establecimiento. Nos quitamos los abrigos, y una vez sentados, miramos la carta.

Allí hacía calor, y enseguida el frío abandonó mi cuerpo. Pedimos una pizza grande de queso, jamón y champiñones, y unas patatas fritas de entrante, además de un par de refrescos.

—Oye, ¿cómo conseguiste que Betty te dejara fotografiar las habitaciones? —preguntó Nathan, mientras cogía una patata frita.

—Le hice una oferta que no pudo rechazar.

Él sonrió, y me miró con suspicacia.

—¿Qué has hecho?

Yo sonreí con aire travieso.

—Simplemente le amenacé con llamar a Jaqueline.

—¿Solo eso?

—Bueno, también le aseguré que Jaqueline cancelaría el contrato si no veía los resultados.

Nathan asintió.

—Vale, ahora lo entiendo todo. Eres increíble.

—¿Por qué? —pregunté con interés.

—Porque has hecho magia. Betty tiene un carácter muy complicado. Es verdaderamente intratable cuando se lo propone. Sin embargo, tú has hecho posible que ceda. Tienes mucho mérito.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, solo hay que saber con quién estás tratando. Tú manejaste muy bien la situación la última vez. Aunque no hay quien entienda eso del rollo artístico...

Me metí una patata en la boca, y vi que Nathan se revolvía en su asiento. Empezó a menear la cabeza, y a continuación, se irguió, alzando el mentón.

—Tú no entiendes nada, porque no eres una artista, querida Amelia—me dijo, imitando la voz de Betty.

Yo contuve las ganas de reír, y le observé con curiosidad. Nathan siguió con el juego, y empezó a mirar al techo y alrededor.

—¡Este sitio es horrible! ¡No hay arte por ninguna parte! Yo creo que podrían colocar una lámpara Luis XVI, que está muy de moda, sobre todas las mesas; y poner la cocina donde está la salida, para que la gente entre por allí, y pueda sentir el olor de la comida...—dijo, gesticulando como si fuera Betty—. Y... ¡Un momento! —exclamó, llevándose una mano a la frente—. ¡Lo tengo! Veo cortinas...

Yo seguí aguantándome la risa, y pregunté, divertida:

—¿Cortinas?

Él asintió, poniendo morritos.

—Sí, querida Amelia. ¡Cortinas con lentejuelas! ¡Veo Studio 54! ¡Plataformas! ¡Música disco! Y se me ocurre que, acompañando a las lámparas Luis XVI, podemos añadirle luz ultravioleta, para dar un aire íntimo, aunque no veamos un carajo—explicó, gesticulando con las manos de forma exagerada.

—Creo que podríamos añadirle a eso un poco de purpurina en las paredes, así sería todo más brillante—sugerí.

—¡Obvio, querida Amelia! ¡Eso ni se menciona!

Los dos acabamos riéndonos a carcajadas, ante la atónita mirada del resto de comensales.

—Pobre Betty, no deberíamos burlarnos de ella—dije entre risas.

—No te preocupes, le regalamos una caja de galletas de chocolate, y arreglado. Además, en el fondo es una buena mujer. No es tan despiadada como quiere hacer ver.

—Lo sé. Entiendo que en este negocio hay tiburones, y hay que ser un poco despiadado si quieres que te tomen en serio.

—Eso parece. Pero, en fin, luego ves los resultados de las cosas que hace, y sabes que merece la pena aguantar su carácter.

—Justo lo que pensé yo de ti—comenté sin darme cuenta.

Él sonrió.

—No seas mala, que ya hemos hecho las paces.

—No lo digo como algo negativo. Hablo en serio. A veces conoces a alguien que es un borde o que tiene un carácter difícil, y resulta que es un genio. Suele ocurrir mucho.

—¿Estás diciendo que soy un genio? —preguntó, emocionado.

Yo me reí.

—No te pases. La vanidad no es una buena compañía—le advertí.

—Sabias palabras. Oye, por cierto, ¿por qué te pusieron de nombre Amelia? ¿Tiene algún significado especial?

Me sorprendió la pregunta, aunque tenía respuesta rápida para ella.

—Por la aviadora Amelia Earhart^[1].

Nathan me miró, asombrado.

—Vaya, buena referencia. Curioso cuanto menos.

—No tanto. Mi padre era piloto, y según me contó, siempre admiró a la aviadora, así que por eso me pusieron Amelia.

—Cierto, tiene sentido.

—¿Y a ti porque te pusieron Nathan?

—Por mi abuelo materno, murió antes de que yo naciera y decidieron que me llamara así. No tiene más misterio. De hecho, dicen que me parezco mucho a él.

—Háblame de tu familia y de Silver Falls. ¿Cómo es aquello?

—Silver Falls es una ciudad pequeña donde casi todos nos conocemos. Todos vamos al café de Lorraine, donde sirven una tarta de manzana increíble, y nos tomamos un café antes o después del trabajo.

>>Por la noche, vamos al bar de Malory, donde hay tipos con camisas de franela pegados a la barra, tomándose una buena jarra de cerveza. Y la gente joven va a Nancy's, donde ofrecen un menú que incluye una hamburguesa gigante con patatas fritas, y donde puedes jugar en la máquina recreativa de Pacman que está allí desde los años ochenta.

—Parece un sitio tranquilo.

—Un sitio tranquilo donde todo es predecible. Si buscas aventuras, es el lugar más aburrido del mundo.

—Entiendo.

—Y respecto a mi familia, bueno, son gente corriente. Mi padre ha trabajado toda su vida en la ferretería del señor Brubaker, y mi madre trabajó como contable para una gestoría que lleva la contabilidad de varios negocios de la ciudad. Mi abuela Ona vive con nosotros desde que tengo memoria, y tengo una hermana pequeña, Ellen, que trabaja en el periódico local.

>>Mi padre es un tipo agradable y simpático, y mi madre es una especie de mamá oso que defiende a sus oseznos con uñas y dientes, siempre pendiente de todos, y a veces metiéndose un poco en nuestra vida, pero sin malicia. Mi abuela Ona es todo honestidad, y como ella misma explica, ha llegado a una edad en la que le importa un bledo lo que opinen los demás, y por eso, suelta las cosas sin delicadeza alguna. Y Ellen es maravillosa, la mejor hermana del mundo.

—Vaya, tu familia parece ser muy agradable.

—Sí, lo es.

—¿Los echas de menos?

—A veces, pero gracias al trabajo siempre tengo la mente ocupada. Solemos vernos varias veces al año, y desde que enseñé a mis padres a manejarse con la videollamada, todo es más fácil.

—Yo hago lo mismo con mis padres. Es una buena forma de mantener el contacto y verse.

—Últimamente están más pendientes de mí. Lo de Liz también les ha afectado. De hecho, todo Silver Falls sabe lo que ha pasado entre nosotros.

—Bueno, solo las personas implicadas en una relación saben lo que ha pasado. Y suele ser más complicado de lo que parece a simple vista.

—¿Qué crees que pudo pasar para que Clive...?

Yo suspiré con resignación.

—Supongo que no encontró en mí lo que vio en ella. Y con el resto lo mismo. Quizás debí ser menos Amy, y ser otra cosa.

—¿Ser menos Amy? ¿Y por qué ibas a hacer eso? ¡Ni hablar! Eso no debes ni pensarlo. La persona que se enamora de ti querrá estar contigo porque eres Amelia Morton, no Miss América.

Yo me reí ante la ocurrencia.

—Sí, tienes razón. No estoy tan mal, creo.

—No, estás muy bien, eso desde luego...

De repente, Nathan me miró con los ojos muy abiertos, y me dio la sensación de que eso que me había dicho no quería comentarlo en voz alta. Observé como sus mejillas se sonrojan, y cómo cogía su vaso, lleno de refresco, con cierto nerviosismo. Dio un trago, y volvió a centrar su mirada en la pizza que tenía delante. Yo no pude evitar sonreír ante el halago.

—Gracias—le dije.

Entonces, él me miró, y me devolvió la sonrisa.

Después de cenar, pusimos rumbo a mi casa, y al llegar, aparcó delante de la puerta.

—No hace falta que me acompañes, está ahí mismo—comenté, mientras salía del coche.

Nathan salió igualmente, y se quedó apoyado en la puerta del lado del conductor. Empecé a caminar despacio sobre la acera, que ahora estaba cubierta de placas de hielo.

Me giré un poco, y miré a Nathan, que me observaba. Le sonreí y agité la mano, en señal de despedida.

—Buenas no...

No pude terminar la frase, porque me resbalé y caí al suelo de espaldas. Oí las pisadas de Nathan acercándose a mí, y se agachó para ayudarme.

—¿Estás bien? —preguntó, alarmado, mientras me agarraba por los brazos.

Yo asentí, y conseguí incorporarme. Nathan no me soltó en ningún momento, y me ayudó a mantener el equilibrio.

—Tranquilo, creo que ya puedo, gracias.

Sin embargo, parecía que no era así, porque volví a resbalar. Gracias a que Nathan me tenía agarrada, conseguí no caerme al suelo, no así sobre su pecho. Ahora estábamos pegados el uno al otro.

Nathan me tenía rodeada con sus brazos, y noté cómo mi pulso se aceleraba. A pesar de los gruesos abrigos que llevábamos, pude sentir su calor corporal y mi temperatura empezó a subir. Alcé la vista, y nuestras miradas se encontraron.

Tragué saliva, nerviosa. Entonces, me di cuenta de que sus labios estaban peligrosamente cerca de los míos. Mi corazón latía a toda velocidad, y mi respiración se agitó debido a su cercanía.

—¿Estás bien? —inquirió, con la voz entrecortada.

—Sí, estoy bien—conseguí responder.

—Genial. Ahora te acompañaré a la puerta, no me fío del hielo—dijo, sonriente.

No pude evitar pensar en lo bonita que era su sonrisa. Sin dejar de agarrarme, me ayudó a llegar a la puerta, y finalmente, nos separamos. En ese momento, noté una desagradable sensación de vacío.

—Buenas noches, Amy.

—Buenas noches, y ten cuidado, no vayas a caerte.

Él sonrió.

—Tranquila, está todo contro...—En ese instante, resbaló, pero consiguió mantener el equilibrio. Yo respiré, aliviada—. Todo controlado. No te preocupes.

Llegó al coche y se metió dentro, para a continuación, marcharse. Entré en casa, y después de quitarme el abrigo, me senté en el sofá. Me llevé una mano al pecho. Mi corazón estaba latiendo a toda velocidad. Aún sentía la calidez de Nathan sobre mi cuerpo. Y me sorprendí al darme cuenta de que estaba deseando repetir la experiencia, aunque en circunstancias más propicias e íntimas.

Capítulo 12

Nathan

Hoy la señora Copeland regresaba de su viaje de negocios e iba a venir a Winnetka para ver en persona cómo estaba yendo todo. A pesar de que la obra iba bien y estaba quedando un trabajo fantástico, yo estaba nervioso.

Esperaba que le gustara, y que no nos pidiera hacer modificaciones a estas alturas, porque eso sería un desastre.

Había pasado una semana desde que cené con Amy y casi nos besamos. Sí, casi, porque nos separamos en el momento justo. Debo confesar que la tentación fue enorme.

Aquella noche, estaba realmente guapa con su jersey de punto blanco, y su melena pelirroja suelta. Bajo la luz de las lámparas del restaurante, su mirada color miel resplandecía, y me hipnotizaba.

Como siempre, me sentí muy cómodo a su lado, y me gustó compartir con ella algunos aspectos de mi vida. Esto ha hecho que cada vez nos acerquemos más, y eso me agradaba. La tirantez entre nosotros ya era inexistente.

Y luego, llegó el momento de la despedida, y su caída sobre el pavimento helado. Temí que se hubiera hecho daño, porque el golpe fue bastante fuerte, pero por suerte, no fue así.

Mientras la sostenía entre mis brazos, notaba su calor, y eso hizo que mi pulso se acelerara. Cuando casi vuelve a caerse, la distancia entre nosotros desapareció por completo, y al sentir su cuerpo contra el mío, algo ahí abajo se alegró mucho.

Menos mal que mi abrigo era grueso, porque si no me habría muerto de la vergüenza. La cercanía de sus labios, que parecían suaves y deliciosos, hizo que me entraran unas ganas enormes de besarla. Aunque estaba seguro de que Amy no sintió lo mismo que yo.

Estaba hablando con Gary, cuando se abrió la puerta principal y vimos a Jaqueline Copeland acompañada de Amy, que me sonrió nada más verme. Su presencia me tranquilizó, y ahora estaba menos nervioso.

—¡Buenos días a todos! —nos saludó la señora Copeland con una sonrisa, mientras se acercaba a nosotros.

—Buenos días, señora Copeland. ¿Cómo ha ido el viaje? —pregunté.

—Agotador pero productivo, por eso he venido antes. Todo ha ido de maravilla. Veo que por aquí habéis avanzado mucho—comentó, mirando alrededor.

—Sí, la semana que viene estará todo terminado.

La señora Copeland sonrió.

—Me alegra oír eso, así podré organizar una pequeña fiesta para celebrarlo.

La acompañé en su recorrido y le expliqué todo lo que habíamos hecho. La habitación que habíamos reformado estaba prácticamente terminada, con enormes ventanales que se abrían hacia el jardín, dando mucha luz a la estancia. El suelo de madera ya estaba lijado y encerado, y solo faltaban los muebles.

—Es maravilloso, Nathan. Parece una habitación distinta—aseveró, mirándolo todo fascinada.

—Sí, lo cierto es que ha cambiado para bien, diría yo.

—Desde luego que sí. Es justo como lo hablamos. Estoy muy contenta. Te felicito a ti y a tu equipo.

—Gracias.

De repente, Betty Velvet irrumpió en la estancia, y saludó a Jaqueline con efusividad. A continuación, la agarró del brazo, monopolizando por completo su atención, y se dirigieron a la puerta.

Cuando se marcharon, Amy y yo nos miramos. Volvía a lucir su *look* de secretaria, aunque ya no me molestaba tanto ese moño estirado que llevaba. De hecho, creía que estaba genial con cualquier cosa que se pusiera.

—Me temo que se va a olvidar de que estoy aquí durante los próximos diez minutos—comentó, divertida.

—Más, diría yo. ¿Cómo estás?

—Bien, muy ocupada. Ahora que Jaqueline ha vuelto, tengo mucho que hacer.

—Oye, si tienes tiempo esta semana podríamos...

Amy negó con la cabeza, y me sentí un poco decepcionado.

—Imposible. Los acuerdos han ido muy bien, y los socios extranjeros vendrán a Chicago, así que, no tendré tiempo de nada esta semana. Hay muchas reuniones que preparar, además de la fiesta, porque Jaqueline quiere celebrar la reforma por todo lo alto.

Yo torcí el gesto.

—Vaya, una lástima.

—Sin embargo, he pensado que podrías ser mi acompañante en la fiesta—me propuso, mirándome con timidez.

Esto me hizo sonreír.

—Será un placer.

Nos miramos durante unos segundos, y en ese tiempo, sentí cómo una cálida sensación recorría todo mi cuerpo. Esa mirada color miel me cautivaba.

El momento de intimidad se vio interrumpido por Jaqueline Copeland, que había regresado a la habitación.

—Bueno, Betty ya me ha dicho que todo estará listo el martes, así que, el jueves por la noche, estáis todos invitados a la fiesta. Amy se encargará de haceros llegar las invitaciones. Ahora, tenemos que irnos, hay mucho que hacer—dijo, alejándose.

Amy la siguió y se despidió de mí, asintiendo y lanzándome una sonrisa, que yo le devolví al instante. A partir de entonces, contaría los días que me quedaban para volver a verla.



Días más tarde...

Eran las diez de la noche, y estaba sentado delante del ordenador portátil para hacer una videollamada. Hoy tocaba hablar con la familia. Abrí el programa, y busqué el nombre de usuario de mi padre. Hice clic y se abrió una ventana donde aparecía mi cara en un recuadro. Sonaron dos tonos, y finalmente, conectamos. Como siempre, mi padre colocó mal la cámara y solo se le veía la frente.

—¡Hola, hijo! —dijo mi padre al verme.

—Hola, papá. Oye, tienes la cámara mal puesta, solo te veo la frente.

—¿Lo ves? ¡Te lo he dicho! —oí decir a mi madre.

Mi padre movió la cámara y consiguió encuadrarla bien. Ahora los veía a ambos sentados juntos.

—¡Hola, cariño! —me saludó mi madre, agitando la mano.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis?

—Bien, como siempre. ¿Cómo van las obras del proyecto ese que estás haciendo? —preguntó mi padre.

—Genial. El martes terminamos, y la dueña va a hacer una fiesta para celebrarlo y nos ha invitado a todos.

—¡Eso es estupendo, Nathan! Por cierto, te noto más animado...—comentó mi madre.

Yo fruncí el ceño, aunque no pude evitar sonreír.

—¿En serio?

—¿No crees, Larry? —le preguntó a mi padre.

—No sé, yo le veo como siempre.

Mi madre puso cara de fastidio, y yo me reí.

—¡Tú nunca ves nada, Larry, por el amor de Dios! —le dijo a mi padre—. Sí, veo una lucecilla especial...

—Será la lámpara. Con tanto píxel no se ve nada—apuntó mi padre.

—Bueno, admito que estoy más animado—respondí, sonriente.

—¡Lo sabía! Así que, ya no piensas en... Bueno, ya sabes—dijo mi madre, torciendo el gesto.

Consideré unos segundos la respuesta, y me sorprendí al darme cuenta de que, en estas últimas semanas, no había pensado en Liz.

—Sinceramente, no.

Vi cómo mi madre abría la boca, y le daba una palmada en el hombro a mi padre, que parecía no enterarse de nada.

—¡Ahora entiendo todo! ¡Hay una chica! —exclamó mi madre, entusiasmada.

¿Pero cómo sabía eso? No había hablado de esto con ellos.

—Bueno, sí, supongo...

—¿Quién es? ¿A qué se dedica? ¿De dónde es?

Me sentí abrumado ante el bombardeo de preguntas, aunque enseguida le contesté, intentando aclarar las cosas.

—Se llama Amy, vive en Chicago, aunque es de Richmond, y es la secretaria de la clienta para la que estoy trabajando. Sin embargo, debo dejar claro que no hay nada entre nosotros, solo somos amigos.

—Amy, me gusta ese nombre, tiene pinta de ser una buena chica. ¿Cuándo vamos a conocerla? —preguntó mi madre, ignorando mi último comentario.

—Mamá, ya te he dicho que...

—El chico ha explicado que es su amiga, Mary —indicó mi padre con fastidio.

Entonces, mi madre puso los ojos en blanco y resopló.

—Vale, ya me ha quedado claro. Por cierto, Ellen irá a Chicago dentro de dos semanas, y se quedará dos días, porque tiene que asistir a una conferencia. Me ha dicho que se quedará en un hotel.

Yo sonreí al pensar en la visita de mi hermana, aunque me extrañaba lo del hotel.

—¿Y por qué se queda en un hotel? Hay sitio en mi casa.

—Tiene el alojamiento incluido. Igualmente, espero que os veáis y que le presentes a Amy.

Yo me reí de nuevo.

—Ya veremos.

—Bueno, de todas formas, se te ve más contento, y eso me alegra. Ya tenía ganas de que te olvidaras de esa idiota. Quiero que mi pequeño sea muy feliz—dijo, sonriente.

—Yo sigo sin entender nada—comentó mi padre.

Mi madre se rio, le dio un beso en la mejilla, y le acarició el pelo. Observé como se miraban embelesados, y me hizo feliz verlos así después de tantos años de matrimonio. Tenían sus discusiones día sí y día también, pero sabía que se querían con locura.

Cortamos finalmente la conexión, y me fui a la cama, pensando en la conversación con mis padres. Según mi madre, parecía más contento, y no era mentira. Me sentía mejor, y ya no lloraba por las esquinas ni me sentía desdichado.

Sabía con certeza que la aparición de Amy en mi vida había hecho eso posible. Cada vez pensaba más en ella, aunque no sabía realmente si aquello que empezaba a sentir era solo atracción o algo mucho más profundo.

Me tumbé de costado y abracé la almohada, recordando la forma en la que se miraban mis padres. Ojalá algún día encuentre a alguien con quien compartir mi vida, y que, aunque nos peleemos, sigamos mirándonos como si nos viéramos por primera vez.

Capítulo 13

Amy

Desde el regreso de Jaqueline, el ritmo de trabajo ha ido en aumento. Reuniones, comidas, cenas, preparar informes, atender llamadas. Y sin olvidarme de la fiesta que tendrá lugar en Winnetka para celebrar que las obras ya han acabado.

He tenido que encargarme de supervisar los preparativos, mientras consultaba todo con Jaqueline. Afortunadamente, todo estuvo listo a tiempo, y lo único que me faltaba era saber qué iba a ponerme.

Para ello, conté con la ayuda de Maddy, que sabía mucho de estas cosas.

Aprovechamos que ambas teníamos la tarde libre, y nos dirigimos a un centro comercial donde había muchas tiendas de ropa. Dejé mi coche en el aparcamiento, y empezamos a recorrer tiendas.

—Oye, ¿y cómo va lo tuyo con Nathan? ¿Algún progreso?

Yo la miré con el ceño fruncido.

—¿Lo mío con Nathan? No sé a qué te refieres.

—Vamos, ya sabes. Esa amistad tan cercana que tenéis y eso. ¿Ha habido avances?

Yo me reí ante la insinuación.

—No hay nada entre nosotros. Solo somos amigos, y ha tenido la amabilidad de aceptar ser mi acompañante en la fiesta. Eso es todo.

—Pues no estaría mal que te dejaras querer un poco, aunque la cosa no fuera en serio.

—Paso de meterme en líos. Ya tuve bastante. Ahora mismo estoy perfectamente y no busco nada.

De repente, vi en un escaparate un vestido largo de color negro, sin mangas, con escote en forma de uve. No pude evitar mirarlo con fascinación. Era precioso.

—¿Te gusta? Creo que te quedaría genial—comentó Maddy.

—Sí, creo que será perfecto. ¡Vamos a entrar! —la insté, entrando yo primero en la tienda.

Enseguida, una pizpireta dependienta vino a atendernos y le comenté lo que quería. A los pocos minutos, estaba en el probador, colocándome el vestido. Una vez hecho esto, observé satisfecha en el espejo que me quedaba como un guante. Abrí la cortina, y Maddy me miró y asintió.

—¡Es perfecto! Te queda genial, Amy. Nathan se va a caer de espaldas.

Al escuchar eso, me puse nerviosa.

—¡Qué pesada eres! —respondí, cerrando la cortina con vehemencia.

Volví a mirarme en el espejo, y por culpa del comentario de Maddy, Nathan apareció en mi mente, observándome con su bonita sonrisa. Durante aquellos días no nos habíamos visto, aunque intercambiamos mensajes.

Nos mandábamos fotos graciosas, hablábamos sobre cómo nos había ido el día, y no sabía por qué, pero siempre recibía con una sonrisa cualquier mensaje suyo. Debía admitir que Nathan me atraía, eso no podía negarlo. Sin embargo, debido a mis fracasos anteriores, seguía teniendo miedo, y por eso, procuraba no hacerme ilusiones.

Compré finalmente el vestido, un bolso y unos botines a juego. Había sido más rápido y fácil

de lo que pensaba.

Como ya eran las doce, decidimos ir a comer algo a un restaurante italiano que había dentro del centro comercial.

Un camarero nos condujo hasta una mesa del fondo, nos sentamos, y enseguida nos tomó nota. Elegimos lo mismo: Macarrones con queso, ensalada, y agua para beber. Una vez estuvimos a solas, reanudamos la conversación.

—Sé perfectamente porque te resistes tanto, pero debes avanzar, y dejar tu miedo a un lado, Amy. No todos los tíos son como Clive.

—Lo sé, Maddy, pero no puedo evitarlo. A ver, admito que Nathan me gusta. Sin embargo, ¿qué pasa si yo a él no le gusto? Además, aún sigue colado por su ex.

—Bueno, si la ha querido durante tantos años, es normal que aún sienta algo por ella. De todas formas, ¿por qué no te planteas esto como algo efímero? Quedáis, os echáis unas risas, y una cosa lleva a la otra. Os liais de vez en cuando, sin amor ni nada, solo sexo. Así ninguno de los dos sufre.

Yo torcí el gesto, ya que no me convencía demasiado la idea.

—No creo que sea capaz de hacer eso. Cuando me entrego, lo hago del todo, no a medias. Además, necesito tener confianza con la persona, y conocerla bien para poder compartir ciertas cosas.

Maddy se encogió de hombros.

—Bueno, a Nathan lo conoces. Hablas mucho con él y os habéis hecho confianzas, según me cuentas. Además, un poco de locura no te hará daño.

No respondí, aunque consideré seriamente la idea. Quizás me vendría bien soltarme un poco y dejar de ser tan cerrada en ciertos aspectos.

Regresé a casa totalmente agotada, porque aparte del vestido, Maddy insistió en que me comprara ropa interior sexy por si acaso, y habíamos estado recorriendo tiendas durante el resto de la tarde.

Al final, compré tres conjuntos de ropa interior de encaje de color negro, blanco y rojo. No sabía si los utilizaría, aunque Maddy estaba convencida de que sí.

Me di una ducha, y a continuación, me puse el pijama y mis zapatillas de andar por casa. Me senté en el sofá y encendí el televisor.

Sin darme cuenta, había puesto un programa de cotilleos, donde estaban entrevistando a un famoso. De repente, me percaté de quien era, y abrí mucho los ojos. ¡Era Chuck Miles de los Rock Rangers!

En ese instante, pensé en el pobre Nathan. Solo esperaba que no estuviera viendo la entrevista. El tal Chuck, con sus brazos tatuados, sus vaqueros rasgados y su actitud rebelde, era un notable contraste con la presentadora, que iba vestida con un traje negro de chaqueta y su melena rubia perfectamente peinada.

—Bueno, Chuck, tengo que darte la enhorabuena. No solo los Rock Rangers lleváis más de una semana en el número uno de las listas de ventas con vuestro último disco, sino que, a nivel personal, vas a dar un paso importante—explicó la presentadora.

Chuck dibujó una sonrisa ladeada, y a mí, no supe por qué, me hirvió la sangre. En ese momento, sonó mi teléfono. Miré la pantalla y comprobé que tenía un mensaje.

NATHAN_20:05

Pon el canal 4.

AMY_20:06

Lo estoy viendo ahora. Menudo idiota ese Chuck. No sé de qué va.

NATHAN_20:07

Con esos vaqueros rasgados parece que le han atacado los lobos.

Yo me reí ante el comentario, y miré al televisor. Sí, efectivamente, parecía que le había atacado un animal salvaje.

—Casualmente, mi novia está en el plató. ¡Saluda, Liz! —dijo Chuck, mirando detrás de la cámara.

En ese momento, el tiempo se detuvo mientras la cámara apuntaba a una mujer vestida igual que Chuck, con pantalones rasgados y chupa de cuero negra. Esa era Liz. La Liz de Nathan.

Mi pulso se aceleró, mientras miraba de reojo el teléfono. Nathan no decía nada. Seguramente, estaba destrozado.

De repente, mi teléfono empezó a sonar. Esta vez era una llamada de él. Descolgué, y al otro lado de la línea pude oír su voz.

—A ella no la han atacado los lobos, le ha atacado un oso—me dijo entre risas.

Yo me reí también.

—Sí, eso parece—comenté. Al instante, dejé de reírme—. Oye, ¿estás bien?

Oí cómo suspiraba.

—Sí, no te preocupes, ya no me duele verla ahí, sonriendo. Creo que lo estoy superando.

—¡Así se habla! Es lo que debes hacer, reírte del asunto.

—También ayuda el hecho de que estoy compartiendo esto contigo.

En ese instante, sentí una cálida sensación que me recorrió de arriba abajo.

—¿Ah sí?

Mi respiración se agitó y noté cómo mi corazón latía a toda velocidad.

—Sí, gracias a ti, creo que lo estoy superando. Me ayuda mucho hablar contigo porque sabes cómo me siento.

Al escuchar eso, comprendí que me había ilusionado sin motivo. Claro que sabía cómo se sentía, porque nos unía el hecho de haber fracasado en el amor. No había nada más.

—Por supuesto. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites—respondí.

—Lo mismo digo.

De repente, se hizo el silencio entre nosotros, y empezó a resultar incómodo, así que decidí poner fin a la conversación.

—Bueno, será mejor que te deje, voy a preparar la cena...

—Claro, no hay problema. Yo voy a hacer lo mismo. Por cierto, ¿sigue en pie lo de la fiesta?

—Claro que sí. ¿Vienes a buscarme a las seis?

—Sí, allí estaré.

—Perfecto. Buenas noches.

—¡Amy!

—¿Sí?

—Me ha encantado oír tu voz. Necesitaba escucharla. Que descanses.

Dicho esto, colgó, y yo me quedé con cara de asombro. ¿Necesitaba escuchar mi voz? ¿Por qué? No había nada especial en mi voz. De nuevo, mi corazón empezó a latir a toda velocidad.

Bueno, lo cierto era que me había gustado hablar con él, aunque solo fuera un momento. Durante esos días que no nos habíamos visto, había estado pensando en él. Ahora tenía muchas

ganas de que llegara la fiesta.

Saqué el vestido de la bolsa, y me lo puse por encima. Me miré en el espejo de cuerpo entero que tenía en mi habitación, y sonreí. Me gustaba lo que veía.

Sin embargo, sentía que me faltaba algo: Locura, pasión, desenfreno. Quizás Maddy tuviera razón. ¿Y si me dejaba llevar y hacía locuras con Nathan?

Capítulo 14

Nathan

Desde que hablamos aquella noche por teléfono, he estado teniendo sueños muy intensos protagonizados por Amy y por mí.

Y cuando digo intensos, me refiero a llenos de escenas subidas de tono. Nos besamos y hacemos el amor cada noche, de distintas formas y en diferentes contextos. Estaba claro que no podía negar la evidencia: Amy me gustaba mucho.

Esa noche íbamos a acudir juntos a la fiesta de Jacqueline Copeland y estaba bastante nervioso. No solo porque este tipo de eventos me estresaban un poco, sino porque iba a tener que mirar a Amy a la cara después de haberla desnudado en sueños. Esperaba que no notara nada.

Me miré en el espejo, y examiné mi aspecto. Estaba impecable con mi barba perfectamente recortada, mi traje y mis zapatos negros, y mi camisa blanca. Me alisé la chaqueta y respiré hondo. Había llegado la hora de ir a buscar a Amy.

Salí de casa luciendo mi abrigo largo negro y mi bufanda gris. Hoy hacía mucho frío, y debía andar con cuidado para no resbalarme y caer sobre la nieve. Seguramente, esa noche volvería a nevar.

Subí al coche, y a los pocos minutos estaba delante de la puerta de la casa de Amy. Bajé, y llamé al telefonillo. Me abrió y enseguida llegué a su puerta, que estaba entreabierta.

—Pasa, no tardo más de un minuto—me dijo desde alguna parte de la casa.

Cerré la puerta tras de mí, y al instante, entré en calor. Observé la pequeña y acogedora estancia, decorada con muebles de madera, y colores suaves, que daban una agradable sensación de calidez.

En ese momento, Amy apareció delante de mí con un precioso vestido de color negro.

—Ya estoy. Me pongo el abrigo y nos vamos—comentó, sonriente.

Yo me quedé sin palabras al verla. El vestido se ajustaba a su cuerpo a la perfección, y estaba preciosa con un maquillaje suave, los labios pintados de color rosa oscuro, y sus bonitos ojos color miel resplandecían cuando me miraba. Llevaba su melena recogida en un moño, y unos delicados mechones caían a ambos lados de su cara. Elegante y hermosa. Amy en estado puro.

Le ayudé a colocarse el abrigo largo negro y la bufanda, y llegó a mi nariz un dulce olor a frambuesa. Cerré los ojos y respiré hondo. Estar tan cerca de ella hacía que me acordara de los sueños que había tenido, y eso me ponía tenso.

Salimos de la casa, y llegamos al coche caminando despacio, procurando no resbalarmos.

Finalmente, nos pusimos en marcha, y en cuanto conecté la calefacción, entramos en calor.

—¿Cómo te ha ido la semana? —preguntó ella.

—Bien, mucho trabajo. ¿Y a ti? —respondí, con la vista centrada en la carretera.

—Bien, con mucho trabajo también.

Se hizo el silencio, y noté que ambos estábamos nerviosos. Parecíamos dos adolescentes que no sabían de qué hablar. Decidí encender la radio para relajar la atmósfera. Enseguida, empezó a sonar la canción *Say you, say me* de Lionel Ritchie, una de mis preferidas.

La música envolvió el ambiente, y empecé tararear la canción. Al momento, escuché a mi lado

otra voz. Amy estaba haciendo lo mismo. Nos miramos y sonreímos.

Finalmente, cantamos sin reparos, haciendo los coros a Lionel Ritchie. Después, empezó a sonar *Nikita* de Elton John y volvimos a hacer lo mismo. Nos la sabíamos entera, cada palabra, cada estrofa. Sonreímos y disfrutamos de la música hasta que llegamos a Winnetka. No hablamos. No nos hacía falta. Lo estábamos pasando en grande.

La fiesta terminó con un himno a la amistad: *Wannabe* de las Spice Girls. Parecíamos dos quinceañeras cantando al ritmo de las chicas picantes. Lo cierto era que esta canción me gustaba mucho y me la aprendí para bailarla con mi hermana. Bueno, también era importante añadir que Geri Halliwell fue uno de mis primeros mitos eróticos y me encantaba verla en los videoclips.

Estábamos cantando a pleno pulmón, cuando me di cuenta de que ya estábamos delante de la puerta de la mansión. Teníamos que terminar nuestra fiesta para entrar en otra, aunque no creía que alguien fuera a poner a las Spice Girls a todo volumen.

Le ofrecí a Amy el brazo y lo agarró. En ese instante, sentí su calor y volví a ponerme nervioso. Llamamos a la puerta, y nos abrió un señor con traje y pajarita que nos dio la bienvenida. Dejamos nuestros abrigos, y una vez más, pude observar a Amy en todo su esplendor. Me percaté enseguida de que atraía las miradas de algunos de los invitados, algo absolutamente comprensible, porque Amy estaba deslumbrante.

Nos adentramos en el vestíbulo y llegamos al salón, donde estaba Jaqueline hablando con otros invitados. Atisé a Gary y a los demás a lo lejos, en la mesa alargada donde había servidos algunos canapés y bebidas. Los chicos se estaban poniendo hasta arriba de comida, y no pude evitar reírme.

—¿De qué te ríes? —preguntó Amy, mirándome con curiosidad.

—Parece que los chicos lo están dando todo—respondí, señalando con la mirada en dirección a Gary y compañía.

Amy se rio al verlos.

—Bueno, es una fiesta, y las fiestas están para desmadrarse un poco.

—¡Buenas noches, pareja! —nos saludó Jaqueline mientras se acercaba a nosotros, vestida con un elegante traje rojo largo sin escote, y un llamativo collar de diamantes colgado de su cuello.

—Buenas noches, señora Copeland.

—Jaqueline, Nathan, solo Jaqueline. Y no me trates de usted, me haces sentir mayor—respondió, guiñándome un ojo—. ¡Amy! ¡Estás guapísima! Me encanta. Estás muy elegante.

Observé como Amy se sonrojaba, y suspiré sin darle cuenta. Estaba preciosa cuando se ruborizaba.

—Gracias, Jaqueline. Tú también estás muy guapa.

Jaqueline torció el gesto y se rio.

—¿Esta antigualla? Me lo compré hace cinco años. Es un modelo exclusivo de Ralph Lauren. Llevaba mucho tiempo sin lucirlo, y pensé que hoy sería la ocasión perfecta. Bueno, ahora divertiros. Paseaos un poco, comer algo, bailar, beber. ¡Hoy es un día de celebración!

Volvimos a quedarnos solos, y empezamos a pasearnos entre la gente. Un camarero que portaba una bandeja llena de copas de champagne nos ofreció una. Llegamos hasta la mesa de la comida, y allí nos reunimos con mi equipo.

Durante largo rato, conversamos entre todos, nos reímos e intercambiamos impresiones sobre el trabajo realizado. Lo cierto era que todo había quedado de maravilla.

Comprobé que Amy tenía muy buena sintonía con mis compañeros de trabajo. Hablaba con

ellos de cualquier tema, y se mostraba agradable y atenta todo el tiempo. Amy era alguien que te hacía sentir cómodo. Y yo que pensé al principio que era una borde. Claramente, la primera impresión no siempre es la acertada.

Mientras estábamos todos charlando, vimos a lo lejos a Betty Velvet, que llegó vestida con un traje negro de lentejuelas y una llamativa chaqueta amarilla hecha del mismo material. Iba con su pelo lleno de laca, y sus inseparables gafas de pasta. Nos saludó con la mano desde donde estaba y se acercó a saludarnos.

—¡Queridos míos! ¡Qué maravilla! Esta casa es una obra de arte—dijo.

—Sí, eso creo—respondí.

—Es mi visión artística, querido. Mi arte se ha apoderado de esta casa. Aunque bueno, vosotros también habéis hecho vuestra parte...

Yo alcé una ceja.

—Eres muy considerada, Betty.

Ella sonrió.

—¡Lo sé! Es otra de mis virtudes. Bueno, querido, te dejo, tengo que saludar a mis fans. Ciao! Ahí estaba, la humildad en persona vestida con un traje de lentejuelas. Nótese la ironía.

Después, Jacqueline se reunió con nosotros, aunque por poco tiempo, porque se llevó a Amy para presentarle a alguien.

Yo las seguí con la mirada, y vi como Jacqueline le presentaba a un hombre trajeado, que la miraba sonriente. Amy le estrechó la mano, y conversaron durante un rato. No fui capaz de apartar mis ojos de ella. Observé los movimientos de sus manos, sus gestos, y los grabé en mi mente. No entendía por qué.

Seguramente, para recordarlos más tarde, en mis sueños. ¿Cómo movía las manos Liz? Ya no lo recordaba. Ahora era Amy quien ocupaba mis pensamientos, y de quien quería saberlo todo.

—¿Qué? ¿Cómo va la cosa? —preguntó Gary, dándome una palmadita en el hombro y devolviéndome a la Tierra.

Yo me encogí de hombros.

—Bien, supongo.

—¿Habéis pasado a la siguiente fase?

Yo fruncí el ceño.

—Gary, no hemos llegado a ninguna fase. No hay nada entre nosotros.

—Pues deberías darte prisa, porque el chupatintas ese creo que va a tomarte la delantera. Se la está comiendo con los ojos. Tienes que hacer el saque ya o se acabará el partido antes de empezar.

En ese momento, me di cuenta de que el tipo se le acercaba demasiado, y Amy parecía incómoda. Entonces, la indignación y la furia se apoderaron de mí.

—Si me disculpas—dije, dejando la copa encima de la mesa y dirigiéndome hacia donde Amy estaba.

Llegué enseguida, y el tipo me dedicó un gesto de fastidio. No me importaba. No pensaba dejar a Amy a merced de ese baboso que la estaba incomodando.

—Amy, por favor, ¿puedes venir conmigo un momento? Tengo que enseñarte una cosa—le comenté, agarrándola del brazo con delicadeza. Ella me miró, agradecida, y asintió. Entonces, fulminé al tipo con la mirada—. Si nos disculpa.

A los pocos minutos, conseguí alejar a Amy de allí.

—Gracias. Me has salvado.

—Es que he visto que parecías incómoda. ¿Te encuentras bien?

Ella asintió enérgicamente con la cabeza.

—Sí, tranquilo. Todo bien—respondió, sonriéndome—. Oye, voy a salir a tomar el aire. Con tanta gente me agobio.

—Me pasa lo mismo. Cada vez soporto menos las aglomeraciones. Ven, vamos a coger los abrigos.

Minutos después, estábamos en el jardín de la casa. En la zona de la terraza, donde el suelo estaba pavimentado, el césped se abría paso en una amplia extensión, donde reinaba el color blanco de la nieve. Aunque hacía bastante frío, estaba realmente a gusto respirando un poco de aire fresco.

Miré a Amy, que estaba de pie a mi lado, con los brazos cruzados sobre su pecho, y los ojos posados en el suelo nevado que teníamos delante.

—¿Te gusta la nieve, Nathan? —me preguntó sin mirarme.

Yo fijé la vista al frente y respondí:

—Sí, me gusta. Me recuerda a mi infancia. En Silver Falls siempre nieva en esta época del año. ¿Y a ti?

—A mí también me gusta. Creo que la nieve tiene algo de magia. ¿Has visto un copo a través de un microscopio? Mi abuelo paterno me contó de pequeña, que esas formas estaban talladas por los duendes que viven en los bosques nevados.

Yo sonreí ante semejante explicación.

—Bueno, nunca había oído esa teoría. A mí no me lo explicaron así. Me dieron la versión científica, pero creo que la tuya es más bonita.

La oí reírse.

—Sí, es más bonita, desde luego.

—¿Y por qué dices que la nieve tiene algo de magia?

Mi pregunta se quedó sin respuesta, porque en ese momento, empezó a nevar. De repente, Amy se apartó de mi lado y caminó en dirección al césped nevado. La nieve comenzó a caerle encima, llenando su pelo y su abrigo de copos. Alzó la cabeza, extendió los brazos, cerró los ojos y sonrió.

En ese instante, sentí que estaba bajo el influjo de algún tipo de hechizo, y no pude apartar mis ojos de Amy. Para mí, era la mujer más hermosa del mundo.

Como si alguien guiara mis pasos, me adentré en el césped nevado, y llegué hasta ella. Cuando sintió mi presencia, abrió los ojos, y me miró. Mi pulso se aceleró, mi respiración comenzó a agitarse, y sentí un cosquilleo en la boca del estómago.

Me acerqué a sus labios, y al fin, la besé. Despacio, con suavidad, queriendo saborear ese momento. Acaricié su mejilla y sentí la calidez de su piel. Nada importaba en ese momento. Solo pensaba en Amy, y en lo feliz que me sentía besándola.

Nos separamos, y ella me observó con sus preciosos ojos color miel. No sabía qué estaría pensando, y el miedo me invadió. ¿Y si había hecho lo que no debía? Me aparté e intenté arreglarlo.

—Yo... Perdona, no era mi intención...

No me dio tiempo a terminar la frase, porque Amy se abalanzó sobre mí, me rodeó la nuca con sus brazos y me silenció con un beso apasionado. Mordisqueó mis labios con delicadeza, y después, introdujo su lengua en mi boca.

Nuestras lenguas se acariciaron, y sentí que estaba tocando el cielo. La rodeé con mis brazos y

la estreché más contra mí. Ambos ahogamos un gemido, y a continuación, nos separamos, aunque seguimos abrazados.

—Nunca pidas perdón por besarme—me dijo, dibujando una dulce sonrisa que me desarmó por completo.

Yo sonreí.

—De acuerdo, no volveré a pedir perdón por besarte.

Reanudamos el beso, y después de unos minutos, regresamos al interior de la casa, comportándonos como si nada hubiera ocurrido. Preferíamos ser discretos por el momento.

Una hora después, decidimos regresar a Chicago. El silencio reinó entre nosotros, pero no fue una situación incómoda. Al contrario, estábamos muy a gusto en compañía del otro. Le dediqué miradas furtivas, al igual que ella hizo conmigo.

No sabía qué ocurriría a partir de entonces. Lo único de lo que estaba seguro era de que Amy me gustaba, y ella me correspondía. Y no pensaba dejar pasar la oportunidad de saber qué podía suceder entre nosotros.

Llegamos finalmente a la puerta de su casa. No me invitó a subir, sin embargo, no me importó. Lo mejor era ir despacio. Antes de salir del coche, se acercó a mí, me acarició la barba y me dio un beso.

—Gracias por acompañarme—me dijo con timidez.

—No hay de qué. Me lo he pasado muy bien.

—Yo también—me respondió con una sonrisa.

—Oye, respecto a lo de antes... Quiero que sepas que me ha encantado.

—Y a mí. De hecho, puede que suene atrevido, pero... Me encantaría... Repetirlo... Aunque en un lugar más íntimo—comentó, mirándome de reojo.

Yo sonreí.

—¿Quieres que salgamos a cenar el viernes que viene?

—¿Me estás pidiendo una cita? —preguntó ella con cierta picardía.

Yo me reí.

—¡Por supuesto!

Ella se mordió el labio inferior, y me entraron ganas de volver a besarla.

—Vale, hablamos entonces. Buenas noches, Nathan.

Se giró, y cuando estaba a punto de salir, la agarré por la muñeca y tiré de ella, hasta que estuvimos cara a cara. Entonces, le di un beso de despedida.

—Buenas noches—dije.

A continuación, se apartó de mí con una sonrisa y salió del coche. Vi que entraba en su casa, y esperé a que encendiera la luz de su apartamento, cuya ventana podía verse desde donde yo estaba.

En ese momento, puse rumbo a casa. Mi cara lo decía todo. Estaba contento y me sentía de maravilla. ¿Qué podía esperar de todo esto? No lo sabía. Sin embargo, estaba deseando averiguarlo.

Capítulo 15

Amy

Era jueves, y al día siguiente tendría mi primera cita con Nathan. Bueno, en realidad no era la primera vez que quedábamos. Sin embargo, esta ocasión era diferente, porque nos habíamos besado, y eso nos convertía en algo más que amigos. Aunque lo nuestro estaba aún por definir.

Llevaba desde aquella noche subida en una nube. Sonreía sin motivo aparente, y no dejaba de pensar en Nathan. En el roce de sus labios, en la calidez de su tacto, en su mirada, en su sonrisa. Cada vez que lo recordaba, me entraba un cosquilleo en el estómago. Estaba deseando repetir ese momento.

—Amy, a mi despacho, y trae la libreta, tengo que dictarte algo.

De repente, la voz de Jaqueline llamándome desde el interfono me sacó de mi ensimismamiento. Me dirigí a su despacho, golpeé la puerta con los nudillos, y me instó a entrar. Me senté en la silla, delante de su escritorio, crucé las piernas, y acomodé la libreta sobre mi regazo, dispuesta a escribir cuando empezara a dictar.

—Puede empezar cuando quiera—le indiqué.

Jaqueline se echó hacia atrás, y acomodó su espalda en el respaldo acolchado de su silla, sin dejar de mirarme.

—¿No tienes nada que contarme?

Yo fruncí el ceño.

—No, que yo sepa. ¿Ocurre algo?

Jaqueline abrió mucho los ojos.

—¿¡Será posible!?! ¡Mira que eres mala! ¿Cuándo ibas a contarme que estás liada con Nathan Kendall?

Yo abrí los ojos y la boca, totalmente asombrada.

—¿Cómo sabe eso?

—Betty Velvet os vio desde una de las ventanas, y me lo contó. Yo, al principio, no la creí, ya sabes que cuando lleva unas cuantas copas de más, empieza a inventarse cosas. Así que indagué, y por lo visto, os vio más gente. ¿Por qué no me lo dijiste?

Yo tragué saliva. Parecía enfadada y yo no sabía muy bien cómo explicar el asunto.

—Bueno, es que no creí que fuera importante...

—¿¡Qué no es importante!?! ¡Amy! Por fin, después del idiota de Clive, te lías con alguien. Es muy importante. Ya era hora de que conocieras a alguien y te enamoraras.

Yo alcé la mano.

—Un momento. No estoy enamorada. Solo somos amigos... Bueno, en realidad, más que amigos.

Observé como Jaqueline alzaba una ceja.

—¿En serio no estás enamorada? Porque a mí me parece que Nathan te gusta mucho.

—Me gusta, pero de ahí a estar enamorada hay un paso considerable.

—De todas formas, me alegro por los dos. Creo que hacéis muy buena pareja. Y, además, siempre viene bien echar un polvo. Eso quita el estrés. —Yo la miré, totalmente asombrada.

Jaqueline siempre se ha caracterizado por su franqueza—. Y recuerda usar protección.

Yo asentí, aún sorprendida. A pesar de tener una jefa un poco cotilla, que era demasiado honesta a veces, sabía con certeza que me apreciaba y que todo lo que me decía era por mi bien.

Minutos después, mientras estaba tecleando en el ordenador, recibí un mensaje de Nathan. Automáticamente sonreí, y pasé a leer el mensaje.

No obstante, pronto mi sonrisa se tornó en un gesto de decepción.

NATHAN_11:00

Hola, Amy. Tengo que comentarte un problemilla que ha surgido. Verás, no recordaba que mi hermana Ellen viene a Chicago este fin de semana, y había quedado en cenar con ella mañana, cuando llegue. Me temo que vamos a tener que posponer la cita. Lo siento mucho, de verdad. Te lo compensaré. Lo prometo.

Bueno, era demasiado bonito para ser verdad.

AMY_11:01

No te preocupes. Ya nos veremos en otra ocasión ;)

Volví a concentrarme en mi tarea, procurando olvidar la decepción que el mensaje me había producido. De repente, un pensamiento vino a mi mente. ¿Y si el universo me estaba mandando señales? A lo mejor esto era un mal presagio. Sacudí mi cabeza. ¿En qué narices estaba pensando?

Diez minutos más tarde, volvió a sonar mi teléfono. Me había llegado un nuevo mensaje de Nathan.

NATHAN_11:16

Oye, ¿querrías cenar con nosotros? Le he hablado a mi hermana de ti y quiere conocerte.

Me llevé una sorpresa ante esa inesperada propuesta, y al instante, me asaltaron las dudas. ¿No era demasiado pronto para conocer a un familiar? Porque aún no habíamos definido cual era nuestra relación.

AMY_11:17

¿Crees que eso estaría bien? No quiero importunaros.

NATHAN_11:18

Te advierto que mi hermana es muy persistente, y es capaz de sonsacarme tu número para llamarte y convencerte. Insiste en que quiere conocerte. No te preocupes. Es un encanto y es muy simpática.

Yo me mordí el labio inferior. No sabía qué hacer. Por un lado, quería ver a Nathan, pero por otro, no sabía qué implicaría todo aquello. Entonces, recibí otro mensaje de él.

NATHAN_11:19

Me haría muy feliz que vinieras. Llevo toda la semana pensando en nuestra cita, y quiero verte.

Vale, me ha desarmado. Ante eso, no podía decir que no. Sonreí y contesté:

AMY_11:20

Está bien. ¿Nos vemos en el mismo sitio a la misma hora?

NATHAN_11:21

Sí. Nos vemos allí. Un beso.



Habíamos quedado en el restaurante Zorba a las ocho y media. Llegué, y el sitio estaba abarrotado. Menos mal que Nathan había reservado mesa.

Esa noche, llevaba unos pantalones de vestir grises, una blusa de manga larga de color vainilla y unos botines negros. Me había puesto un poco de maquillaje, sombra de color arena, lápiz de ojos negro y labios de color rosa.

Vi a Nathan sentado en una mesa al fondo del local, acompañado de su hermana. Nathan me vio y sonrió. Ahora sentía que me fallaban las fuerzas. El recuerdo del beso regresó a mi mente en ese instante.

Llegué hasta la mesa y se levantó. Me dio un tímido beso en los labios, y noté como una especie de corriente eléctrica recorría todo mi cuerpo. Estaba muy guapo con una camisa de color azul oscuro que se ajustaba a su cuerpo.

—Amy, te presento a Ellen, mi hermana—dijo.

Las dos nos estrechamos la mano, y enseguida me senté al lado de Nathan, que me acarició la mano por debajo de la mesa. Nuestras miradas se encontraron, y empecé a sentir mucho calor.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Amy. Nathan me ha hablado mucho de ti—comentó Ellen.

Centré mi atención en ella, y la observé bien. Llevaba una blusa de color verde, y su pelo liso, negro y brillante, le llegaba por debajo de los hombros. Tenía los ojos del mismo color que Nathan. Lo cierto era que se parecían mucho.

—¿Ah sí? ¿Y qué te ha contado?

—De todo un poco. Cómo os conocisteis, y todo eso. Me ha dicho que trabajas para Jaqueline Copeland.

—Así es.

—Vaya, he oído hablar mucho de ella. ¿Es tan excéntrica como la pintan?

—Bueno, es alguien peculiar. Pero es una buena jefa.

—Ten cuidado, no le cuentes demasiadas cosas, o las publicará en la edición del lunes del Silver Falls Journal—me advirtió Nathan, divertido.

Ellen torció el gesto, y me hizo gracia. Parecía una niña pequeña enfadada con su hermano mayor.

—¡Qué gracioso eres! No le hagas caso, Amy. Siempre está enredando—comentó ella.

Nathan puso gesto dramático, fingiendo indignación.

—¿¡Yo!?! Pero si soy una persona maravillosa que no se mete con nadie.

—Ya, ya. Amy, no te dejes engañar—dijo Ellen—. Sus ojitos de cachorro abandonado siempre le ayudan a salirse con la suya.

Yo me reí, y miré a Nathan, que, en ese momento, me dedicó una mirada de cachorrito abandonado. Con ese gesto, daban ganas de abrazarlo. Me encantaba ese aire travieso que tenía.

Durante el resto de la cena, Ellen y Nathan hablaron de Silver Falls, de su infancia, de su

adolescencia.

—Siempre tenía que ir detrás de ella, porque era un peligro andante. Le encantaba subirse a los árboles, a los armarios, a las estanterías. Podría haberme sacado el título de bombero en aquella época—explicó Nathan.

—Eso no te lo niego. Aunque he cambiado. Ya no soy un peligro andante.

—No, ahora eres un peligro al volante.

Ellen le miró con indignación.

—¡Vamos! ¡No exageres! No conduzco tan mal.

—¿Cuántas veces suspendiste antes de conseguir la licencia? —preguntó Nathan, mirándola con una ceja alzada.

Ellen desvió la mirada y contestó:

—Tres...

—Ahí lo tienes—sentenció Nathan, mirándome.

Ellen torció el gesto, y decidí salir en su defensa.

—Bueno, ya sabes lo que dicen: A la tercera va la vencida. Eso quiere decir que se esforzó para conseguirlo.

Ellen asintió y sonrió.

—Amy sí que me comprende.

Nathan y yo nos reímos, y volvimos a cruzar nuestras miradas. Estaba muy cómoda a su lado.

Más tarde, Ellen me hizo preguntas sobre mi pasado y sobre las cosas que me gustaban. Nathan a veces intentaba detener el interrogatorio, sin embargo, a mí no me importaba contestar. Entendía que, después de lo de Liz, se preocupara y quisiera saber más de mí. Yo habría hecho lo mismo si estuviera en su lugar.

Terminamos de cenar y acompañamos a Ellen a su hotel, que estaba a pocos metros del restaurante. Nos despedimos de ella en la puerta, y antes de marcharnos, Ellen se acercó a Nathan, y le dijo algo al oído. Debió ser algo agradable, porque le hizo sonreír.

Finalmente, Nathan detuvo el coche en la puerta de mi casa.

—Me lo he pasado muy bien esta noche. Tu hermana es un encanto.

—Ya te lo dije. Me ha dicho que le has caído muy bien.

Yo sonreí ante esa afirmación.

—Me alegra mucho saberlo.

De repente, Nathan agarró mi mano y acarició el dorso con el dedo pulgar, gesto que me agradó y me hizo estremecer.

—¿Mañana por la noche tienes planes? —me preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

Yo sentí que me faltaba el aire.

—No, no tengo planes.

Él sonrió y se mordió el labio inferior de forma muy sensual.

—¿Te apetecería cenar en mi casa y quedarte a pasar la noche?

En ese momento, todo se detuvo a mi alrededor, y consideré las implicaciones de la propuesta. Si me quedaba en su casa, eso significaría que íbamos a dar un paso más. Y uno muy ardiente. Una parte de mí, la Amy recta y tímida, dudaba. Sin embargo, la Amy ávida de aventuras gritaba con más fuerza, y al final, decidí hacerle caso.

—Sí, me apetecería mucho.

Al instante, Nathan acarició mi mejilla con la palma de su mano, se acercó a mí, y me besó. Cuando se separó, me acarició el pelo, y dijo:

—Ojalá tuviera el super poder de adelantar todos los relojes, para que ahora sea mañana.

Yo me reí ante la ocurrencia y le besé con ternura. Me encantaban sus labios, suaves y deliciosos.

Llegué a casa y cerré la puerta tras de mí. No sabía cómo había sido capaz de subir las escaleras. Mis pies habían tomado las riendas de mis pasos en mi lugar. Suspiré, sonriente.

Había sido una noche fantástica, lo había pasado en grande y había tenido la oportunidad de saber más cosas de Nathan. Me sentía especial, tras haber compartido aquel momento tan familiar con él.

De repente, me di cuenta de que, al día siguiente, a esa misma hora, seguramente estaría metida con Nathan bajo las sábanas de su cama. Fui a mi habitación y abrí el cajón de la ropa interior. Saqué las bragas de encaje de color rojo que compré con Maddy. Al final, iba a usarlas antes de lo esperado.

Capítulo 16

Nathan

El salmón estaba casi a punto, y estaba terminando de hacer la ensalada de tomates cherry, lechuga, y queso mozzarella que iba a acompañar al plato principal esa noche. Llevaba el delantal puesto sobre unos vaqueros negros ajustados, y una camisa de cuadros azul y blanca.

Estaba nervioso, pero a la vez, emocionado. Amy y yo íbamos a pasar la noche juntos, y estaba deseando que llegara. ¿Le gustaría la cena? No era un gran cocinero, aunque sabía manejarme bastante bien, siguiendo las recetas de mi madre y mi abuela Ona.

De repente, sonó el teléfono. Me limpié las manos con un trapo, lo cogí y miré la pantalla. Comprobé que tenía un mensaje de Ellen, que esa noche estaba cenando en la convención.

A pesar de que estaba en la ciudad pasando el fin de semana, ayer me dejó claro que no hacía falta que estuviera todo el tiempo con ella. Además, vio claramente el nivel de intimidad que había entre Amy y yo, y me animó a dar el siguiente paso.

—Me gusta mucho Amy. Es una mujer estupenda, no la dejes escapar—me dijo mi hermana al oído anoche.

Yo sonreí al recordar la agradable cena que compartimos los tres. No recordaba que Liz se llevara bien con Ellen o que hablara con ella como si se conocieran de toda la vida. Mi hermana siempre desconfió de Liz, y nunca se mostró tan abierta.

Con Amy, en cambio, todo fue muy distinto. Se llevaron de maravilla nada más conocerse, y mi hermana me dejó claro con ese comentario que Amy le gustaba y que tenía su aprobación. No es que la necesitara, pero sí me aliviaba saber que le había caído bien.

A continuación, leí el mensaje.

ELLEN_20:05

¡A por todas, campeón! No hagas nada que yo no haría ;)

Yo me reí.

NATHAN_20:06

Descuida ;)

En ese momento, sonó el telefonillo. Me dirigí a la puerta y abrí. Amy ya estaba aquí.

Me miré en el espejo y comprobé mi aspecto: Bien peinado, y con la barba perfectamente recortada. Respiré hondo, y salí a recibirla. Me asomé a la puerta, y oí el timbre del ascensor, que acababa de llegar a mi planta. Vi a Leo salir del mismo y a Amy detrás de él. Mi vecino desapareció ante mis ojos, porque solo fui capaz de ver a Amy.

Estaba preciosa con su abrigo largo, su bufanda, una falda corta, las piernas envueltas en medias negras, y unas botas altas. Estaba deseando enredar mis dedos en su suave melena pelirroja, que llevaba suelta, cayendo sobre sus hombros.

—Buenas noches, Nathan. Qué calladito te lo tenías. No sabía que esta noche tenías planes...

—comentó Leo, mirándome con picardía.

Yo sonreí.

—No he tenido ocasión de decírtelo. Pero bueno, ahora ya lo sabes.

Miré a Amy y ella me dedicó una tímida sonrisa, lo que hizo que mi pulso se acelerara.

—Pues nada, os dejo con lo vuestro, tortolitos. Ciao—respondió Leo, metiéndose a continuación en su apartamento.

Nosotros entramos en mi casa, y Amy me dejó su abrigo y su bufanda. Los colgué en el perchero, y entonces me fijé en el resto de su atuendo. Además de la falda negra corta, llevaba una camisa roja de manga larga que se ajustaba perfectamente a sus formas. En su rostro apenas llevaba maquillaje. Estaba realmente preciosa.

—¿Necesitas que te ayude en algo? —preguntó, sacándome de mi ensimismamiento.

—No te preocupes, ya está todo preparado. Solo queda sacar el pescado del horno. Ponte cómoda, estás en tu casa—le respondí mientras la conducía al salón.

Me dirigí a la cocina, y saqué el pescado del horno. Serví dos copas de vino blanco, fui al salón, y le entregué una a ella.

—Gracias. Por cierto, me encanta el delantal—comentó con una sonrisa.

Yo miré hacia abajo y me di cuenta del despiste. Me lo había dejado puesto. Entonces, me lo quité rápidamente.

—Estaba tan nervioso que se me ha olvidado quitármelo.

—¿Por qué estás tan nervioso? Solo es una cena. Bueno... Una cena y algo más... Pero no hay que ponerse nervioso ¿no? Supongo...

Amy agachó la mirada, y observé que también ella estaba un poco inquieta. Sonreí, y decidí relajar la tensión.

—¡Vamos a cenar! Quiero saber lo que opinas de mis habilidades culinarias.

Nos sentamos a la mesa, y traje la bandeja con el pescado y el cuenco con la ensalada. Le serví una porción de salmón, unas cebollas pequeñas y un poco de ensalada, y mientras comíamos, charlamos animadamente.

—Así que, te gusta hacer puzles—comenté.

—Sí, me puedo pasar horas haciéndolos. Me distraen y me relajan.

—¿Cuál es el puzle más grande que has llegado a hacer?

—Mil piezas. Lo hice con mi padre hace años.

—¿A él también le gustan los puzles?

—Sí, creo que he heredado eso de él, además de mi melena pelirroja. —Los dos sonreímos, y a continuación, Amy fijó su vista en el Halcón Milenario de LEGO que tenía en el salón—. Y a ti te gustan los LEGO, por lo que veo.

—Sí, me gustan. Ese lo tengo desde hace muchos años. Lo conservo como un tesoro.

Amy paseó su vista por las paredes, y se detuvo en un punto concreto: En el cuadro con la foto de Fallingwater.

—Hace muchos años, en California, conocí a un niño al que le encantaba esa construcción. Yo nunca había oído hablar de ella. No sabía nada de arquitectura. Y se empeñó en replicar Fallingwater en la arena de la playa—me explicó, riéndose—. No lo conseguimos, pero me lo pasé muy bien intentándolo.

En ese momento, el recuerdo de aquella tarde de verano volvió a mí y me transportó al pasado. Al escuchar lo que había dicho Amy, sentí algo extraño dentro de mí. ¿No será...? No, eso era imposible. Aunque lo cierto era que se parecía a aquella niña, y, además, el relato

coincidía.

—Por casualidad, no estarías en la playa de Venice, una tarde de julio de 1994 ¿verdad? —inquirí.

Se hizo el silencio, y Amy y yo nos miramos. Ella con asombro y yo con desconcierto.

—¿Eras tú? ¿El niño que estaba triste porque una niña le había rechazado? —preguntó.

Yo asentí, y apoyé mi espalda en el respaldo de la silla. Estaba totalmente perplejo. No podía creerlo. ¿El destino nos había unido o algo así? Al instante, nos miramos de nuevo, y sonreímos.

—¡Increíble! Ahora tiene mucho sentido la frase “El mundo es un pañuelo”—afirmó Amy.

—¡Desde luego! El caso es que, tus ojos me llamaron la atención porque me recordaban a esa niña. ¡Pero ni en un millón de años me habría imaginado que eras tú! —respondí, aún sorprendido.

—¡Lo sé! Es lógico. ¿Cuántas posibilidades hay en este mundo de encontrarte con un desconocido dos veces? ¿Una entre un millón?

—Pues parece que estábamos destinados a encontrarnos. ¿No te parece?

Volvimos a mirarnos, y sentí un cosquilleo en el estómago. Esos ojos color miel eran mi perdición.

Terminamos de cenar, y nos sentamos a tomar el postre en el sofá: Mouse de chocolate, esponjosa y dulce. Mientras, seguimos conversando.

—Debe ser increíble tener un familiar que trabaje en la industria del cine. Seguro que conoces a muchos famosos—dijo Amy.

—Bueno, asistimos a algún rodaje, aunque solo he tenido la oportunidad de conocer a Jeremy Irons y a Kevin Costner.

—¿Y te parece poco?

—No, si fue una pasada. Lo que pasa es que me decepcioné con otras estrellas que pasaron de nosotros. A mí tío ni le miran porque solo es el cámara. Toda la atención la tienen el directo, el productor y los actores. Los demás solo están detrás de ellos. Y tú tampoco tienes de qué quejarte. Gracias a Jaqueline, puedes conocer a famosos.

—Al igual que tu tío, yo estoy detrás y soy invisible. La única famosa que me ha dirigido la palabra ha sido Betty Velvet, y ya sabes cómo es.

—Vaya, pues menuda decepción. Pensé que podrías presentarme a Bruce, y conseguir un pase VIP para alguno de sus conciertos.

—¿Bruce? ¿Te refieres a Bruce Springsteen?

—¡Claro! Así le llama Jaqueline. Es amigo suyo.

Amy se rio.

—Es amigo de Jaqueline, no tuyo, así que, menos confianzas. Y en cuanto a lo de las entradas, eso sí puedo conseguirlo. Pero tendrás que darme alguna cosa a cambio...

Yo alcé una ceja.

—Vaya, ahora nos vamos entendiendo. ¿Y qué quiere a cambio, señorita Morton?

Se mordió el labio inferior, me dedicó una mirada cargada de sensualidad, que me hizo estremecer, y se acercó a mí.

—Con un beso será suficiente...

Mi corazón empezó a latir a toda velocidad, mi pulso se aceleró y sentí que la garganta se me secaba. Noté su calor, y me perdí en su mirada. Desvié la vista hacia su boca. ¿Solo quería un beso? Con eso no me bastaba.

Enredé mis dedos en su suave melena, me acerqué a ella, y finalmente, la besé. Empecé suavemente, mordisqueando sus labios con delicadeza, y rápidamente, introduje mi lengua, y

empecé a jugar con la suya.

Un beso no era suficiente para saciarme, necesitaba tenerla más cerca, así que, acabé empujándola delicadamente sobre el sofá, y me puse encima de ella, envolviéndola con mis brazos. Ella hizo lo mismo, rodeando mi cadera con sus largas piernas. Seguramente, ahora mismo estaba notando lo mucho que la deseaba.

Me aparté de sus labios, y descendí por su cuello, repartiendo besos por su tersa piel. Ella se quitó la camisa, dejando al descubierto una camiseta de tirantes oscura. Aún nos sobraba ropa. Quería que fuéramos uno ya, no podía esperar más.

La agarré por el trasero, y la cogí en brazos. Ella tenía sus piernas enganchadas a mi cadera, y sus brazos rodeaban mi cuello, mientras acariciaba mi pelo con sus manos.

Instantes después, la tumbé sobre la cama y volví a devorar sus labios. Ella emitió un suave gemido que me hizo enloquecer, y metí una de mis manos por debajo de su camiseta.

Al momento, la camiseta desapareció. Me quedé mirando su sujetador de color rojo de encaje, y sus pechos, que para mí eran preciosos. Bueno, en mi opinión, Amy era perfecta.

Acaricé la piel que sobresalía del sujetador, y ella empezó a desabrocharme los botones de la camisa.

Me levanté, y rápidamente me desprendí de la camisa y los pantalones.

A continuación, la ayudé a quitarse las medias y la falda, y al cabo de unos segundos, nos quedamos desnudos. Me permití un instante para contemplarla.

—Dios mío, eres preciosa—aseveré lleno de deseo.

Ella sonrió y acarició mi barba. Llené de besos su cuello, su clavícula, y llegué a sus pechos, donde me detuve en sus pezones. Recorrí con mi lengua las puntas suaves y rosadas, y ella emitió un gemido que me excitó más de lo que ya lo estaba.

Después, descendí con mi mano hasta llegar a su sexo. Empecé a hacer movimientos circulares sobre su clítoris, y ella se aferró a mí, elevando sus caderas para darme mayor acceso.

Me encantaba sentirla, tocarla, besarla, y que ella me respondiera de esa forma tan sensual.

—¿Te gusta? —le pregunté con la voz entrecortada.

Ella asintió.

—Por favor, quiero... Ya...

Yo sonreí al comprender lo que quería decir, y me aparté para buscar un preservativo. Una vez lo tuve, me lo puse, y antes de que pudiera hacer nada, Amy se sentó a horcajadas sobre mí. Agarró mi miembro entre sus manos, y lo introdujo en su cuerpo.

Enseguida, sentí que estaba en la gloria al notar su calor, mientras ella movía las caderas. Su movimiento me volvía loco, y ambos empezamos a gemir de placer. Acarició con sus manos mi pecho, y yo la agarré por el trasero, empujándola contra mí. Quería sentirla más cerca. Al cabo de un rato, llegamos al clímax, y nos fundimos en un abrazo, exhaustos. Había sido una experiencia increíble.

Capítulo 17

Amy

La luz que entró por la ventana me despertó. Abrí los ojos y giré la cabeza. Nada más hacer eso, me encontré con unos preciosos ojos verdes que me observaban con ternura.

—Buenos días—me dijo Nathan con una sonrisa.

—Buenos días, ¿cuánto tiempo llevas despierto? —respondí, sonriente.

Él se encogió de hombros y contestó:

—Un rato. ¿Has dormido bien?

Yo me reí al recordar lo tarde que nos acostamos anoche.

—Sí, aunque poco.

Él se rio y me acarició la mejilla. Me encantaba sentir sus manos fuertes y grandes sobre mi piel.

—Bueno, voy a preparar el desayuno. ¡Me muero de hambre! —exclamó, apartando las sábanas y levantándose de la cama.

Me incorporé, con la sábana tapándome por encima del pecho, y me deleité mirando su cuerpo desnudo mientras se vestía con un pantalón de pijama y una camiseta. Me quedé gratamente impresionada anoche al ver que tenía una silueta esbelta, y músculos bien formados.

Antes de marcharse, volvió a la cama y me dio un beso que me dejó sorprendida. Cuando se separó de mí, dijo:

—No podía irme sin darte el beso de buenos días.

Yo me quedé embobada mirándole, y noté cómo mi corazón saltaba de alegría. Salió por la puerta, y yo me tumbé, suspirando, soñadora. Aún no podía creerme lo que había pasado.

Semanas antes, nos llevábamos como el perro y el gato, y ahora estaba tumbada en su cama, desnuda, después de una noche de pasión. Me giré, y acerqué su almohada a mi nariz: Olía a cítrico, el aroma de Nathan.

Decidí levantarme cuando me llegó el olor a café recién hecho. Busqué mi ropa, que estaba esparcida por el suelo, y rápidamente me la puse. Me peiné un poco con las manos, y a continuación, salí de la habitación rumbo al salón.

Cuando llegué, me encontré sobre la mesa dos tazas, y un surtido variado de galletas, cereales y fruta. Nathan estaba sirviendo el café, y sin mirarme, dijo:

—Como no sé exactamente lo que desayunas, he puesto un poco de todo. El café con leche, ¿verdad?

—Sí, por favor—contesté mientras me sentaba.

Tras servirse su café, Nathan se sentó a mi lado. A continuación, cogí una galleta con trozos de chocolate.

—¿Alguna vez pensaste que volverías a verme? —me animé a preguntar.

—Lo cierto es que no. A todo esto, ¿por qué te fuiste tan repentinamente?

—Trasladaban a mi padre a otra base, y teníamos que prepararlo todo. Por eso no pude despedirme.

Nathan asintió.

—Ya veo. La verdad es que me puse muy triste.

Yo le miré, asombrada.

—¿En serio?

—¡Claro que sí! Yo ya te consideraba una amiga, y tenía ganas de volver a verte.

Yo torcí el gesto al pensar en el Nathan niño esperándome.

—Lo siento. Yo también me puse muy triste. Aunque siempre era lo mismo. Nunca fui capaz de hacer amigos de verdad, porque cada vez que conseguía uno, al poco tiempo, me tenía que marchar.

—Bueno, pero el destino nos tenía guardada una sorpresa.

Yo sonreí.

—¡Y menuda sorpresa! Aunque nuestro segundo encuentro no fuera demasiado... Romántico.

—Admito que fui un capullo. Pero ya sabes por qué estaba así. Y ahora, mírame, completamente loco por ti—y dicho esto, me dio un beso en la mejilla que me encantó.

De repente, un pensamiento cruzó mi mente. Era el momento de discutir los términos de esto que estábamos compartiendo. Me puse seria, y me giré hacia Nathan, que estaba bebiendo café. Pareció notar mi cambio de actitud, porque me miró con preocupación.

—Nathan, ¿qué somos exactamente? Es decir, somos amigos. Pero ¿tú quieres ir en serio? Quizás sea pronto, no sé...

Él dejó su taza encima de la mesa, y agarró mis manos entre las suyas.

—¿Tú qué quieres que seamos?

Yo consideré la respuesta durante unos segundos.

—Me gustas mucho, Nathan.

—Y tú a mí también—respondió con una sonrisa.

—Sin embargo, tengo un poco de miedo. No sé si has superado lo de Liz, si soy un parche o algo así.

Nathan negó con la cabeza.

—No eres ningún parche. Estoy contigo porque me gustas muchísimo. Y respecto a lo de Liz, desde que empezamos a conocernos, no he pensado en ella ni un solo día. Eso tiene que significar algo ¿no?

Durante un instante, consideré lo que acababa de decir. Le miré a los ojos, y pude verme reflejada en ellos. ¿Eso era amor? No lo sabía. Lo único cierto era que quería estar con él.

—Entonces, vayamos despacio, poco a poco, y ya veremos qué pasa—le propuse.

—Me parece bien—contestó, acariciando mi mejilla.

Se acercó a mí, y me dio un beso que hizo que mi pulso se acelerara.

Terminamos de desayunar y me acompañó a casa. Hoy no nos veríamos, porque Nathan iba a pasar tiempo con Ellen antes de que ella volviera a Silver Falls. Cuando llegamos al portal, aparecieron Maddy y Joanna de repente.

—¡Buenos días, Amy! ¿No nos presentas? —preguntó Maddy observando a Nathan.

Los dos nos miramos y sonreímos.

—Nathan, te presento a Maddy y Joanna, mis vecinas.

—Encantado—respondió él.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, Nathan—comentó Joanna.

—Hemos oído hablar mucho de ti—apuntó Maddy.

Nathan me miró alzando una ceja, y yo me mordí el labio inferior.

—¿En serio?

—Sí, desde luego que sí—respondió Joanna.

Yo las fulminé con la mirada, y decidieron guardar silencio.

—Bueno, me marcho ya. Te llamo más tarde—dijo Nathan, dándome un rápido beso en los labios. A continuación, miró a Joanna y Maddy—. Ha sido un placer conoceros.

—¡Igualmente! —contestaron las dos al unísono.

Cinco minutos después, estaba en el apartamento de Joanna y Maddy contándoles los detalles de la noche anterior, mientras nos tomábamos un café.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que acabarías usando la lencería con él—afirmó Maddy.

—Entonces, ¿vais en serio? —inquirió Joanna.

Yo suspiré.

—Eso parece.

—¿Y el tema con su ex? No queremos un Clive dos—comentó Joanna.

—Me ha asegurado que ya no piensa en ella.

—Bueno, tú ahora disfruta y no pienses en nada más. Vive el momento, es lo mejor—me aconsejó Maddy.

—Eso pienso hacer.

Sí, así era. Quería disfrutar de la compañía de Nathan, de sus besos, de sus caricias y de sus sonrisas, hasta que nos cansáramos, o hasta que ocurriera algo que pusiera fin a aquello.

—Aunque tengo la impresión de que él va a ser el definitivo—aseveró Joanna.

—¿Tú crees? —le pregunté, un poco esperanzada.

—¡Pues claro que sí! Además, según nos has contado, el destino os ha unido. Hay pocas posibilidades de reencontrarte con alguien después de tantos años. Y creo que esto es una señal—afirmó.

Yo me encogí de hombros.

—Bueno, ya veremos qué ocurre.



Horas más tarde, estaba en mi apartamento, viendo la televisión, cuando sonó mi teléfono. Sonreí al ver que era Nathan.

—Hola—respondí.

—Hola, ¿qué haces?

—Ver la tele. ¿Y tú?

—Acabo de llegar a casa. Ya he dejado a mi hermana en el aeropuerto.

—Imagino que estarás triste.

—Un poco. Voy a echar de menos a esa pequeñaja.

Yo me reí ante el comentario.

—Si estuvieras aquí, te daría un abrazo.

—¿Ah sí? ¿Quieres que esté ahí?

—Me encantaría, pero entiendo que mañana tenemos que madrugar y...

—¡Voy ahora mismo!

Y dicho esto, colgó. Al instante, me di cuenta de que iba a venir a mi apartamento, y sabía que no tardaría mucho en llegar. Me levanté rápidamente, y empecé a ordenarlo todo.

Quitó de la mesa el plato de galletas que me estaba comiendo, y coloqué los cojines del sofá. Después, fui al baño a lavarme los dientes, y busqué algo en el armario para cambiarme. Llevaba

un pijama de ositos y mis zapatillas de andar por casa, un atuendo nada sensual. Sin embargo, cuando estaba rebuscando, sonó el timbre. ¡Ya estaba aquí!

Como no me daba tiempo a cambiarme, me puse una bata por encima, y a continuación, abrí la puerta.

Nada más hacerlo, vi a Nathan ahí de pie, mirándome. No me dio tiempo a saludarle, porque se abalanzó sobre mí, y empezó a besarme.

Los dos entramos en casa, tiró al suelo la bolsa que llevaba en la mano, y mientras seguía besándome, me envolvió con sus brazos. En ese instante, dejó de importarme si el pijama le parecía sexy o no.

Nos quitamos la ropa rápidamente, y una vez estuvimos desnudos, cogió un preservativo y se lo puso. Entonces, me agarró por el trasero, yo rodee con mis piernas su cadera, y me apoyó contra una pared. Yo estaba muy excitada, y le apremié para que empezara la acción.

De una embestida entró dentro de mí, y empezó a mover las caderas. Sentí cómo el placer me invadía por completo. Nuestras respiraciones se mezclaban, nuestras pieles se acariciaban y nos convertimos en uno solo.

Finalmente, alcanzamos el clímax juntos, y acabamos exhaustos, tirados en el sofá. Nunca había hecho el amor así. Respiramos agitadamente, y nos miramos, sonrientes.

—Llevo todo el día pensando en ti.

—¿En serio?

—Sí. Te he echado mucho de menos. Por eso, cuando me has dicho eso, he venido corriendo.

Le acaricié la barba, y le di un beso en los labios. Este hombre era simplemente maravilloso.

—¿Te quedas a dormir?

—¡Claro! Además, he traído una bolsa con mis cosas. Quiero quedarme contigo—respondió, con una mirada risueña.

Esa noche, volvimos a hacer el amor, esta vez en la cama, y nos quedamos dormidos, abrazados.

Al día siguiente, nos levantamos temprano, y cada uno se fue a sus respectivos trabajos. Parecíamos una pareja que ya vivía bajo el mismo techo, y eso me gustaba, porque nos penetrábamos muy bien. ¿Qué sucedería a partir de ahora? Tenía ganas de averiguarlo.

Capítulo 18

Nathan

Llevaba semanas subido en una nube de algodón y caramelo. El mundo, que antes me parecía frío y gris, ahora estaba lleno de colores alegres. Mi relación con Amy iba avanzando poco a poco.

Quedábamos los fines de semana, cuando nuestras agendas estaban despejadas. Ella dormía en mi apartamento o yo en el suyo, y tratábamos de hacer cosas juntos.

Dábamos paseos por la ciudad, visitábamos museos, salíamos a cenar. Y como a los dos nos gustaba salir a correr, aprovechábamos para hacer esa actividad juntos.

No obstante, había algo que hacíamos por encima de todo: conversar e intercambiar confidencias. Gracias a eso, he conseguido conocer a Amy a fondo. Sé, por ejemplo, que odia las alcachofas, el tabaco y los mejillones. Le encantan los puzles, las galletas de chocolate, y la rosa es su flor preferida.

También he descubierto que tenemos muchas cosas en común. A ambos nos gustan los libros de misterio y ciencia ficción, el cine, el arte, y la comida italiana.

Aunque también tenemos algunas diferencias, como el hecho de que a ella le encantaba tener todo planeado, mientras que yo era todo improvisación.

Los minutos y las horas con ella se me pasaban volando. Nunca nos aburríamos, porque siempre descubríamos algo nuevo juntos.

Hemos llegado al punto de no tener que decir nada con palabras: Una mirada es suficiente para entender lo que el otro quiere decir. No creo que con Liz llegara a ese punto de comprensión mutua. Quizás eso se debiera a que era yo quien se preocupaba de entenderla a ella.

Estaba en mi despacho, estudiando unos planos, mientras canturreaba la canción *I really like you* de Carly Rae Jepsen. Se me había pegado esa melodía por culpa de Amy, que me la puso el otro día cuando estábamos en su casa, y me la cantó, mirándome a los ojos de forma sensual.

Al final acabé comiéndomela a besos y haciéndole el amor, porque me vuelve loco de deseo cada vez que me sonrío y me mira de forma pícaro con esos ojos color miel que adoro.

Estaba tan concentrado recordando los labios de Amy, que no me di cuenta de que alguien había entrado en mi despacho.

—Me encanta Carly Rae Jepsen—comentó Luke, que estaba de pie, delante de mi mesa.

Yo lo miré, y carraspeé, un poco avergonzado.

—Sí, canta muy bien.

—Aquí tiene toda la información de la reunión de esta tarde, y ya he quedado con los Harrison. Le esperan mañana a las once en su casa, tiene la dirección apuntada en esta nota.

—Gracias, Luke—respondí, cogiendo el papel con la dirección.

En ese momento, alcé la vista, y observé que Luke seguía allí de pie, dedicándome una mirada risueña.

—¿Ocurre algo?

—Nada, jefe. Es solo que me alegra verle así, tan contento.

Yo sonreí.

—Gracias, Luke. ¿Tanto se me nota?

—¡Ya lo creo que sí! Hace mucho que no le veía tan animado. ¿Es Amelia Morton el motivo? En ese instante, me quedé desconcertado.

—Bueno, sí. ¿Es que sabe todo el mundo que estamos saliendo?

—Yo diría que sí.

—¿Y cómo han podido saberlo? No se lo he dicho a nadie...—comenté, extrañado. En ese momento, Barry Truman dio dos golpecitos en la puerta y entró.

—¡Buenos días! ¿Cómo va todo?

—Bien, jefe. ¿Ocurre algo?

—Nada en concreto. Solo quería saber si tenías todo preparado para la reunión.

—Sí, está todo preparado. Luke me ha dado toda la información.

—¡Perfecto! Por cierto, te veo animado. Imagino que las cosas con Amelia Morton van bien. Yo no dejaba de sorprenderme.

—¿Cómo has sabido...?

—En esta ciudad las noticias vuelan. Vamos, que lo sabemos todos, y nos alegramos mucho por ti. Espero que no te olvides de incluirnos en la lista de invitados cuando te cases.

—No se preocupe, yo me encargaré de eso—apuntó Luke, guiñándole un ojo a Barry.

Ahora mismo estaba alucinando. ¿De dónde habían sacado todo eso de la boda? ¡Si lo nuestro acababa de empezar!

—Creo que es pronto para hablar de boda...

—Entonces no diremos nada. Pero, en serio, nos alegramos todos, de corazón. Bueno, nos vemos en la reunión.

Después de decir eso, los dos salieron de mi despacho.

No me quedaba otro remedio que reírme ante aquella ocurrencia. Aunque no descartaba nada, porque Amy había puesto mi vida patas arriba.

Por la noche, regresé a casa, y antes de preparar la cena, llamé a mis padres. Aunque habíamos hablado durante aquellas semanas, aún no les había contado lo mío con Amy.

Le pedí a Ellen máxima discreción, y ha cumplido. Sin embargo, hoy iba a contarles todo.

Puse la videollamada, y enseguida, aparecieron en pantalla los dos, acompañados de mi abuela Ona, que estaba colocada detrás de ellos.

—¡Hola, tesoro! ¿Cómo está mi pequeño? —preguntó mi madre en tono risueño.

—Bien. ¿Y vosotros?

—Bien, todos bien. La abuela Ona ha estado en el médico, y está sana como un roble, y Ellen está en Baltimore estos días, preparando un reportaje sobre viajes.

—Sí, ya me comentó que le habían asignado una nueva sección en el periódico.

—Así es. Lo malo es que va a tener que viajar mucho y apenas la veremos. Pero bueno, ya sabes que es muy aventurera—explicó mi madre, contenta.

Yo asentí, sin decir nada en respuesta. Había llegado el momento idóneo para hablar de cierto asunto.

—Oye, tengo que contaros algo. Espero que no os enfadéis—dije con cautela.

Al instante, pude ver la preocupación reflejada en las caras de los tres, y eso me inquietó.

—¿Es algo malo? —inquirió mi padre.

—No, desde luego que no—aclaré.

—Bueno, pues suéltalo ya, que nos tienes en ascuas—protestó mi abuela.

Respiré hondo y pensé en Amy. Gracias a eso, conseguí relajarme.

—Estoy saliendo con alguien.

De la preocupación pasaron al asombro.

—¿Y con quién estás saliendo? ¡Oh, Dios mío! ¿¡No habrás vuelto con Liz!?!—preguntó mi madre, horrorizada, llevándose la mano al pecho.

—¡Claro! Por eso tiene miedo de que nos enfademos—apuntó mi abuela.

—¡Jovencito! ¡Como hayas vuelto con esa arpía después de lo que te hizo, saldremos en los titulares! ¡Tú como hijo asesinado, y yo como *madricida*! —afirmó mi madre, alterada.

Yo puse los ojos en blanco, porque, como siempre, en vez de escuchar y dejarme terminar, sacaban conclusiones precipitadas y se montaban su propia película.

—Mamá, no se dice así...

—¡Me da igual cómo se diga! —respondió, enfadada.

—Por favor, dejad que el chico termine, que no le dejáis hablar—intervino mi padre, saliendo en mi defensa.

Yo sonreí, y suspiré.

—No, no he vuelto con Liz. Se llama Amy. Os hablé de ella hace tiempo, aunque entonces solo éramos amigos. Llevamos unos meses saliendo, y nos lo estamos tomando con calma. Por eso no os he dicho nada antes.

Observé que mi madre y mi abuela respiraban aliviadas, mientras mi padre asentía.

—Enhorabuena, hijo. Espero que seas muy feliz—dijo mi padre, sonriéndome.

—Gracias, papá.

—Lo siento, hijo. Tenía que haberte dejado terminar antes de hablar—comentó mi madre, un poco apurada.

—No te preocupes, mamá—respondí, sin dejar de sonreír.

—Espero que nos la presentes pronto. Ahora me han entrado ganas de conocerla—dijo mi abuela.

—Intentaré que sea lo antes posible, lo prometo. Aunque Ellen ya la conoce, y le ha gustado mucho.

—Entonces a nosotros nos encantará. ¿Y cómo es que Ellen no nos ha dicho nada? —inquirió mi madre, extrañada.

—Porque le pedí que no lo hiciera. Quería contaros todo yo primero. De hecho, hay más...

A continuación, les expliqué la forma tan curiosa en la que nos conocimos, y se quedaron perplejos.

Recordaban que, en aquel entonces, les había estado hablando de una niña pelirroja con la que había jugado ese día, y que habíamos quedado en vernos, algo que sucedió unos cuantos años después. Después de contárselo a mi familia, me sentí más aliviado. Solo esperaba que pronto pudieran conocerla.



Era viernes por la noche, y después de considerarlo mucho, había decidido dar un paso más en nuestra relación. Hoy Amy iba a conocer a mis mejores amigos de Chicago. Llevaba días pensando en el asunto.

Después de hablarle a mi familia de Amy, era lógico que mis amigos la conocieran. Si a Ellen le gustó, ellos también la querrían.

Aunque al principio tuvo sus dudas, finalmente, Amy accedió a cenar con nosotros.

Estaba un poco nervioso, porque para mí, este encuentro significaba mucho. Además, había algo que llevaba tiempo considerando. Amy no solo me gustaba, sino que estaba empezando a sentir algo mucho más fuerte por ella. No obstante, por ahora prefería guardarlo para mí.

Quedamos en Zorba's, porque Amy salía más tarde, y vendría directamente de la oficina. Yo ya estaba sentado a la mesa con Lewis, Amanda y Caitlin, tomando una copa de vino, cuando apareció Amy por la puerta. Llevaba su abrigo largo negro, y su pelo recogido en un moño.

Me sonrió, y enseguida noté que estaba un poco nerviosa. Era lógico, porque seguramente todo esto le resultaba abrumador. Cuando llegó hasta nosotros, me levanté, y le di un suave beso en los labios. Entonces, se quitó el abrigo, e hice las presentaciones:

—Chicos, os presento a Amy. Estos son Lewis, Caitlin y Amanda.

—Encantada.

Nos sentamos, y enseguida, Caitlin monopolizó a Amy, y empezó a interrogarla. Aunque no me gustaba eso, entendía que mi amiga se preocupara por mí, y quisiera conocer a Amy a fondo. Ella contestaba a todo con suma paciencia y con una sonrisa. Sentí un cosquilleo en el estómago mientras la observaba embelesado. Amy era simplemente maravillosa.

—Menuda forma de empezar un romance. Por lo que veo tienes muchas cosas en común con Nathan. Los dos habéis tenido mala suerte en el amor—comentó Caitlin.

—Sí, digamos que somos unos perdedores natos en ese aspecto—respondió Amy.

Yo dibujé una sonrisa ladeada, y le acaricé el dorso de la mano por debajo de la mesa. Ella se giró e intercambiamos una mirada de complicidad.

—Pero eso ya se acabó. Ahora es distinto—aseveré.

—Sí, se nota que os gustáis mucho. Con la innombrable no era lo mismo—apuntó Amanda.

—¿La innombrable? —preguntó Amy.

Yo me revolví, incómodo.

—Su ex, Liz. Perdona, es que no me gusta nombrarla. Esa mujer me ponía enferma. Utilizaba a Nathan y hacía de él lo que quería—contestó Amanda.

—Bueno, le entiendo perfectamente. Yo también me entrego demasiado—respondió Amy.

—Entonces en eso sois iguales—apuntó Lewis.

Después de cenar, salimos del restaurante y dimos un corto paseo por la orilla del río. Yo iba con Caitlin caminando a mi lado, mientras Lewis y Amanda charlaban con Amy. Estaba lo suficientemente cerca para escuchar la conversación.

—¿Y qué es lo que más te gusta de Nathan? —inquirió Lewis.

—Lo romántico y detallista que es. Siempre tiene detalles encantadores conmigo. También me gusta lo divertido que es. Con él nunca me aburro.

Yo sonreí al escuchar eso.

—Me alegra mucho lo tuyo con Amy. Creo que hacéis una pareja fantástica—comentó Caitlin.

—Sí, la verdad es que estoy muy bien con ella. Disfrutamos mucho estando juntos.

—¿Pero?

Caitlin me conocía bien, y sabía que algo me inquietaba.

—¿Crees que sería precipitado decirle que la quiero? No sé, como vamos tan despacio, a lo mejor se asusta.

—¿Estás enamorado de ella? Pensaba que te lo estabas tomando con calma.

Suspiré, y respondí:

—Creo que lo he estado desde el principio, aunque me daba miedo aceptarlo. En el fondo,

sabía que lo que sentía por ella no era solo atracción. Siempre tengo ganas de verla, es la primera persona en la que pienso al levantarme, y la última en la que pienso al acostarme. Cuando estamos juntos, me olvido del mundo y me siento muy feliz. Además, me comprende al cien por cien, como si fuéramos dos mitades de un solo ser. Ni siquiera con Liz llegué a sentir esto.

—¿Y ya no piensas en Liz?

—A veces, pero como un recuerdo lejano. Obviamente, no puedo olvidarla, porque ha formado parte de mi vida. Sin embargo, ya no la veo de la misma forma. Quiero a Amy, eso es lo único de lo que estoy seguro, y quiero que esto salga bien.

—Entonces, cómprale un ramo de flores enorme, una caja de bombones, y declárate como es debido. Ella no es Liz, Nat. Amy es diferente. Es especial, puedo notarlo. Busca un momento propicio y se lo dices. Estoy segura de que no se va a asustar.

Respiré hondo y sonreí. Sí, buscaría un momento adecuado, íntimo y tranquilo, y me declarararía como era debido. Quería que Amy estuviera segura de mis intenciones y que no tuviera dudas. No se lo diría hoy, ni mañana, pero pronto lo sabría.

Capítulo 19

Amy

Estaba delante del espejo, preparándome para la cena de esa noche. Estaba en casa de Nathan, donde pasaba mucho tiempo últimamente, sobre todo, los fines de semana, que era cuando podíamos vernos.

Llevábamos juntos dos meses y siete días. Lo nuestro prosperaba, y aunque no nos habíamos dicho las dos palabras que me encantaría que nos dijéramos, estaba muy contenta.

Nathan era un hombre increíble. Era atento, cariñoso, dulce, y muy divertido. Nunca nos aburríamos estando juntos, y me sentía muy feliz a su lado. Habíamos llegado a ese punto en el que no hacía falta comunicarnos con palabras, porque enseguida sabíamos lo que estaba pensando el otro.

No sabía si él estaba enamorado de mí, pero yo de él desde luego que sí. Estaba loca por él, y podía afirmar con rotundidad que mi corazón era totalmente suyo. Había dejado mis miedos atrás, y no pensaba renunciar a ser feliz por la mala suerte que había tenido en el pasado. Nathan no era Clive, ni mis novios anteriores. Nathan era mi Nat.

En ese momento, sonó el teléfono, que estaba justo encima del tocador, y vi con horror que eran mis padres. Era cierto que les había comentado que me estaba viendo con alguien, pero no sabían más. Hacía días que no hablaba con ellos, y no estaría bien no contestar, así que, decidí descolgar.

—Hola.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Llevamos días sin hablar—respondió mi madre.

—Bien, todo bien. ¿Y vosotros?

—Bien, como siempre. Oye, ¿por qué no pones la cámara para que te veamos?

Aquella pregunta me puso tensa. No era el mejor momento para conectar la cámara.

—Amy, ¿puedo entrar? Necesito coger mi colonia—dijo Nathan al otro lado de la puerta.

—¿Con quién estás? —preguntó mi padre.

Yo tragué saliva, nerviosa.

—Con un amigo...

—Pon la cámara, queremos verle—ordenó mi padre.

Suspiré con resignación. Había llegado el momento de que conocieran a Nathan.

—Dadme un segundo.

Abrí la puerta del baño, y Nathan entró.

—Solo vengo a por esto, ya te dejo.

En ese instante, le agarré del brazo, y él me miró, desconcertado.

—Mis padres quieren conocerte, están al teléfono—le susurré al oído.

Nathan abrió mucho los ojos, y segundos después, asintió, dando a entender que procediera. Activé la cámara, y ahí estaban mis padres, fijando su vista en la pantalla. La luz del baño iluminaba perfectamente nuestras caras, permitiendo que se nos viera bastante bien.

—Mamá, papá, os presento a Nathan, mi...

—Su novio. Encantado, señor y señora Morton—intervino Nathan.

Al oír la palabra <<novio>>, sentí un cosquilleo en el estómago.

—Teniente Morton para ti, jovencito—apuntó mi padre en tono autoritario.

Observé como mi madre ponía los ojos en blanco, mientras yo suspiraba.

—Sí, señor—respondió Nathan, agachando la mirada.

—¿Y a qué te dedicas, Nathan? —inquirió mi madre en tono amable.

—Soy arquitecto, trabajo en Truman & Dillinguer, un estudio de Chicago.

—¿De dónde eres? —preguntó mi padre.

—De una ciudad de Vermont llamada Silver Falls.

—En Vermont hice unas prácticas hace unos años. Conocí allí a dos agentes de la CIA y nos hicimos muy amigos. Te lo advierto, como le hagas daño a mi pequeña, llamo a esos tipos, y ellos se asegurarán de que desaparezcas—le advirtió mi padre en tono amenazante.

—¡¡¡Papá!!!—exclamé, enfadada.

—¡¡¡Cliff!!! ¡Deja de decir esas cosas! Perdónale, Nathan—dijo mi madre.

—No se preocupe, entiendo perfectamente al teniente Morton. Si alguien se mete con mi familia, yo haría lo mismo. Por cierto, señor, ¿le gusta el baloncesto?

Yo miré a Nathan, sorprendida. ¿Qué estaba tramando?

—¡Claro que me gusta! Soy fan de los Chicago Bulls—respondió mi padre, ya menos serio.

—¡Vaya! Pues, ¿qué le parece si la próxima vez que vengan vamos a ver un partido de los Bulls? Tengo un amigo que puede conseguirnos buenas entradas.

Observé como mi padre sonreía.

—Amy, este chico me cae bien. ¡Tenemos un trato, Nathan!

Yo sonreí, aliviada, al comprobar que el ambiente se había relajado.

—Por cierto, ¿os acordáis del niño de Venice del que os hablé una vez?

A continuación, les contamos a mis padres la historia de nuestro reencuentro, y se quedaron totalmente asombrados. A pesar de un inicio de conversación un tanto tenso, al final, mi padre y Nathan hablaron de forma distendida, y eso me alegró mucho.

Después de despedirnos, terminé de arreglarme, y finalmente, nos dirigimos a casa de Leo, el vecino de Nathan, que nos había invitado a cenar.

—Oye, ¿entonces es cierto que conoce a dos agentes de la CIA? —preguntó Nathan mirándome con suspicacia.

Yo alcé una ceja, y él apartó la mirada.

—Vale, solo era por saberlo.

Yo me reí, y a continuación, salimos de casa. Llevábamos con nosotros una botella de vino como obsequio para los anfitriones.

Para la ocasión, nos habíamos puesto los dos unos vaqueros, Nathan una camisa azul oscura que le sentaba de maravilla, y yo una blusa gris.

Leo nos abrió la puerta vestido con unos pantalones ajustados decorados con lentejuelas plateadas, y una camiseta en la que podía verse la cara de Cher. Llevaba las uñas pintadas de rosa, y un poco de maquillaje.

—Buenas noches, pareja. Vamos, entrad, Ricky está a punto de servirnos la cena—nos dijo con una sonrisa.

Entramos, y le entregué la botella de vino a Leo, que la dejó encima de la mesa del comedor. A diferencia de la casa de Nathan, las paredes no estaban llenas de posters relacionados con la arquitectura.

Había cuadros donde se podían ver fotos de estrellas de cine, cantantes y portadas de revista,

como la edición de Essence en la que aparecía Grace Jones con unas llamativas pulseras. En una de las paredes, había cinco fotos en blanco y negro donde aparecían famosos como Madonna y Andy Warhol. Me acerqué, y distinguí a Leo en una de las fotografías.

—¿Este eres tú, Leo?

Leo se acercó y respondió:

—Sí. Eso es en Nueva York, a principios de los años ochenta. Yo era un crío, tendría unos dieciocho años. Me había ido de mi Wyoming natal para instalarme en la Gran Manzana y convertirme en un artista. En aquella época, frecuentaba Danceteria y Studio 54^[2]. Allí conocí a Warhol, a Madonna cuando todavía no era famosa, a Keith Haring, y a Grace Jones, entre otros. ¡Ay, fue una época muy divertida! —aseveró con cierta nostalgia.

—No sabía que habías vivido en Nueva York—comentó Nathan.

—Viví allí seis años, hasta que me enamoré de Rudy, la guarra de mi exnovio, que trabajaba aquí. Llegué a Chicago por amor, y al final, decidí quedarme.

—Tuvo que ser genial conocer a tanta gente famosa—afirmé.

—Desde luego. Ya te digo que me lo pasé en grande, fue una época muy divertida, y con mucho desmadre. Creo que debería escribir un libro sobre el tema.

Ricky nos sirvió la cena: Arroz con plátano frito y ternera asada, además de una ensalada con lechuga escarola, tomates y queso brie.

—¿Habéis visto qué bien cocina mi Ricky? —apuntó Leo, orgulloso.

—Está todo buenísimo—afirmó Nathan.

—¿A ti no se te da bien la cocina, Leo? —inquirí.

Él negó con la cabeza.

—Soy un auténtico desastre, cielo. Si no fuera por Ricky, mi dieta se basaría en comida prefabricada, galletas de chocolate y donuts.

—Leo, cuéntale cómo os conocisteis Ricky y tú. Es una historia muy divertida—comentó Nathan, mirándome.

Leo dio un sorbo a su copa de vino, se aclaró la voz y comenzó a hablar:

—Fue hace dos años. Yo estaba en plan pendón, liándome con unos y con otros, porque lo había pasado muy mal en mi última relación y no quería atarme a nadie. >>Total, estaba preparando un espectáculo nuevo, y Ricky apareció durante uno de los ensayos. Yo me quedé embobado mirándolo, porque claro, está cañón. —Leo miró a su novio, y este sonrió, mientras le acariciaba el pelo—. Mi socio me lo presentó y me dijo que iba a ser el nuevo técnico de sonido. Yo le propuse ir a cenar, pero él no aceptó porque dijo que no tenía tiempo.

—Lo que no sabía es que yo llevaba mucho tiempo yendo a ver su espectáculo, y que me había enamorado de él a primera vista. Luego, me enteré de que no buscaba nada serio y que era un hueso duro de roer. Por eso, me hice un poco el interesante—intervino Ricky.

Leo le dio una palmadita en el brazo.

—¡Bribón! Jugaste conmigo al ratón y al gato. En fin, no hacía más que darme negativas, e insistía en que solo fuéramos amigos. Cuando quise darme cuenta, me había enamorado completamente de él, porque me había encantado su forma de ser. Al final, le confesé lo que sentía, y entonces, me contó todo. Y lo demás, es historia.

Ricky le pasó el brazo por los hombros y le dio un beso en la mejilla, para después darle otro en los labios. En sus miradas se veía reflejado perfectamente el amor que sentían el uno por el otro.

—Por eso le decía a Nathan, cuando iba llorando por las esquinas, que todo se supera, y le aseguré que algún día conocería a alguien que le querría de verdad. Y así ha sido—aseveró Leo, mirándonos.

Nathan y yo nos dedicamos miradas de complicidad, mientras él acariciaba el dorso de mi mano. Sí, era cierto. En mí, había encontrado a alguien que le quería de verdad.

Dos horas más tarde, estábamos tumbados en la cama, desnudos, después de hacer el amor. Nathan estaba mirando al techo, mientras yo estaba abrazada a él. Acariciaba mi espalda y mi brazo con suaves movimientos de sus dedos que me hacían estremecer.

—Nathan, eso que has dicho...

—¿Qué he dicho?

Levanté la cabeza, y lo miré.

—Eso de que eres mi novio.

Nathan se incorporó, y acabamos sentados.

—¿Te parece mal que diga eso?

Yo negué con la cabeza. ¿Cómo iba a parecerme mal? ¡Si estaba encantada!

—No, para nada. Es solo que me he quedado un poco sorprendida, no lo esperaba.

—Bueno, llevamos dos meses juntos, y está claro que lo nuestro va en serio. Además, delante de tus padres no me parecía bien decir que somos amigos con derecho a roce. Porque ya no lo somos. Creo que somos algo más ¿no?

—Totalmente.

—Pues ya está. Somos novios. ¡Ha sido realmente fácil! —aseveró, divertido.

De repente, la inquietud que tanto tiempo había estado lejos de mí volvió.

—Oye, ¿no tienes miedo de que esto esté yendo demasiado bien? ¿Y si ocurre algo?

—¿Qué podría ocurrir?

—No lo sé. Como hemos tenido algunos precedentes. Y si...

Nathan agarró mi cara entre sus manos, y me besó.

—No va a ocurrir nada. Estamos juntos y nadie va a impedir que sigamos así. Yo confío en ti. ¿Tú confías en mí?

Yo le miré a los ojos. Ví determinación, y, sobre todo, mucho amor. Asentí, convencida.

—Sí, confío en ti.

Nathan sonrió, y volvió a besarme. Sin embargo, esta vez no se separó de mí. Profundizó el beso, y acabó empujándome hacia atrás despacio hasta que estuve tumbada sobre la cama. Volvimos a hacer el amor, y acabamos quedándonos dormidos, sumergidos en un sueño profundo



Me desperté temprano, y salí de la cama sigilosamente. A continuación, me puse una camisa de Nathan, que me llegaba hasta la mitad del muslo, y unos pantalones de pijama.

Miré a Nathan, y comprobé que estaba plácidamente dormido, con una sonrisa en el rostro. Seguramente, estaba teniendo un sueño agradable. Suspiré, soñadora. Estaba realmente guapo en ese momento.

Fui a la cocina, y empecé a preparar el café, mientras buscaba en los estantes algo para desayunar. Sin embargo, me llevé la sorpresa de que no había nada. A Nathan se le olvidó hacer compra.

Torcí el gesto e intenté encontrar una solución. Miré el reloj. Eran las nueve menos diez. A esa

hora solo estaba abierto el veinticuatro horas de la esquina.

Fui a la entrada, me puse mis botas, y cuando estaba a punto de coger mi abrigo, noté los brazos de Nathan rodeándome la cintura, y su mentón apoyado en mi hombro.

—Buenos días, preciosa, ¿adónde vas? —preguntó con voz melosa, mientras me daba un beso en la mejilla.

Yo acaricié sus manos, mientras sonreía.

—Iba a comprar algo para desayunar. Te olvidaste de hacer la compra.

Nathan se apartó y yo me giré.

—¡Cierto! No te preocupes, bajo en un momento y compro algo—respondió.

—No hace falta, puedo ir yo...

Nathan se acercó a mí mientras se ponía el abrigo, y me dio un beso que silenció mis protestas.

—Tú quédate aquí preparando el café. ¡Vuelvo enseguida! —me dijo, guiñándome un ojo y dándome otro beso antes de marcharse.

Cerró la puerta y me quedé a solas, sonriendo, embobada.

Cinco minutos más tarde, mientras estaba sirviendo el café, sonó el timbre. Yo sonreí y fui a abrir la puerta. Parecía ser que Nathan se había dejado las llaves, aunque me extrañaba que hubiera regresado tan pronto.

—¡Qué rápido has vuelto! Anda, entra que ya está el...

En ese instante, me quedé sin palabras al comprobar que no era Nathan quien estaba ahí de pie, delante de mí, sino una mujer. Era alta, con el pelo oscuro, los ojos claros, y vestía un abrigo de color rojo.

Me miró de arriba abajo con cierta altanería, algo que me incomodó bastante. Lo cierto era que su cara me resultaba muy familiar, y tenía la sensación de haberla visto en algún sitio.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—¿Está Nathan? —preguntó con soberbia.

Yo fruncí el ceño, bastante molesta con su actitud maleducada.

—No está.

—Soy Liz, su novia. Bueno, esperaré aquí, seguro que no le importará. De hecho, se llevará una alegría al verme—respondió, metiéndose en el apartamento.

Yo estaba perpleja. ¡Su exnovia estaba aquí, delante de mí! Ahora recordaba su imagen en televisión.

En ese momento, además de sorprendida, me sentí un poco angustiada. ¿Habría estado Nathan ocultándome cosas? Sacudí la cabeza. No, Amy, no te dejes engañar. ¡Es una víbora!

—Disculpa, pero, tú no eres la novia de Nathan. Yo soy su novia—afirmé, alzando el mentón.

No iba a permitir que esa tipeja me pisoteara. En ese instante, se giró, y me miró con una sonrisa siniestra.

—Bueno, eso ya lo veremos. Debo explicarte algo que supongo que no sabes. Nathan y yo hemos pasado una etapa de transición en nuestra relación. Yo necesitaba espacio, y ahora quiero arreglar las cosas. Espero que no te ofendas, pero, Nathan ha estado enamorado de mí siempre, desde que éramos pequeños, y no creo que sienta lo mismo por ti. Seguramente, te ha usado como parche, para pasar el mal trago. Así que, ya puedes irte—me dijo tan tranquila, dándose la vuelta e ignorándome.

<< ¡Yo a esta tía la mato!>>, pensé, enfadada. En ese momento, se abrió la puerta del apartamento, y apareció Nathan con una sonrisa en la cara. Observé como su gesto de alegría

cambió por completo al ver a Liz. Abrió mucho los ojos, y al instante, frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —preguntó él, asombrado.

Liz pasó por mi lado con los brazos abiertos, y se abalanzó sobre Nathan, mientras yo contemplaba la escena como una mera espectadora.

—¡Nathan! ¡Te he echado de menos! —exclamó, sonriente.

Él se apartó de ella rápidamente.

—Por favor, guarda las distancias. Te he hecho una pregunta, ¿qué haces aquí? —inquirió, molesto.

Yo empecé a sentirme incómoda, porque entendía que mi presencia estaba de más. Por eso, decidí que lo mejor que podía hacer era marcharme. Entonces, me acerqué a Nathan y dije:

—Nathan, será mejor que me vaya. Tenéis cosas que hablar...

Cuando pasé por su lado, Nathan agarró mi brazo y me detuvo.

—No quiero que te vayas. Quien tiene que irse es ella—respondió, enfadado.

Yo le miré a los ojos, que estaban humedecidos por la tensión y la preocupación que sentía. Tenía miedo de que, si salía por esa puerta, ellos acabarían arreglando las cosas y se reconciliaran. Sin embargo, por otro lado, sentía que podía confiar en Nathan y que debía darle la oportunidad de zanjar aquel asunto.

—Nathan, por favor...—le supliqué.

Él suspiró, hastiado, y soltó mi brazo.

—Está bien. Hablaré con ella, y después, iré a buscarte. Espérame en casa de Leo, ¿de acuerdo? —respondió, mirándome fijamente—. Confía en mí, es lo único que te pido.

Una cálida sensación me invadió, y decidí creer en él, aunque eso no calmó mi inquietud. Asentí, y finalmente, me marché.

Me detuve delante de la puerta del apartamento de Leo y llamé al timbre. Segundos después, me abrió, mirándome totalmente sorprendido.

—¡Amy! ¡Qué sorpresa! —me dijo en tono alegre—. ¿Necesitas algo?

Yoforcé una sonrisa.

—Hola, Leo. Perdona que te moleste, pero yo...

No fui capaz de continuar, porque se me nubló la vista por completo, y rompí a llorar.

—¡Oh, cielo! Vamos, entra ahora mismo—respondió, agarrándome del brazo y tirando de mí.

Una vez entramos en su casa, me senté en el sofá, y me sirvió una taza de café y unas galletas. Fue entonces, cuando empecé a contarle lo que había ocurrido.

Capítulo 20

Nathan

Tras cerrar la puerta, me acerqué al sofá, y dejé la bolsa que contenía un paquete de galletas de chocolate, las preferidas de Amy, y otro de cereales, sobre la mesa que tenía delante.

Resoplé, y miré a Liz, que estaba de pie, delante del sofá, vestida con una falda corta negra, y un abrigo rojo. Me senté, y me crucé de brazos.

—Bien, ya estamos solos. ¿Qué haces aquí, Liz? —pregunté, mostrándome serio.

Ella me dedicó una mirada inocente, esa que antes conseguía encandilarme, y me sonrió.

—He venido porque quiero volver contigo.

Me entraron ganas de reírme, pero no lo hice. Agaché la mirada y asentí.

—Ya veo. Por cierto, ¿cómo has sabido dónde vivo?

Ella empezó a pasearse delante de mí de forma sinuosa. Antes me encantaba su forma de caminar, sin embargo, ahora me molestaba.

—Pregunté a tu casero anterior y me dio la dirección sin problemas.

<<Lógico>>, pensé.

—Bueno, dices que quieres volver conmigo. ¿Qué pasa con Chuck?

Observé cómo su cara se tensaba.

—¿Qué pasa con él? —preguntó, forzando una sonrisa.

—Según me dijiste, era el amor de tu vida—respondí con ironía.

Ella torció el gesto.

—Bueno, sí, pero me equivoqué. Al estar con él y descubrir que no es lo que parecía, he empezado a pensar en ti. Y sé que eres tú Nathan. Tú eres el verdadero hombre de mi vida—aseveró.

No salía de mi asombro ante lo que me estaba contando.

—Vaya, estoy sorprendido. Es increíble lo rápido que cambias de parecer. Hace unos meses no pensabas igual. ¿Tan mal has estado con Chuck?

Ella resopló, molesta.

—¡Chuck es un cretino! Siempre de gira o grabando, pasando de mí. Yo necesito que me mimen, Nathan. Y Chuck no lo hacía. En cambio, tú eres tan detallista. Siempre pendiente de mí, de lo que necesito, de lo que quiero.

Yo negué con la cabeza. ¿Cómo no me di cuenta de lo egoísta que era Liz? Debía admitir que ahora el que me daba pena era Chuck.

—¿Y qué hay de lo que quiero yo, Liz? ¿Qué hay de lo que quiere Chuck?

Ella abrió la boca, indignada.

—¡Yo siempre me entrego al cien por cien! Y lo que no puedo hacer es estar pendiente de los demás.

Esta vez sí que solté una carcajada.

—¿Tú pendiente de los demás? Si lo único que haces es mirarte el ombligo. Nathan, quiero esto; Nathan, quiero aquello. Necesito espacio, Nathan, y me da igual si te sientes como si te estuvieran clavando dagas en el corazón. ¡Porque yo ya he decidido dejarte por una estrella de

rock! —respondí, enfadado.

Liz se revolvió incómoda.

—Bueno, puede que fuera egoísta en el pasado. Sin embargo, he cambiado, Nathan. Y vengo dispuesta a todo con tal de que volvamos a estar juntos—aseveró, mirándome de forma seductora.

Yo negué de nuevo con la cabeza, y volví a soltar una carcajada.

—Me temo que eso va a ser imposible, Liz. Ya tengo novia.

—¿Te refieres a esa chica pelirroja? No te ofendas, pero no es tu tipo, Nathan. Además, ella sabe perfectamente que tú siempre me has querido.

Al oír esa última frase, una extraña sensación hizo que me revoliera por dentro. Esto no me gustaba nada.

—¿Qué le has dicho? —pregunté, mirándola con suspicacia.

Ella se encogió de hombros.

—Nada que tú y yo no sepamos. Vamos, Nathan, deja a esa estúpida y vuelve conmigo—me pidió, acercándose más a mí.

Ahora sí que estaba furioso. ¿Cómo fui capaz de enamorarme de esta arpía? ¡Y encima se metía con mi Amy! Me levanté, la fulminé con la mirada, y ella retrocedió.

—Escúchame bien, porque no pienso repetirlo nunca más. No volvería contigo ni aunque todos los seres humanos se extinguieran, y solo quedáramos tú y yo. En ese caso, preferiría ser el último de la especie. Estoy enamorado de Amelia Morton, la mujer más increíble del mundo, y como vuelvas a decir algo malo de ella, no tendré piedad. ¡Y le contaré a todo el mundo tu operación de nariz y tetas! —le advertí.

Ella abrió la boca, horrorizada. Le había dado donde más le dolía. Nadie sabía que, hace años, se operó para mejorar su aspecto, ya que le gustaba hacer creer a todo el mundo que su belleza era natural e inalcanzable.

—¡No serás capaz! —gritó.

Yo alcé el mentón, y dibujé una sonrisa siniestra.

—Pruébame.

En ese instante, me miró de arriba abajo, y se alejó en dirección a la puerta. Antes de salir, resopló, ofendida, y a continuación, salió dando un portazo. Así acababa definitivamente mi historia con Liz. Ya no había nada que discutir.

Bueno, sí, tenía un asunto pendiente que debía resolver de inmediato. Me dirigí a la puerta, y salí a la calle. Iba a declararme a Amy como era debido, pero antes, necesitaba comprar unas cuantas cosas.

Amy

—¡Será zorrón, la guarra de Liz! ¡Es increíble! Amy, no te creas nada de lo que te ha dicho. Ha ido a hacer daño, cielo—me dijo Leo, poniendo una mano en mi hombro.

Yo asentí, mientras me secaba las lágrimas de preocupación que no dejaban de salir. Estaba nerviosa. Llevaban mucho rato en el apartamento de Nathan y me temía lo peor.

—Llevan mucho tiempo ahí. No es por alarmaros, pero ¿y si se están reconciliando? Bueno, ya sabes...—comentó Ricky con aire inocente.

—¡Ricky! ¡No digas tonterías! Además, solo llevan diez minutos—respondió Leo, enfadado.

Vale, ahora sí que estaba histérica y me estaba empezando a imaginar cosas.

—Bueno, diez minutos es tiempo suficiente para meter...—apuntó Ricky.

—¿¡Quieres hacer el favor de dejar el tema!?!—le pidió Leo, molesto.

Yo suspiré con tristeza. La espera me estaba matando. Necesitaba salir a tomar el aire. Entonces, me levanté y dije:

—Chicos, me voy a casa. Ya me llamará Nathan cuando todo haya acabado. Gracias por el café y las galletas.

Me dirigí a la puerta, y pude oír a Ricky y Leo diciéndome algo, pero no los escuché. Mi mente estaba en otra parte. Mis pies se movieron solos, y finalmente, llegué al vestíbulo, y salí a la calle.

El frío me golpeó nada más abrir la puerta, y me froté las manos y los brazos, intentando entrar en calor. Seguí caminando, y de repente, vi a Nathan delante de mí.

En ese instante, me quedé paralizada. Sujetaba entre sus manos un ramo de rosas rojas enorme y una caja de bombones en forma de corazón. Me miró de arriba abajo, y se acercó a mí rápidamente.

—Amy, ¿te encuentras bien? —preguntó.

Yo asentí.

—Sí, eso creo...

—Entonces, ¿por qué sales a la calle en pijama?

Yo abrí mucho los ojos, y miré hacia abajo. Efectivamente, llevaba su camisa y el pantalón de pijama puesto. Ya decía yo que tenía frío. Estaba tan absorta y preocupada que no me había dado cuenta de nada. Entonces, empecé a reírme.

—Es una nueva moda.

Nathan se rio, y me abrazó. Esto hizo que entrara en calor y que mi inquietud se calmara un poco. Entonces, agarró mi mano, y entramos en el vestíbulo. Una vez estuvimos resguardados del frío, me entregó el ramo.

—Para ti.

Yo miré las rosas, y me las acerqué a la nariz, dejando que el olor entrara en mis fosas nasales. Me encantaba ese aroma tan dulce. Alcé la vista, y observé que Nathan me miraba con una sonrisa.

—Gracias. Son preciosas—dije.

—No más que tú.

Yo sonreí con timidez ante el halago.

—Siento que te hayas angustiado, Amy. Quiero que sepas que no ha ocurrido nada con Liz. Pretendía volver conmigo, y la he rechazado sin contemplaciones. Ya le he dejado claro que no quiero volver a verla.

—¿De verdad? —pregunté, esperanzada.

—Totalmente. Es más, tengo algo importante que decirte. —Carraspeó, y a continuación, dijo —: Amy, te quiero. Estoy completamente enamorado de ti desde... ¿Desde que nos conocimos en Venice? O quizás desde que me derramaste ese café encima. Creo que te quiero desde antes de conocerte—aseveró, dibujando una sonrisa.

Yo le miré, sorprendida. Jamás me habían dicho algo tan bonito, y escuchar aquello de los labios de Nathan alegró mi corazón. Debía responder con rotundidad a semejante declaración, así que le rodeé la nuca con mis manos, y le di un beso lleno de pasión.

—Yo también te quiero, Nathan. Y quiero estar contigo. Quiero quedarme a tu lado para siempre. ¿Estás dispuesto, soldado? —le pregunté en tono autoritario.

Nathan alzó el mentón, e hizo el saludo militar.

—¡Sí, señora!

Minutos después, estábamos de vuelta en el apartamento, perdidos el uno en el otro. ¿Conocéis esos momentos en los que sabes que eres realmente feliz y que nada malo puede suceder? Pues desde que Nathan llegó a mi vida, esta se ha llenado de instantes así. Y sé que lo seguirá haciendo a partir de ahora.

Epílogo

Nathan

Dos años después...

Iba hacia mi casa con un encargo un tanto especial. Bueno, en realidad, yo era ese encargo. Me explico. Hoy era el cumpleaños de Amy, y hace unos días, estuvimos hablando de posibles regalos. Ella no quería nada, pero como insistí tanto, al final, me dijo:

—Me encantaría que aparecieras metido en una caja, y con un lazo. Que seas tú el regalo. Siempre he tenido esa fantasía.

Así que, aquí estoy, metido en una caja gigantesca de cartón para darle una sorpresa a mi esposa. Sí, Amy y yo nos casamos hace seis meses.

¿Recordáis el día que me declaré a Amy? Tiempo después de aquello, Amy se vino a vivir a mi apartamento, y tras un año y medio, le pedí matrimonio y nos casamos, aquí en Chicago, acompañados de nuestros seres queridos.

Amy sigue trabajando para Jaqueline Copeland y yo sigo en el estudio. Nuestras vidas apenas han cambiado. Bueno, sí, vivimos juntos y somos un matrimonio feliz. Aunque de vez en cuando nos peleamos, a los diez minutos ya nos estamos reconciliando.

A veces me cuesta creer que haya encontrado a Amy después de mi desengaño con Liz. Puedes querer durante años a una persona, y de repente, todo cambia y te das cuenta de que estabas totalmente equivocado. Y sí, lo estuve, pero ya no. Con Amy iría al fin del mundo.

Uno de los repartidores me anunció que ya habíamos llegado, y me balanceé un poco cuando movieron la caja. Me echaron hacia atrás, y oí el chirriar de las ruedas del carro en el que iba subido.

Para llevar a cabo todo esto, me puse en contacto con la empresa ¡Sorpresa inesperada!, cuyo dueño era el cuñado de Gary, y que estaba especializada en hacer este tipo de encargos un tanto peculiares.

Salimos del ascensor, y segundos después, el repartidor se detuvo. Llamó al timbre, y alguien abrió la puerta. Yo estaba emocionado, pensando en la cara que iba a poner Amy cuando me viera vestido de esmoquin, y con un lazo rojo rodeándome la cintura. Cuando sentí que Amy empezaba a quitar el celo de la caja, me levanté, apartando el cartón de la parte superior.

—¡Feliz cumpleaños, cariño! —exclamé con una sonrisa, y extendiendo los brazos.

Cuando miré al frente, me quedé perplejo.

—¡Ay, por favor! ¡Qué maravilla! El sueño de mi vida siempre ha sido que me traigan a un tío bueno como regalo de cumpleaños. Dime que ahora me vas a hacer un striptease y me desmayo aquí mismo, Nathan—dijo Leo, emocionado.

Yo suspiré.

—Se han equivocado de puerta.

Leo se rio.

—Ya me lo he imaginado. Espera, que llamo a Ricky y te llevamos a tu casa.

Entre los dos me arrastraron hasta la puerta de mi apartamento, y uno de ellos llamó el timbre. Se marcharon, y a continuación, escuché cómo se abría la puerta. Durante unos interminables segundos me quedé quieto, hasta que se abrió la parte de arriba. Fue entonces cuando salí y repetí

lo que le había dicho a Leo:

—¡Feliz cumpleaños, cariño!

Amy me miró, alucinada, y se rio.

—¡Pero bueno! ¿Qué haces ahí?

—Soy tu regalo de cumpleaños, preciosa—respondí de forma seductora.

Abrí la parte delantera de la caja y conseguí salir para abrazar a Amy, que me rodeó la nuca con sus brazos y me besó.

—Me gusta mucho este regalo. Gracias—me dijo con una sonrisa.

A continuación, entramos en el apartamento, y ella siguió desenvolviendo el resto del regalo, es decir, a mí.

Ninguno de los dos había tenido suerte en el amor. Pensábamos que ya estaba todo hecho, y, sin embargo, nuestros caminos se cruzaron. Dos perdedores natos que un día se encontraron, y finalmente, ganaron.

FIN

¿Te ha gustado mi novela? Entonces, por favor, no olvides dejar tu reseña en Amazon o en Goodreads. Tu opinión es importante.

NOTA DE LA AUTORA

En mis novelas me gusta mucho viajar a sitios distintos, y esta vez, he cogido la maleta, con la intención de llevaros a Chicago. La conocida como Ciudad del Viento, que fue mucho antes que Nueva York la urbe de los rascacielos, es famosa por ser el escaparate de la arquitectura americana moderna.

Me enamoré de esta ciudad cuando vi la película *Mientras dormías*, protagonizada por la actriz Sandra Bullock. La ciudad era el escenario de aquella comedia romántica, y me encantó.

Respecto a *Fallingwater*, una de las obras más célebres del arquitecto Frank Lloyd Wright—por cierto, abuelo de la actriz Anne Baxter, protagonista de *Eva al desnudo* y *Los diez mandamientos*—me ocurrió lo mismo que a Nathan. Cuando era pequeña, ojeando un libro sobre arquitectura, vi la fotografía de aquel lugar y me fascinó por completo.

En cuanto a mis protagonistas, Nathan y Amy son dos personajes desafortunados en el amor, que estaban destinados a estar juntos, aunque tardan muchos años en descubrirlo. La vida está llena de sorpresas. Un día conoces a alguien, piensas que ese encuentro no supone nada en tu existencia, y tiempo después, descubres que es clave en tu vida.

¿Y por qué *Perdedores natos*? Bueno, Nathan y Amy siempre han salido mal parados en ese juego llamado amor, donde hay ganadores y perdedores.

No obstante, la idea del título es bastante curiosa. A lo largo de mi vida, siempre que me he presentado a concursos, sorteos y demás eventos en los que el azar y la suerte están implicados, no he conseguido ser la ganadora. Un buen día, una compañera de letras en un comentario, me dijo que no fuera pesimista respecto a ese tema, y yo le respondí: “Soy una perdedora nata en estas cuestiones”. Y en ese instante, se encendió la bombilla. En mi mente resonaron esas dos palabras, pero en plural y en género masculino: *Perdedores natos*. Ya tenía un título, y al momento, aparecieron Nathan y Amy. Lo demás, como suele decirse, es historia.

Espero que esta novela os haya hecho pasar un buen rato, esa es siempre mi intención.

SOBRE LA AUTORA

Andrea Muñoz Majarrez es una escritora nacida en Madrid en 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un Máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, Reino Unido.

Vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés.

En la actualidad, vive en España y trabaja como traductora.

Para más información consulta su página web: www.corazonrebelde.com

Redes sociales:

Instagram: [andieretro](#)

Facebook: [Corazón Rebelde](#)

Grupo de Facebook: [Corazones rebeldes, lectores de Andrea Muñoz Majarrez](#)

Twitter: [ammautora](#)

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

[Corazones rebeldes](#) (2017)

[Charlotte Beverly](#) (Selecta, 2018)

[Siempre estuve esperándote](#) (2018)

[Un ramo de violetas](#) (Selecta, 2018)

[Alguien especial](#) (2018)

Bilología Tal y como eres:

[Dulce e irresistible \(Tal y como eres I\)](#)

[Tierno y sensible \(Tal y como eres II\)](#)

(2019)

[La candidata perfecta](#) (Selecta, 2019)

[Beth](#) (2019)

Candidata al Premio

Literario Amazon 2019.

[Tan lejos, tan cerca](#) (Selecta, 2019)

[1] Amelia Earhart (1897-1937) aviadora estadounidense, primera mujer en cruzar el Atlántico en avión y en solitario. Sus hazañas a los mandos de su avión inspiraron a otras mujeres a convertirse en pilotos. Desapareció en el Pacífico en pleno vuelo cuando intentaba dar la vuelta al mundo, acompañada de su copiloto Fred Noonan. Ni los restos de su avión ni los cuerpos de ambos tripulantes han sido encontrados, y su desaparición sigue siendo un misterio.

[2] Estos eran dos de los clubes nocturnos más importantes de Nueva York a finales de los años 70 y principios de los 80, frecuentados por famosos relacionados con el mundo del arte, la música y el cine. Hoy en día ninguno de los dos existe.